

Universidad de Las Palmas de Gran Canaria,
Universidad de La Laguna, Universidade da
Madeira y Universidade dos Açores

TESIS DOCTORAL

***Los petroglifos del sur del Perú: los
yacimientos de Illomas y Toro Muerto como
paradigmas de un modelo de gestión del
patrimonio arqueológico en el ámbito de las
comunidades locales y del turismo sostenible***

Autor: Fany Carola Talavera Dávila
Director: Dr. Pablo Atoche Peña

Las Palmas de Gran Canaria, 2025



Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, Universidad de La Laguna, Universidade da Madeira y Universidade dos Açores

Programa de Doctorado:

‘Islas Atlánticas: Historia, Patrimonio y Marco Jurídico Institucional’

TESIS DOCTORAL

Los petroglifos del sur del Perú: los yacimientos de Illomas y Toro Muerto como paradigmas de un modelo de gestión del patrimonio arqueológico en el ámbito de las comunidades locales y del turismo sostenible

Presentada por: **Dña. Fany Carola Talavera Dávila**

Dirigida por: **Dr. D. Pablo Atoche Peña**

Las Palmas de Gran Canaria, 07 de abril de 2025

D. PABLO ATOCHE PEÑA, COORDINADOR DEL PROGRAMA DE DOCTORADO *‘ISLAS ATLÁNTICAS: HISTORIA, PATRIMONIO Y MARCO JURÍDICO INSTITUCIONAL’*, POR LA UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA, UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA, UNIVERSIDADE DA MADEIRA Y UNIVERSIDADE DOS AÇORES

HACE CONSTAR QUE,

La Comisión Académica del Programa de Doctorado, en su sesión de fecha tomó el acuerdo de dar el consentimiento para su tramitación a la Tesis Doctoral titulada **‘Los petroglifos del sur del Perú: los yacimientos de Illomas y Toro Muerto como paradigmas de un modelo de gestión del patrimonio arqueológico en el ámbito de las comunidades locales y del turismo sostenible’**, presentada por la doctoranda **Dña Fany Carola TALAVERA DÁVILA** y dirigida por el **Dr. D. Pablo ATOCHE PEÑA**.

Y para que así conste a efectos de lo previsto en el Art. 11 del Reglamento de Estudios de Doctorado (BOULPGC 04/03/2019) de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, firmo la presente en Las Palmas de Gran Canaria, a de de dos mil veinticinco.

Fdo.: Dr. D. Pablo ATOCHE PEÑA
Coordinador del Programa de Doctorado

PROGRAMA DE DOCTORADO *‘ISLAS ATLÁNTICAS: HISTORIA, PATRIMONIO Y MARCO JURÍDICO INSTITUCIONAL’*, POR LA UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA, UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA, UNIVERSIDADE DA MADEIRA Y UNIVERSIDADE DOS AÇORES

TÍTULO DE LA TESIS: *‘Los petroglifos del sur del Perú: los yacimientos de Illomas y Toro Muerto como paradigmas de un modelo de gestión del patrimonio arqueológico en el ámbito de las comunidades locales y del turismo sostenible,*

Tesis Doctoral presentada por Dña. Fany Carola TALAVERA DÁVILA y dirigida y tutorizada por el Dr. D. Pablo ATOCHE PEÑA.

Firmado por ATOCHE PEÑA PABLO -
***2999** el día 01/05/2025 con un
certificado emitido por AC FNMT Usuarios

Firmado por TALAVERA
DAVILA, FANY CAROLA
(FIRMA) el día
14/05/2025 con un
certificado emitido por
AC DNIE 004

Fdo: VºBº del director y tutor de la Tesis

Fdo.: La doctoranda



D. PABLO ATOCHE PEÑA, COORDINADOR DEL PROGRAMA DE DOCTORADO 'ISLAS ATLÁNTICAS: HISTORIA, PATRIMONIO Y MARCO JURÍDICO INSTITUCIONAL', POR LA UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA, UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA, UNIVERSIDADE DA MADEIRA Y UNIVERSIDADE DOS AÇORES

HACE CONSTAR QUE,

La Comisión Académica del Programa de Doctorado, en su sesión de fecha 5 de mayo de 2025 tomó el acuerdo de dar el consentimiento para su tramitación a la Tesis Doctoral titulada ***“Los petroglifos del sur del Perú: los yacimientos de Illomas y Toro Muerto como paradigmas de un modelo de gestión del patrimonio arqueológico en el ámbito de las comunidades locales y del turismo sostenible”***, presentada por la doctoranda Dña Fany Carola TALAVERA DÁVILA y dirigida por el Dr. D. Pablo ATOCHE PEÑA.

Y para que así conste a efectos de lo previsto en el Art. 11 del Reglamento de Estudios de Doctorado (BOULPGC 04/03/2019) de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria, firmo la presente en Las Palmas de Gran Canaria, a 5 de mayo de dos mil veinticinco.

Firmado por ATOCHE PEÑA PABLO - ***2999** el día 05/05/2025 con un certificado emitido por AC FNMT Usuarios

Fdo.: Dr. D. Pablo ATOCHE PEÑA
Coordinador del Programa de Doctorado

**Los petroglifos del sur del Perú: los yacimientos de
Illomas y Toro Muerto como paradigmas de un
modelo de gestión del patrimonio arqueológico en
el ámbito de las comunidades locales y del turismo
sostenible**

Fany Carola TALAVERA DÁVILA

UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA

2025

*En el corazón de la tierra hallamos,
Historias de antaño, secretos guardados.
Testigos silenciosos del tiempo.*

*Piedras que hablan, susurros que cuentan,
De un pasado remoto, en silencio laten.
Agradezco a la ciencia, camino luminoso
A mi familia y amigos, faro en la tormenta.*

*Con cada descubrimiento, un paso adelante,
Con cada apoyo, un logro brillante.
Y en estas páginas, la historia se expresa.*

Neptalí Talavera R.

AGRADECIMIENTOS

El presente trabajo de investigación es el resultado de varios años de paciente labor de campo, laboratorio y un esfuerzo constante que, finalmente, se ve culminado en esta tesis Doctoral. Durante todo ese tiempo han sido muchas las personas que, de una u otra manera, me han acompañado y, aportado ideas, trabajo o su valioso apoyo. A todas ellas deseo expresarles mi más sincero reconocimiento.

Dedico esta Tesis a mis padres, quienes partieron, pero fueron y serán siempre mi inspiración. Su amor, valores y enseñanzas han guiado cada uno de mis pasos en esta vida y son la fuerza que me impulsa a alcanzar mis metas. Esta Tesis es un humilde homenaje a su legado.

En primer lugar, deseo agradecer profundamente a mi familia esposo e hijos, por su amor incondicional y comprensión durante todos estos años. Su constante ánimo y apoyo inquebrantable han sido mi mayor fuente de motivación para seguir adelante con esta investigación.

Es imprescindible reconocer y expresar mi respeto y admiración al Dr. Pablo Atoche Peña, mi director y tutor de Tesis, cuyo apoyo ha sido crucial para la culminación de este trabajo. Con él compartí enriquecedoras discusiones y jornadas de trabajo de campo en los yacimientos lanzaroteños de El Bebedero y Buenavista, que marcaron profundamente esta investigación. Su dedicación y experiencia han enriquecido profundamente esta tesis, por ello mi eterno agradecimiento.

Quisiera agradecer a mis compañeros de investigación y amigos, en especial a Beatriz L. Gallego Girona y al Dr. Pedro F. Méndez Guerra, por compartir conmigo su entusiasmo y consejos. Su apoyo moral ha sido fundamental durante este proceso.

En Canarias, destaco la valiosa ayuda de otros investigadores, que han contribuido significativamente. Su desinteresado apoyo y los valiosos consejos que compartieron conmigo. Su generosidad y guía fueron fundamentales para enriquecer este trabajo.

Mi especial agradecimiento a la familia Valdivia Llanos, quienes me permitieron estudiar el yacimiento de Illomas y brindaron acceso a su propiedad. Su apoyo y confianza fueron fundamentales para el desarrollo de esta investigación. Sin su generosidad, este trabajo no habría sido posible.

Gracias a esta investigación he tenido el privilegio de conocer a numerosos profesionales, tanto en Canarias como en Perú. En particular, quiero destacar la labor de mi tutor en Perú, el Dr. Gonzalo Ríos Vizcarra, quien me acogió generosamente en la Universidad Católica de Santa María de Arequipa, que me ofreció su apoyo y hospitalidad, permitiéndome profundizar en mi trabajo en los yacimientos peruanos.

Sin duda, sin la desinteresada y muy estimada contribución y apoyo de todas y cada una de estas personas, no hubiera sido posible superar los grandes obstáculos que surgieron a lo largo de este camino. A todos ellos. Con gran aprecio y respeto, GRACIAS.

CAPÍTULO 3: El poblamiento de las Américas. La secuencia cultural del Perú prehispánico

3.1. Introducción

En este capítulo trataremos, como preámbulo y de manera resumida, el marco temporal del origen del hombre, también repasaremos los aspectos que han hecho posible el tránsito humano de Norteamérica y Centroamérica hacia Sudamérica, señalando las principales evidencias materiales, para finalmente centrarnos en el Perú, donde situaremos las más conocidas secuencias culturales precoloniales para intentar establecer cuál fue la secuencia cultural en el sur del Perú. No es nuestra intención profundizar excesivamente en la cuestión del poblamiento humano de Suramérica, el cual cuenta con infinidad de estudios e hipótesis y del que se ocupan diferentes áreas científicas, como la Arqueología o la Paleoantropología, pero sí consideramos pertinente señalar las principales perspectivas ofrecidas por la investigación sobre la permanencia del género *Homo* en su proceso *biológico* y *cognitivo*, los dos aspectos más importantes de la evolución humana que condicionaron la colonización de nuevas tierras y proporcionaron el registro material y cultural de su tránsito por la Historia. Unidos a esos dos procesos se añaden dos elementos fundamentales, la secuencia evolutiva y la secuencia cultural, cuatro elementos que hemos incorporado dentro del esquema de periodización.

Por otro lado, puntualizaremos un aspecto secundario que se suele manifestar dentro de la clasificación por periodos y se produce en el ámbito de un periodo cultural importante, generando desarrollos culturales aislados que se mantienen en el tiempo, posiblemente por la lejanía de su ubicación o por no haber alcanzado un gran desarrollo tecnológico. En esos casos, ubicar estas poblaciones dentro de los periodos evolutivos e insertarlos en el esquema de periodización desarrollado en el modelo clásico universal resulta complejo, sobre todo en el continente sudamericano, constituyendo el gran reto que se le presenta a los investigadores latinoamericanos. Por esta razón comenzaremos revisando brevemente el escenario evolutivo de la especie humana y los grandes cambios que ha experimentado; conocer, delimitar y caracterizar cada etapa de esa evolución y encajarlas dentro del proceso histórico y cultural constituye una investigación en continuo cambio y renovación, aportando nuevas hipótesis que desencadenan nuevas explicaciones en relación con la especie humana y su paso por el gran árbol de la evolución.

El primer proceso que se documentó fue una lenta evolución biológica, sustentada en las diferentes ramas filogenéticas de homínidos descubiertas a lo largo de las últimas décadas y que nos proporcionan un análisis cladista sobre el estudio del proceso cognitivo¹, parte del proceso evolutivo de los homínidos. Citando a Schopenhauer (1860) «[...] *el razonamiento es de naturaleza femenina: solo se puede dar después de haber recibido. Sin información sobre lo que sucede en el tiempo y el espacio, el cerebro no puede actuar. Sin embargo, si los reflejos puramente sensoriales de las cosas y los acontecimientos del mundo exterior ocuparan la mente*

¹ La Teoría de la Gestalt trata sobre el proceso de la percepción, la comprensión de la percepción visual como actividad cognitiva, una forma de razonamiento que condicionó el proceso histórico, en el que percibir y pensar son actos que se encuentran dentro de las manifestaciones tempranas del ser humano.

en su estado bruto, la información de poco valdría.» (Schopenhauer, 1860, citado en Arheim, 1966: 76). Es decir que, si los reflejos hubieran sido netamente instintivos por parte de los homínidos no se hubiera producido la capacidad de razonar y relacionar. Por lo tanto, tuvo que haber sido heredado de alguna especie homínida antecesora y transmitido a lo que ahora somos, seres inteligentes. De esta manera, la inteligencia primitiva de los homínidos reaccionó a una nueva forma de conducta no solo social sino también frente a nuevos retos de supervivencia de forma gradual.

Con respecto a las respuestas biológicas elementales, la utilización de información sobre el medio en el que habitaban les procuraba una conducta más inteligente; la observación les proporcionaba información sobre acontecimientos del mundo que les rodeaba y el estado vigilante de la mente humana estaba activa respondiendo como una manifestación de la lucha por la supervivencia. Estos elementos hicieron a los organismos primitivos sensibles a los cambios del medio en el que habitaban. Como ha señalado A. Leroi-Gourhan:

«Las relaciones dependen de las estructuras, ver significa ver en relación; las relaciones visuales, existen entre el medio y el observador y las relaciones que de hecho se encuentran en los preceptos no son simples a la asociación. Las diversas piezas se conectan cuando aparecen con frecuencia juntas o cuando se asemejan entre sí, estas leyes suponen que las relaciones se conectan elemento por elemento, y que estos elementos son reconocidos, proporcionando una interacción más útil, más corriente; entre la percepción y la memoria se produce el reconocimiento de las cosas que vemos, unidos a el conocimiento visual adquirido en el pasado.» (Leroi-Gourhan, 1986: 254)

Esos procesos contribuyen a detectar la naturaleza de un objeto y formula un concepto propio del mismo. En este caso, el uso y fabricación de herramientas, desde las más primitivas a las más refinadas, son consecuencia de la propia evolución, un proceso elemental del desarrollo de los homínidos cuando se separaron de la rama filética de los primates antropoides. Este último dio lugar a un proceso de adaptación medido por las condiciones ambientales y el lento proceso evolutivo de los homínidos en los diferentes continentes.

Son numerosos los investigadores que se han ocupado de la cuestión de la filogenia de los homínidos, considerándose que, entre los antropoides africanos, los pertenecientes al género *Australopithecus* (circa 4.2 M.a.) serían los antepasados del hombre actual, propuesta que actualmente plantea diversas incógnitas acerca de nuestros antecesores que no pueden ser respondidas ni contrastadas, tales como de qué rama homínida procedemos, cómo han sido nuestros pasos dentro del escenario evolutivo o cómo se produjo el poblamiento humano de los continentes y en concreto de las américas.

La investigación en el campo de la Paleontología humana se remonta al siglo XIX, destacando entre los primeros descubrimientos los que se producen en la isla de Java en 1891 a cargo de Eugène Dubois, quien descubrió un fósil al que denominó *Pithecanthropus erectus* (Tattersall *et alii*, 2016: 56) que más tarde sería clasificado como antepasado directo del *Homo erectus*. En 1959 Mary Leakey descubre un nuevo tipo de antropoide al que clasificó como *Paranthropus boisei*, datado en unos 1.75 M.a.; la misma investigadora, junto a Louis Leakey, descubre en 1960 en Olduvai restos fósiles de una nueva especie humana a la que denominan *Homo habilis*, datada en 1.8 M.a. y que se consideró en esos momentos la especie de homínidos más antigua, aunque en 1972 otro miembro de la familia, R. Leakey (1980) en

Kenia, encontraría fósiles de un homínido que se considerará aún más antiguo, el *Homo rudolfensis*, denominación acuñada por Eugene Dubois, al que se adjudica una cronología de unos 2.5 M.a. No obstante, el descubrimiento que supondrá un mayor impacto en la investigación lo llevan a cabo en Etiopía J. Coppens y T. White en 1974, un fósil al que clasifican como *Australopithecus afarensis*, que datan en 3.2 M.a. y al que consideran el ancestro más antiguo conocido del género *Homo*. El hallazgo de esta nueva especie permitió establecer un cuadro evolutivo basado en los fósiles hallados hasta ese momento, aunque como indicara Ian Tattersall «*La antigüedad de los fósiles encontrados no aclara una relación de parentesco concreta entre los grupos de especies, existiendo varios linajes de homínidos.*» (Tattersall, 1999: 123). A partir de entonces se han producido nuevos hallazgos de fósiles en diversas partes del mundo que han seguido transformando el cuadro anterior y ampliando su antigüedad, de manera que «[...] *el reto de los etno-paleontólogos es, y será, el poder encajar estos nuevos descubrimientos dentro de una filogenia que contenga de forma coherente a todos los especímenes de la familia Hominidae.*» (Brace, 1978: 224). Por tanto, este tema de investigación es complejo y pertenece a los investigadores establecer sinapomorfias en la diversidad de los homínidos sobre las ramas filéticas de las que se separaron los homínidos de los póngidos, aunque como ha señalado J. Howells (1974: 5) «[...] *los grados de parentesco evolutivo de las diferentes especies es, precisamente, lo máximo a lo que podemos aspirar.*»

En la actualidad algunos investigadores mantienen la idea de que la definición de una especie no debe basarse solo en un parentesco evolutivo, aunque para investigadores como Howells y colaboradores (1972) es «[...] *a lo máximo que podemos aspirar*», opinión compartida por J.L. Arsuaga (2001), para quien «[...] *los grados de parentesco evolutivo es precisamente lo máximo a lo que podemos aspirar según la escuela cladista*»². Para esta escuela lo único que puede establecerse científicamente es el grado de parentesco entre las especies, propuesta de la que pensamos que si solo se puede aspirar a lo dicho sobre la base de la construcción de los árboles filogenéticos que es donde se reúnen las relaciones naturales, dónde se proponen las generaciones sucesivas. Hoy en día se realizan estudios sobre la diversidad genética en las antiguas sociedades, una diversidad humana que ha ido transformándose y va a la par que la evolución; por tanto, aún no se ha dicho la última palabra y podemos aspirar posiblemente a más, tal y como propone Spencer Wells, para quien

«[...] *la evolución en su nivel más básico es simplemente un cambio en la composición genética de una especie a través del tiempo. Pero para evaluar la cercanía de relación entre los individuos en particular si forman una sola especie, es importante conocer sus genes, de esta manera sabremos que si los genes son similares entonces estos seres humanos son de la misma especie. Por tanto podemos llegar a un máximo?, el estudio de los cromosomas, el estudio de los genes el estudio del ADN mitocondrial o el estudio de los ADN nuclear, La genética si tiene un papel importante pues según la calidad del gen*

² El método de análisis preciso que utiliza los caracteres apomorfos compartidos o sinapomorfias, según el análisis cladista, pretende por medio de la clasificación biológica agrupar los organismos en función de sus relaciones evolutivas; también se basan en el sistema de relaciones entre los grupos, estableciendo un mínimo número considerado de transformaciones necesarias para pasar de los caracteres primitivos (pleistomórficos) a los caracteres derivados (apomórficos). Este método también puede basarse en una información pequeña, según lo que los investigadores deseen, aunque la investigación se apoya en muchas fuentes de información distintas, incluyendo secuencias de ADN y ARN, datos bioquímicos o datos morfológicos (Henning, 1976: 82).

que se va produciendo las nuevas generaciones fueron naciendo de forma más desarrollada y adoptando un polimorfismo porque partieron de un modelo sencillo de adaptación y de herencia que con el tiempo fueron estos mismos modelos adaptados en la propia genética del ser humano por ende la diversidad humana.» (Wells, 2002: 31)

Para S. Wells, dentro de los diferentes escenarios evolutivos³, debió ocurrir algo más que ayudara a la evolución, posiblemente cambios en el medio físico y a nivel demográfico que modificarían la conducta de supervivencia, ayudando a que se produjeran transformaciones y apareciera una mayor diversidad de adaptaciones. En ese punto de la evolución se fueron generando interacciones entre los genes heredados y los niveles de desarrollo cultural, ambos actuaron sobre los linajes posteriores para crear modelos de adaptación sobre lo ya conocido y anticipando, por medio de la observación, nuevas formas de ejercer acciones.

El esquema clásico de la evolución humana «[...] se inicia posiblemente de la familia de los homínidos entre veintidós y dieciséis millones de años en África oriental, y es allí donde se ubican la mayor cantidad de fósiles homínidos clasificados como los más antiguos de la tierra» (Carbonell, 2005: 103). La cuestión real, tal y como señala J.L. Arsuaga (2001: 439), es que “*La veracidad de un escenario evolutivo como tal no puede ser comprobada*” y que, por tanto, resulta importante tener en cuenta al analizar la evolución humana o las etapas de la expansión y la colonización humana de los continentes, que no debe confundirse la información objetiva de los fósiles hallados con las hipótesis que puedan surgir a partir de los mismos y, menos aún, con el espacio en el cual se encontraron los fósiles, «[...] en el momento de sacar conclusiones debe reinar la prudencia e intentar, en lo posible, no confundir la descripción con la interpretación y, ambas, con la suposición» (Chaline, 2002: 221). De igual forma, como señala Marshall Sahlins, «*Una cosa es describir, otra interpretar y otra muy distinta suponer o especular. Las tres son necesarias para intentar obtener una visión coherente de la evolución humana, pero no olvidemos que suponen distintos grados de certeza.*» (Sahlins, 1972: 53).

Lo anterior hace entendible por qué hasta el presente no es posible ofrecer una respuesta concreta a la cuestión del poblamiento humano de las Américas sin que previamente no se haya resuelto el problema general del origen, la evolución y expansión espacial del género *Homo*.

3.2. La evolución biológica de la Humanidad: marcadores de nuestra ascendencia

La evolución genera cambio, aspecto que se manifiesta a lo largo de la historia humana en ámbitos tales como las mentalidades, las formas de organización social o la tecnología, campo este último del que I. Tattersall y colaboradores aseguran que «*El registro tecnológico rudimentario se inicia hace 2.5 millones de años con la producción de las primeras herramientas de piedra reconocibles, lascas agudas de piedras cortadas. Esta invención representó un salto cognitivo y profundas consecuencias de larga duración para los homínidos,*

³ Los escenarios evolutivos son construcciones hipotéticas sobre la base de una especulación en la que se unen todas estas propuestas hipotéticas en una sola a partir del estudio de los fósiles, pero no es un dato demostrable o no es una descripción tácita, sino más bien susceptible, porque solo se basa en suposiciones medianamente razonables, pero difícilmente demostrables; por lo tanto los escenarios evolutivos varían según los restos de fósiles que se van hallando década tras década y se vuelven a construir nuevos escenarios ampliando la gran rama genética.

el cual inició un cambio tecnológico intermitente, [...]» (Tattersall et alii, 2014: 56). Para el citado investigador «El mito del progreso lo caracterizan, una vez evolucionadas, las especies con sus peculiares adaptaciones, comportamientos y sistemas genéticos. Algunos resultan remarcablemente conservadores, permaneciendo a menudo sin cambiar durante millones de años. En este sentido, resulta erróneo considerar la evolución en el presente y, en este contexto, la historia humana - como una progresión constante, lenta o no.» (Tattersall et alii, 1947: 82). En un sentido similar, para J.L. Arzuaga y colaboradores (2001: 65) la evolución «[...] no se puede entender de manera aislada, como si tuviera sus propias leyes y que estas mismas fueran exclusivamente aplicables a los simios bípedos como si no aportara nada a sus investigaciones el conocimiento de cómo se ha desarrollado la evolución del resto de los grupos biológicos.»

Los primeros representantes del género *Homo* se datan en África hace unos 2.5 M.a., mientras que en el continente europeo se fechan hace 1 M.a. (Orce y Atapuerca), completándose en Europa el registro fósil con una amplia serie de fósiles de homínidos (Swanscombe, Steinheim, Montmaurin, ...) ⁴, que aparecen asociados a artefactos líticos que muestran tipos estandarizados clasificados en la denominada Cultura Achelense (Howells et alii, 1972: 18) y que se extienden hasta hace unos 300 K.a. Al grupo anterior les suceden pre-neandertales y neandertales a partir de hace unos 200 K.a., apareciendo hace unos 100 K.a. en el continente africano una nueva especie, el *Homo sapiens*, de la que surgirá el hombre moderno y sus diferencias raciales, las cuales «[...] aparecieron en diferentes partes del continente, pero no a partir de una sola fase o población de Neanderthal sino a partir de diferentes razas de *Homo erectus* que ya existían en varios lugares, planteando que existieron otras variedades recientes de hominos desde la Era Glaciar, como el hombre de Solo (Java) y el de Broken Hill (África austral), que poseían algunas de las características primitivas del hombre de Neanderthal, pero eran totalmente distintos.» (Coon, 1962: 91).

La cuestión relativa al momento en que se produjo la diferenciación racial constituye un elemento de interés, dada su relación con la colonización mundial y las diferencias biométricas que los distintos medios ecológicos colonizados generan en las poblaciones colonizadoras. W. Howells considera que «[...] todos los homínidos individuales, a pesar de pertenecer a una misma rama filogenética, a un único linaje, no existe entre ellos una diversidad genética, tan solo un proceso» (Howells et alii, 1972: 176).

Existen dos posturas distintas para explicar las variedades raciales y cómo se forjaron los grandes troncos étnicos; por un lado, la visión ‘monocentrista’, defensora de una ascendencia unilineal del hombre moderno que propone la existencia «[...] de tres grupos raciales (mongoloide, africanos y euroasiáticos) que tendrían su origen en el *Homo erectus*, del que también se habría originado el *Homo neanderthalensis*, el cual a su vez habría dado

⁴ Algunos autores consideran que, durante el Pleistoceno medio inicial, fueron dos especies bien distintas las que habitaron el continente europeo y africano, el *Homo heidelbergensis* y el *Homo rhodesiensis*. Otros especialistas incluyen todas las formas africanas y europeas en un mismo grupo (*Homo heidelbergensis*). Varios yacimientos han proporcionado fósiles humanos que se atribuyen a esta especie: Montmaurin (Francia), Steinheim (Alemania), Petralona (Grecia), Boxgrove (Inglaterra), Tossal de la Font (Castellón), Bolomor (Valencia) y los huesos de Atapuerca (Burgos), fechada en torno a los 500 K.a. años. Estos restos óseos, que representan el Paleolítico inferior, mantienen una mezcla de rasgos arcaicos y progresivos en su morfología craneal, aunque también presentan rasgos heredados de *Homo ergaster* y *Homo antecessor* y algunas características que se apreciarán con el *Homo neanderthalensis*. Esta última semejanza ha llevado a clasificarlos dentro de los *Homo sapiens* arcaicos, presentando un parentesco con el *Homo heidelbergensis* y los neandertales del Paleolítico medio (Unesco, 2011: 9-34).

lugar a las variedades de *Upper Cave*, *Boskop* y *Cro-magnon*, formas éstas últimas de las que procederían los tres troncos raciales indicados.” (Kauffman *et alii*, 1977: 34). Frente a la anterior está la visión ‘*policentrista*’, representada por Weidenreich, para quien los australianos, mongoloides, africanos y euroasiáticos tuvieron cada uno antepasados propios, pertenecientes a formas antiguas de *Homo sapiens* con distintos ascendientes. Para C. Howell (1957: citado en Willoughby, 2007: 67) las poblaciones de *Homo erectus* evolucionaron independientemente hacia *Homo sapiens* arcaicos y, posteriormente, a humanos modernos, haciendo hincapié en la importancia del flujo genético que se produciría entre las distintas poblaciones.

En resumen, mientras la teoría monogenista propone que el hombre moderno tuvo un origen único en un solo punto de la tierra, la teoría poligenista defiende que este se originó en diferentes territorios. Estas propuestas prevalecieron a lo largo de los años 60 y 70 del pasado siglo XX, si bien los hallazgos fósiles que se han ido produciendo en África y otras áreas del mundo «[...] han evidenciado diversas especies de homínidos a las que es posible clasificar en taxones⁵ que contribuyen a definir el género *Homo* basándose en sinamorfias⁶ por descendencias distintas” (Tattersall *et alii*, 2016: 65).

La existencia de diferentes propuestas interpretativas acerca del proceso de evolución humana sólo permite intentar adecuar una lógica secuencial, unir los diferentes aspectos que se han analizado en la actualidad y pensar que la evolución se produjo en medio de todos los factores eco-naturales y biológicos, según el entorno cultural en que se dieron y se crearon a lo largo de sucesivos ciclos geológicos de la tierra. Por tanto, revisaremos la evolución humana y las perspectivas posibles, intentando conocer cómo fue el proceso que dio lugar a la aparición y posterior evolución de los homínidos en el continente africano, intentando explicar cómo se produjo el abandono del territorio que les permitió conquistar otras latitudes y los aspectos que han hecho posible el conocimiento de los homínidos y sus actividades en los diferentes continentes, los cuales fueron capaces de modificar de forma impresionante el ecosistema en beneficio de su propio entorno desde que partieron de África tras 2.6 M.a. de técnica y dominio de nuestro planeta.

E. Lewin (1967: 56) señaló que, en la búsqueda explicativa de los orígenes del hombre, existe una serie de eventos en el tiempo que parecen haber producido la transformación de las especies que hoy podemos definir como ser humano. En concreto, asegura que en el proceso evolutivo del ser humano debieron intervenir cuatro eventos claves, *la terrestrealidad*, el *bipedismo*, *la encefalización* y *lo cultural*, aunque se difiere en el orden en el que se pudieron producir, apoyándose en diversas opiniones, como la de Henry Osborn, para quien el orden sería la *terrestrealidad* seguida del *bipedismo*, indicando que esta opinión es similar a la opinión darwiniana (Lewin, 1960: 60). Por el contrario, el antropólogo británico Arthur Keith (1948: 56) considera que el *bipedismo* fue el primer evento, al que seguiría la *terrestrealidad*. Sin embargo, Elliot Smith asegura que la *encefalización* constituyó el primer paso del *mono*, seguido del *bipedismo* y la *terrestrealidad* para más tarde alcanzar la *civilización* (Smith, 1996: 28). H. Osborn considera que la *encefalización* y el *bipedismo* no pudieron desarrollarse al mismo tiempo, asumiendo que el *bipedismo* precedió y no siguió a la expansión cerebral

⁵ Se analizan los diversos *caracteres* que se presentan en un grupo de especie y como resultado de este análisis se aplica de forma objetiva una estadística promedio de comparaciones basados en una jerarquía de la misma especie.

⁶ Cuando se comparten varios taxones (caracteres) de un mismo grupo o clado.

(Osborn, 1942: 29). Otros investigadores aceptaban la postura que defendía que el inicio fue la *terrestrealidad* que se separa del mono al utilizar las herramientas y por tanto este acto precede a la expansión cerebral. Según el propio Lewin (1993: 173).

“El bipedismo pudo haber evolucionado no como parte de un cambio de la naturaleza, sino simplemente como resultado de un cambio en la distribución de los recursos dietéticos existentes en los hábitats más abiertos de finales del Mioceno, concretamente, los recursos alimentarios de los homínidos fue más disperso, no solo en la dieta carnívora, también en la herbívora, y ello dio paso a la recolección y a una mejora en la eficacia de la supervivencia y el desarrollo cognitivo, aportando ventajas adicionales que se traduciría en una mejora en la eficacia locomotora y nada más.”

De las anteriores reflexiones puede deducirse que la evolución se dio y se canalizó en la inteligencia, la cual se heredó de forma generacional y por la propia interacción en el ámbito social. Se habría producido un avance en el proceso de deducción y análisis o diferenciación de los objetos utilizados, relacionando posiblemente cada uno de los mismos con las acciones diarias, produciendo, de este modo, estímulos y reflejos, algunos de protección, de ataque o de supervivencia, reflexiones producidas por diferentes situaciones y que, de una forma u otra, se manifestaron como procesos de inteligencia y, en consecuencia, esta acción de exigencia intelectual determinó indirectamente la estructura biológica y cognitiva de nuestros antecesores, ya que propició un proceso de adaptación y otorgó la capacidad de utilizar las manos, desarrolló la capacidad cerebral y fortaleció la iniciativa y la deducción. Y es debido al desarrollo cerebral que se logró una mejor defensa y, como resultado, se creó la posibilidad de ver más allá del horizonte, de observar la lejanía y la amplitud del territorio y lo que se contenía en él. Por tanto, se aplicaría la evolución cognitiva de la percepción, es decir, se dio un mundo dado como escenario en el que tuvo lugar un aspecto característico: la percepción.

Este proceso natural distinguió la información que separa al hombre del animal, pues cada uno recibe información de forma distinta a través de sus ojos. La diferencia radica en el tratamiento a que se somete dicha información y el desarrollo y tipo de procesamiento de la inteligencia o la encefalización. Como diría E. Lewin (1993: 189) *“[...] desencadenando esta percepción en una respuesta biológica elemental, especialmente cuando no se ofrece información alguna sobre el medio y experimentaron la posibilidad de desarrollarse.”*

Para G. Kohler *“El proceso de la existencia humana se dio con la ayuda de otros sentidos. La causa de la evolución no consiste solamente en los ruidos emitidos por las cosas, entre ellos un tipo de comunicación primitiva(lenguaje), aunque estos adquieren significados solo por referencias sensoriales, la visión fue la gran virtud porque consiste en, no solo almacenar información inagotable sobre los objetos y los acontecimientos del mundo exterior, la percepción fue el medio primordial del pensamiento y el funcionamiento cerebral y estos fueron dirigidos a la recepción de información en el cerebro desencadenando el desarrollo cerebral.”* (Kohler, 1958: 35).

No puede afirmarse que el primer bípedo se convirtiera, de alguna manera, en el principal constructor de la herramienta de piedra. De hecho, estas dos acciones, el bipedismo y la adquisición de la capacidad de construir herramientas de piedra, posiblemente no se dieran en el mismo momento; debió tener un proceso de adaptación y búsqueda como reacción al simple acto reflejo de supervivencia, la capacidad de subsistir en un medio agreste propio de la

época. Podemos suponer que esa capacidad de construcción pudo darse en unos miles de años, posiblemente a la par del avance progresivo de la estructura anatómica. Es decir, el proceso no fue inmediato, tuvo un largo recorrido de adaptación para poder optar al raciocinio, la comunicación y la posición vertical. Según el antropólogo H. Brace

“Ser homínido implicaba un tipo de cazador-recolector, la importancia de la cultura primitiva como la característica homínida fue expresada por una sola especie de homínido que existió en un momento del pasado. Por lo tanto, la historia del ser humano ha progresado por medio de una continua autoperfeccionamiento y en una única escala evolutiva de selección natural y esta selección englobaría dos pasos importantes: El primero sería, posiblemente, que dentro de una población existe cierta variación fenotípica y heredable. En segundo paso, como resultado de dicha variación fenotípica, se produce un diferencial de éxito reproductor.” (Brace, 1948: 14-26)

Es decir que, dentro de una población, existen ciertos rasgos particulares heredados que la hacen única, pudiendo existir genéticamente alguna variedad en los rasgos físicos heredados que fueron evolucionando progresivamente. Darwin señalaba que “[...] puesto que las especies se encontraban emparentadas por un antecesor común, la genealogía consistía como la única base lógica para la clasificación, y la forma correcta de incorporar la evolución es por medio de la clasificación” (Darwin, 1896: 33). Las raíces biológicas son mucho más antiguas, puesto que la selección natural se dio sobre generaciones sucesivas que se retroalimentaron a medida que los *Homo erectus*⁷ evolucionaban gradualmente hacia los *Homo sapiens* arcaicos, para concluir en los humanos, todos dentro de un flujo genético que se esparció entre las distintas poblaciones geográficas de forma conjunta y a la vez independiente, todos retroalimentándose constantemente de generación en generación, lo que consiguió que la población fuera más inteligente. Según Pringle *“El proceso de innovación de la capacidad humana de desarrollo fue mucho antes de lo que se pensaba, 200.000 años antes del Homo sapiens la capacidad evolutiva se fue gestando durante cientos de años, miles de años gracias a una compleja mezcla de factores biológicos y sociales.”* (Pringle, 2017: 13)

3.3. La evolución antropológica: factor importante en el desarrollo sociocultural

El proceso de evolución humana está asociado no solo al desarrollo biológico sino también a la adaptación sociocultural y medioambiental, por lo que la experiencia humana nos ha definido como personas por el nivel y capacidad de interactuar entre nosotros y con el medio ambiente, un proceso que ha sido posible por la capacidad de observación e interacción del ser humano. Esos simples actos que se fueron produciendo entre nuestros antecesores, unidos al proceso de percepción, propiciaron el desarrollo de una conciencia inmediata. A su vez, la interacción con el entorno otorgó al ser humano un nivel de evolución dependiente del grado de conciencia reflexiva; es decir, en el momento en el que se percibió el entorno se inició una interrelación con el territorio que habitaban. Según Roger Lewin *“[...] es cierto que algunas*

⁷ Para Wells, el *Homo erectus*, a pesar de su semejanza con el *Homo sapiens*, no evolucionó independientemente de estos últimos ya que según los datos mitocondriacos, el hombre moderno evolucionó hace escaso tiempo en África para dispersarse a continuación (Wells, 2002: 55).

especies evolutivas posteriores son más complejas, en ciertos sentidos, que muchas más tempranas. Sin embargo, ello puede explicarse simplemente por un efecto de retorno, por el hecho de que la evolución se construye sobre algo preexistente, [...]” (Lewin, 1967: 80). A esto se añade el nivel de las condiciones o circunstancias ambientales y sociales que se manifestaron entre los mismos actores, provocando diferentes tipos de percepción, ya sea de forma receptiva o de conciencia del entorno, de forma grupal o independiente, estimulando un proceso sensitivo, una percepción del mundo que les rodeaba. Posiblemente fue ese el aspecto que nos separó definitivamente de la rama de los póngidos, al adquirir forma particular de reaccionar frente a lo desconocido. Como señala Mircea Eliade “*[...] la forma de percibir el mundo que nos rodea es un universo en cuyo interior se manifiesta en nosotros. Por consiguiente, hace posible una estructura de niveles desde una categoría primitiva a un sentido, una reacción inteligente frente a un entorno, a una visión del mundo o al dominio de la evidencia misma.*” (Eliade, 1973: 32, citado por Macchiavello, 2009: 109).

La influencia perceptiva de un grupo de personas en una sociedad, el círculo en que se movían, produjo una transformación colectiva y, por tanto, las funciones cerebrales se retroalimentaron. De ahí que se elaborase un modo de comunicación, un modo de expresión, función que contribuyó a reforzar no solo la estructura anatómica que definió el desarrollo final del ser humano, sino que también otorgó la capacidad de almacenar ideas y pensamientos, diferentes tipos de respuestas unidas a las necesidades sociales y personales, posibilitando la creatividad, el aprendizaje, la expresión y otorgando una continuidad a la existencia. También proporcionó identidades propias a cada comunidad o pueblo, que implantaban esa experiencia en los lugares donde residían y que trasladaban consigo cuando abandonaban esos territorios y se desplazaban hacia otros lugares, ya sea en grupos nómadas o en pequeñas tribus. Estas acciones tuvieron como consecuencia no sólo la aparición de diferencias raciales sino también la aparición de fenómenos multiculturales, una cuestión analizada durante largo tiempo, en especial lo referido a la presencia de afinidades raciales entre los distintos pueblos que integraron los primeros grupos humanos.

Para E. Wells la genética humana proporciona un mapa, un registro de nuestras andanzas por el mundo que ofrece una idea de los pasos que, comparándolos con los registros arqueológicos y climatológicos, ha dado la evolución y diversificación del género *Homo*. El hombre moderno descendería de una común Eva mitocondrial, siendo las diferencias físicas que se observan en la población actual no el resultado de un proceso de especiación sino la consecuencia de cambios evolutivos que se han ido produciendo bajo la influencia del medio ambiente. Por tanto, la diversidad de las características físicas de los humanos modernos se debe a procesos de adaptación que se han ido produciendo durante miles de años tras la salida de la especie de Africa, la cual alcanzó el Próximo Oriente hace 150 K.a. y los territorios de Asia hace unos 100 K.a., aunque los “*[...] primeros genotipos y polimorfismos⁸ genéticos se encuentran exclusivamente en los habitantes africanos*” (Wells, 2002: 72). Como ha señalado R. Lewontin,

⁸ Los polimorfismos genéticos son variantes del genoma que aparecen por mutaciones en algunos individuos, se transmiten a la descendencia y adquieren cierta frecuencia en la población tras múltiples generaciones. Se ha estimado que hay una variante en cada 1.000 pares de bases de los 3.000 millones que configuran el genoma humano. Los polimorfismos son la base de la evolución y los que se consolidan, bien pueden ser silentes o proporcionar ventajas a los individuos. Inesta 1, Guino 2, Moreno 3 (2005: 333).

“[...] la variación genética en la diversidad humana fue crucial y es lo que dio origen a una evolución, este marcador genético estuvo presente en los genes de cada individuo y en el cambio de la composición genética entre las especies a través del tiempo se mantenían y fueron estableciendo los diferentes rasgos, como consecuencia de la migración y los procesos adaptativos fueron generando cambios físicos y variedades genéticas por lo cual para definir las diferencias genéticas se basó en las líneas geográficas diferenciado como caucásicos (Eurasia oriental), africanos negros (África subsahariana), mongoloides (Asia oriental), aborígenes del (sur de Asia, sur de India) amerindios (los americanos), aborígenes (australianos y Oceanía).” (Lewontin, 1979: 72).

De esta forma, el resultado de las diferencias genéticas en los seres humanos se encuentra y se distinguen entre las poblaciones, los marcadores de nuestra ascendencia se han ido manteniendo en menor grado y transmitiendo por medio de los linajes. Las diferencias raciales se dieron como resultado de la exposición a las condiciones materiales, geográficas y ambientales (Coon, 1963).

“[...] en conjunto todas las circunstancias coinciden en probar que la humanidad no está compuesta de especies especialmente diferentes unas de otras; que, por el contrario, originalmente no había más que una especie, la cual, después de multiplicarse y esparcirse por toda la superficie de la tierra, ha sufrido varios cambios por la influencia del clima, el alimento, el modo de vida, la mezcla entró en los individuos desemejantes; que en un principio estos cambios no fueron tan copíscuos y solo produjeron variedades individuales; que esas variedades se convirtieron luego en específicas al hacerse de forma continuada de las mismas causas, más generales, más claramente marcadas y más permanentes; que se transmiten de generación en generación” (Fuffon, 1959, citado en Harris, 1996: 82).

Las diferencias físicas en el hombre moderno muestran distintas formas de adaptación al medio y no una evolución biológica; todas están relacionadas mínimamente entre si, por lo que las semejanzas en los genes transmitidos han sido adaptadas por los distintos grupos humanos. Con el tiempo esas diferencias fueron más evidentes, apareciendo las denominadas ‘*diferencias raciales*’⁹, de manera que es imposible entender la evolución sin tener en cuenta el entorno medioambiental, al ofrecer diferentes posibilidades a lo largo de los cientos de miles de años que transcurren desde que *Homo ergaster* inició la búsqueda de nuevas tierras, con la consiguiente diferenciación física, sociocultural y artefactual. Es en ese proceso de dispersión y colonización de nuevos territorios en el que se incluye el poblamiento humano del Nuevo Mundo, fenómeno para el que muchos investigadores coinciden en señalar que la arribada de los primeros grupos humanos al continente americano se habría producido en el última etapa del Pleistoceno, aunque se plantean importantes dudas a la hora de fijar con certeza el instante cronológico en el que se iniciaron las migraciones, qué elementos culturales portaban esos migrantes y qué rutas tomaron para su ingreso en América. Sin duda se trataba de cazadores-recolectores especializados que dejaron como únicas evidencias materiales de sus primeros

⁹ Concepto utilizado también por M. Harris (1996) para plantear que los comportamientos del ser humano fueron similares, independientemente de las características raciales.

asentamientos americanos los artefactos líticos hallados en abrigos rocosos, compuestos por puntas de proyectil, raspadores, cuchillos y perforadores. Ese mismo tipo de elementos también ha aparecido a lo largo de Sudamérica, incluso en áreas muy extremas, contribuyendo a establecer un posible cuadro cronológico a partir de su identificación tipológica, funcional y tecnológica.

Por otro lado, la diversidad de hipótesis acerca de la evolución humana explica por qué no existe una respuesta concreta a la cuestión del poblamiento de América sin que previamente se haya resuelto si el hombre moderno tuvo su origen en un solo punto o en varias regiones a la vez, propuesta esta última que de confirmarse debería aclarar si el hombre moderno procede de una sola especie precursora o de diferentes ramas filéticas ubicadas y evolucionadas en diferentes espacios geográficos. Además, hay que tener en cuenta la posible existencia de contactos humanos entre el Antiguo y el Nuevo Mundo en varias direcciones y durante varias pulsaciones migratorias, las cuales debieron ser paralelas a los sucesivos cambios climáticos. Algunos investigadores sugieren que esos contactos se habrían producido tanto por el norte como por el sur, e incluso se ha propuesto la existencia de influencias culturales desde América hacia Oceanía. Esta variedad de posturas ha dado lugar a diversas hipótesis a lo largo del pasado siglo XX, centradas en las posibles rutas de ingreso a América, constituyendo una cuestión que ha sido tratada con interés a partir de 1950 por la Escuela de Viena¹⁰, donde algunos antropólogos han partido de la visión de Paul Rivet, investigador que reúne de forma coherente varias hipótesis de poblamiento, mostrándose a favor de “[...] *un origen pluralizado de los amerindios*”, no solo en el aspecto físico sino también cultural. En la actualidad el tema del poblamiento americano mantiene aún ciertas divergencias en relación con los datos cronológicos, las rutas de ingreso y el origen del hombre, por lo que a continuación, intentaremos aportar una visión particular y unificadora de la investigación sobre el poblamiento de las Américas, mostrando de forma sintética las diferentes posiciones teóricas. Para ello hemos considerado conveniente plantear varias direcciones de análisis, en concreto los rasgos físicos y culturales, las rutas migratorias y los patrones estacionales de los asentamientos asociados a las industrias líticas, estos dos últimos señalan un aprovechamiento e intervención de los recursos disponibles aportando un referente con los grados de similitud y procesos de adaptación, los cuales a su vez pudieron marcar diferencias en las manifestaciones culturales de cada región del antiguo Perú, eje central de nuestra tesis.

3.4. Diversificación de los rasgos físico-culturales en Sudamérica-Perú

El conocimiento que se posee acerca de la primera presencia humana en el continente americano, como destino final del flujo migratorio que se originó en África hace 1.8 M.a. y que atravesó varios continentes, muestra diferentes propuestas en relación con el ingreso y las diferentes etapas de ocupación, constituyendo las evidencias materiales de los procesos culturales que se sucedieron en el tiempo, un elemento importante a la hora de intentar definir cuál fue la secuencia tecno-cultural resultado de las diferentes formas de adaptación que desarrollaron los primeros ocupantes de las Américas.

¹⁰ En particular por Greenberg y Smith, quienes sugerían la existencia de relaciones culturales entre Oceanía y la Tierra del Fuego en Chile; más tarde propusieron una doble corriente migratoria desde Australia hacia América.

Existen diversas propuestas cronológicas englobadas en el concepto de periodización unitaria¹¹, basada en los contextos tecnológicos y en evidencias materiales que puedan ser relacionadas con los cambios medioambientales. Sin esa periodización, la América precolombina se hallaría en un corredor sin salida rodeada de múltiples confusiones; para establecerla son diversos los aspectos que deben tenerse en cuenta, entre los cuales destacan las características bioantropológicas/raciales de los grupos humanos asociadas a las posibles rutas de ingreso y a las diferentes teorías evolutivas. Los cambios climáticos que afectaron al planeta durante la Era Cuaternaria produjeron profundas alteraciones medioambientales y la migración de animales y seres humanos, la cual terminó por afectar al continente americano, que fue paulatinamente ocupado desplazándose en varias direcciones, produciéndose diferentes resultados culturales, ya que mientras algunas comunidades humanas mantuvieron hábitos ancestrales, otras los modificaron adaptándolos a las nuevas circunstancias medioambientales que encontraron, con lo que se introdujeron modificaciones culturales que además estuvieron acompañadas de transformaciones biofísicas en la población, aspectos que hacen muy complejo determinar con total seguridad el ascendiente cultural y biológico original, sobre todo teniendo en cuenta que “[...] *la raza humana ha diferido de su antecesor único, diferenciándose muy débilmente entre sí, y aún en poco número*” (Darwin, 1909: 81), aseveración que indica que las especies que presentan un amplio reparto espacial muestran más variaciones que aquellas que se desarrollan en espacios con unos límites más reducidos y poseen una menor población.

Por lo que respecta a la cuestión de la existencia de *razas* en el género *Homo*, habría que señalar en primer lugar que el término ‘*raza*’ se ha utilizado como categoría taxonómica¹², haciéndolo equivalente al término de subespecie, un término que en la actualidad solo se aplica a animales domésticos, ya que se puede afirmar que, desde una perspectiva genética, los humanos compartimos un mismo código genético “[...] *y las variaciones que observamos no son debidas a genes distintos sino a variantes de los genes que se repartieron en distintas frecuencias en las poblaciones*” (Rebato, 2005: 22). En efecto, los seres humanos somos idénticos en un 99% en nuestro ADN, por lo que las diferencias genéticas sólo afectan al 1% de la carga genética común. Ese porcentaje hace que las técnicas de estudio que analizan la diversidad genética mediante la determinación “[...] *de la variación genética o marcadores de ADN*” (Wells, 2002: 34) proporcionen un tipo de datos que pueden ser utilizados como evidencias arqueológicas. En ese sentido, hay que entender que la diversidad genética observada en Norteamérica, México, Mesoamérica y Sudamérica debió producirse a medida que las poblaciones se movieron por las distintas regiones del continente, de manera que la variabilidad de rasgos físicos debió generarse a lo largo de periodos prolongados, permitiendo la diversificación del conjunto genético de las antiguas poblaciones a partir de los primeros grupos humanos que ingresaron en América, de tal manera que “[...] *las primeras oleadas de inmigrantes tienen una estrecha relación con el hombre paleo-mongoloide que se estableció*

¹¹ La periodización debe ser entendida de manera unitaria y general, existiendo diferentes planos en los que se ofrece una periodización, desde el ámbito local al regional y universal, basados en contextos tecnológicos y su relación con el medio ambiente (Laming-Emperaire, 1980: 34-35).

¹² Difiere del término taxón, que señala a grupos de organismos emparentados, que en una clasificación dada han sido agrupados asignándole al grupo un nombre y una descripción. Si es una especie y un tipo, es decir una novedad evolutiva que permite diferenciar a un grupo de otro grupo marcando los grupos de descendientes de organismos que pueden ser reconocidos a través de aquellos caracteres que se originaron en su ancestro común y son por lo tanto compartidos por todo el grupo incluido el ancestro común (Renfrew, 2006: 66).

en América del norte y estos acentuaron u originaron algunas variantes que se adaptaron en el nuevo medio, de tal forma la diversidad mantiene un común denominador con los paleomongoloides, siendo mayor que con los africanos o el caucásico europeo” (Tello, 1947: 33; Doig, 1977: 123).

Por lo que respecta a la cuestión de la diversidad cultural, las diferentes hipótesis que se han propuesto para explicar el poblamiento humano de América llevan aparejadas el problema de cómo se originaron las variantes culturales, de manera que los descendientes de los primeros colonizadores experimentarían distintas adaptaciones a las diferentes realidades medioambientales que fueron encontrando en su migración americana; surgen así diversas formas socio-económicas, desde los cazadores-recolectores hasta los agricultores, además de otros procesos más tardíos y complejos. El análisis arqueológico de esas comunidades se apoya en los datos recopilados y en el modelo cultural aplicado a toda la América precolombina, clasificándose los registros arqueológicos por periodos de desarrollo cultural establecidos en modelos basados en las características de las expresiones culturales.

Los datos arqueológicos señalan presencia humana en las Américas a lo largo de los últimos 15 K.a., desde un momento en el que el fenómeno glacial había alcanzado su punto más intenso, transformando los contornos continentales y las distancias, cambios que serían aprovechados por comunidades siberianas para cruzar desde el continente asiático al americano. A. Torrini (1992) propuso que los indígenas americanos, dentro de las dos oleadas migratorias que considera que se habrían producido, fueron dejando a lo largo de su camino por Norteamérica huellas genéticas que debieron aparecer en nuestra especie en algún momento entre hace 34 y 6 K.a., de manera que tanto los amerindios como los asiáticos del norte poseerían una fuerte relación genética debida a un mismo origen reciente, que apuntaría a una inicial migración desde el este de Siberia hacia América hace unos 20 K.a., lo que marcaría en los indígenas americanos semejanzas con las poblaciones de la región asiática central. De esta forma los siberianos del Paleolítico superior y los primeros americanos procederían originalmente de la misma población de Asia central.

En cuanto a los rasgos físicos que definen a las primeras poblaciones americanas, se han establecido sobre la base de características somáticas tales como el tipo de tez, tamaño y estructura de la cabeza, forma del cuerpo y tamaño de las extremidades, haciendo hincapié en la constitución ósea comparada. Atendiendo a esos caracteres biométricos, los habitantes precolombinos muestran una estatura baja, con un promedio de 1.50 m para los varones y 1.46 m para las mujeres, la tez de color moreno o violáceo oscuro, característica que se atribuye a una condición necesaria para sobrevivir en los diferentes entornos medioambientales que posee la geografía americana, con zonas altas y zonas bajas que van desde los 400 hasta los 3.000 o 4.000 msnm, en algunos casos con una geografía similar a la que presentan algunas regiones asiáticas¹³ y condiciones climáticas postglaciares. Ese fue un proceso que también se dio a nivel de la fauna y la flora, de manera que a medida que se producía una adaptación al cambiante ecosistema americano, los colonizadores fueron abandonando algunas costumbres y formas de vida, como la caza generalizada, y adoptando un estilo de caza selectiva además de implantar

¹³ Esas características han sido establecidas a partir del hombre andino, el indígena mexicano, el hombre centroamericano, o los fueguinos, denominación esta última aplicada a los habitantes originarios de la Tierra del Fuego en Argentina o de la isla de Pascua en Chile.

progresivamente nuevas estrategias de supervivencia basadas en la recolección y la producción de alimentos de origen vegetal y la domesticación animal, proceso que les conduce a un radical cambio de vida, transformándose de nómadas a sedentarios.

El análisis de los cambios a nivel de los rasgos físicos que afectaron a los grupos humanos que colonizaron América no ha mantenido una línea homogénea, por cuanto algunos investigadores han insistido en la existencia de un proceso único, frente a otros investigadores que abogan por la existencia de una diversidad biológica de los americanos desde su origen asiático. En ese sentido, a inicios del siglo XX Alex Hrdlicka propuso que las semejanzas físicas partían de una homogeneidad amerindia presente entre los primitivos pobladores de América y los descendientes del tipo paleo-mongólico asiático. Este investigador también propuso que los descendientes del hombre americano no formaban parte de la homogeneidad amerindia, insistiendo en que las diferencias físicas entre ambos grupos se debían a la influencia del medio y a las variaciones genéticas que se suelen originar a partir de un tipo común: *“Los primeros pobladores que ingresaron por el estrecho de Bering se difundieron por todo el conjunto del continente americano y, para venir en oleadas sucesivas tan antiguas, las razas originarias se aliaron en un tipo homogéneo, lo que habría dado a todos los indígenas americanos una similitud familiar.”* (Hrdlicka, 1927 citado en Kauffman, et alii, 1947: 99).



Figura 17. Niña asiática (foto web).



Niña andina (Fot. F. Talavera).

El fenómeno que implicó el poblamiento humano de América¹⁴ se mide en decenas de miles de años y, considerando los miles de kilómetros cuadrados que posee el continente americano, debe entenderse como un proceso que generó la dispersión de los grupos humanos que atravesaron el estrecho de Bering. Por tanto, aunque el acceso humano al continente americano tardó en producirse en relación con lo sucedido en otros continentes, cuando se produjo lo hizo a un ritmo relativamente constante el cual, teniendo en cuenta la naturaleza y características físicas del antiguo hombre americano, fue portador de algunas variantes

¹⁴ Sudamérica estaba ocupada antes del 14.000 BP, pudiéndose asignar cinco tradiciones líticas diferentes al Pleistoceno tardío sobre la base de las fechas de radiocarbono y la estratigrafía, y otras dos que ocupan el final del Pleistoceno y el Holoceno más temprano. Las cuatro primeras tradiciones anteriores al 11.000 BP pudieron haber sido introducidas por distintos grupos de migrantes de América del Norte y, en última instancia, el continente asiático. Las tradiciones posteriores muestran claras afinidades norteamericanas o aparecen como desarrollos locales en Sudamérica, no remontándose probablemente a los antecedentes asiáticos (Lanning, 1970: 98).

biológicas debidas a la adaptación al medio geográfico (Figura 18). Con el transcurso del tiempo se mantendrán algunas características físicas y se desarrollarán otras nuevas que serán compartidas por la mayor parte de las poblaciones sudamericanas, entre las que destacan “[...] *los pómulos aumentados, nariz medianamente ancha, labios carnosos, ojos y párpados mongólicos ligeramente oblicuos, dentadura pareja, maxilares anchos, cráneo corto, cabellos negros gruesos y abundantes, contextura robusta, brazos largos, dedos cortos, manos pequeñas, ausencia de vellos en manos y piernas, extremidades cortas, el color de la piel variable según los factores ambientales como la ausencia o abundancia de melanina*” (Doig et alii, 1947: 143).

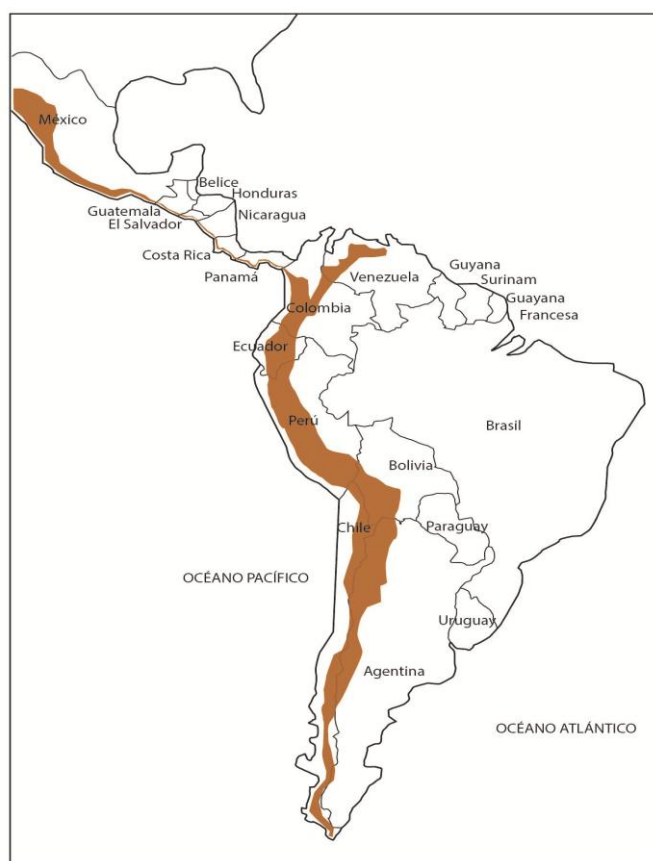


Figura 18. Mapa de las diferentes regiones biogeográficas a las que se debió adaptar el proceso de poblamiento humano en Centro y Sudamérica (Elab. A. Yuen con Adobe Photoshop).

Frente a lo anterior, Clark Weassley propone un enfoque diferente a partir de la existencia de disimilitudes, señalando que en un mismo grupo social no se hallan dos individuos completamente parecidos, mucho menos en contextura física, por más que en algunas partes parezca prevalecer el cráneo alargado frente a un cráneo más corto. Existe una amplia diversidad en la morfología del cráneo, incluso a nivel de una misma etnia, la cual también estaría presente en los indios norteamericanos, en las poblaciones centroamericanas y en las sudamericanas. La propuesta de C. Weassley acerca de la diversidad física alcanza hasta el nivel de las tribus de cualquier área cultural, incluso aunque estas se hallen aisladas por barreras físicas, hábitos culturales o características psicológicas, argumentando que “*Las similitudes raciales se presentan de las relaciones cercanas con las tribus de otras zonas de cultivo. Las principales barreras que preservan el carácter distintivo de una cultura. Las áreas son físicas:*

superficie, clima, fauna y flora. Las áreas culturales son internamente, la concepción es que en ciertas fases de cultura cada unidad social desarrolla un estilo, o patrón, para sus rasgos y que los rasgos prestados se trabajarán para que se ajusten a este patrón.” (Weassley, 1918: 192-212).

Lo anterior pone de manifiesto que las similitudes o diferencias raciales dentro o fuera de un área cultural se convierten en un aspecto poco relevante, pasando a ser parte de una agrupación geográfica de unidades sociales con culturas similares; esta propuesta es significativa dentro del concepto del cambio cultural de las características humanas presentes en los rasgos físicos de las poblaciones americanas. Siguiendo a E. Rebato “[...] *las poblaciones deben pues, ser definidas según criterios genéticos o culturales que no siempre son coincidentes, se ha demostrado que las mayores distancias genéticas no se encuentran entre las poblaciones, sino entre los individuos que las forman*” (Rebato, 2005: 13). Se mantiene, por lo general, una idea común que pone el acento en la correspondencia de los aspectos físicos y culturales propios de un área geográfica bien definida, con un grupo de culturas que comparten tradiciones afines y, de alguna manera, mantienen rasgos consanguíneos. El hecho de tener una tradición milenaria y de descender de los mismos antepasados hace que esas características no se puedan obviar, constituyendo en Sudamérica la base de lo que se denomina *‘familia ancestral’*, formando parte de una milenaria tradición que formó parte del concepto de área cultural de las antiguas culturas.

Por otro lado, parecen existir pocas similitudes genéticas entre las poblaciones del occidente de Sudamérica, territorio donde se dio una mayor variación genética que en las poblaciones de la franja oriental de Sudamérica, diferencias que debieron tener su origen en los grupos de cazadores-recolectores del Paleolítico superior del Viejo Mundo, aunque constituyen una consecuencia racial final que aparece en los descendientes de los inmigrantes que se establecieron en Norteamérica. En consecuencia, las tribus de un área cultural no parecen que estuvieran limitadas por barreras físicas, hábitos culturales o características psicológicas con respecto a otras tribus cercanas; las denominadas barreras culturales, principales muros que preservan el carácter distintivo de una cultura, solo estarían definidas por las distancias, el clima, la fauna y la flora. Solo teniendo en cuenta que las áreas culturales son internamente efectos resultantes del comportamiento social, podemos entender el concepto de culturas diferentes; algunas parecen ser diferentes, pero si emergen de un tronco común no difieren de la misma manera, solo si fueran dos sociedades que en ningún momento de su desarrollo han mantenido contacto o son de un mismo tronco. Siguiendo a L. Strauss, *“Las sociedades no están jamás solas; cuando parecen estar más separadas que nunca, lo están en forma de grupos o bloques. De esta manera, no es una exageración que las culturas norteamericanas y sudamericanas hayan estado casi incomunicadas con el resto del mundo por un periodo cuya duración se sitúa entre 10.000 y 25.000 años [...]”* (Strauss, 1952: 46).

Lo que intentamos sugerir es que, posiblemente, los primeros humanos llegaron a América en una inicial oleada migratoria que sería seguida de múltiples oleadas que recorrerían diferentes rutas de ingreso, lo que se reflejaría en la amplia diversificación cultural y física que se dio entre las poblaciones que se extendieron por las Américas. Así, por ejemplo, Brasil cuenta con una inmensa población mestiza, a la que se incorporan más recientemente portugueses y caucásicos europeos. En Chile se ubica una mayoría de caucásicos europeos y los araucanos originarios de la Patagonia, formando parte de la llamada América precolombina o América

andina¹⁵. Actualmente el continente americano presenta una gran diversidad de mezclas de etnias culturales en diversos grados, mostrando una silueta que envuelve una unidad de culturas con rasgos similares, otorgando a las mismas un cierto grado de parentesco. Igualmente resultaría difícil categorizar a las personas basándonos solo en los rasgos biológicos; E. Rebato incorpora una definición que nos parece importante añadir en nuestra sugerencia, a manera de englobar el concepto de diversidad saliendo del ámbito sudamericano; ese investigador manifiesta que es mayor la “[...] similitud genética entre europeos y africanos subsaharianos que entre africanos y melanesios, a pesar de la piel oscura de estos dos grupos, lo que demuestra que las pautas raciales no son en gran medida incompatibles con la mayoría de las diferencias genéticas entre poblaciones humanas” (Rebato, 2005: 72).

Sin embargo en el ser humano resulta difícil separar lo cultural de lo biológico, por lo que el concepto etnias o grupos socialmente culturales nos aportaría la idea de pertenencia a un grupo específico caracterizado por patrones culturales únicos, lo que entraría no solo en el aspecto biológico, al incluir también factores de tipo social, histórico, costumbres, lenguaje, religión,..., que harían a estos individuos personas únicas aunque con similares características biológicas y con un ADN del 99% de compatibilidad, términos aplicables a todas las sociedades culturalmente emparentadas con el factor migratorio, como base aplicable a otras regiones del continente en el que se encuentran algunas particularidades físicas y singulares. Estas combinaciones nos ofrecen la prueba más tangible de la diversidad de variantes genéticas progenitoras; tales son estas posibilidades que, en la actualidad, en una isla del Pacífico se podría encontrar una pequeña población de sangre polinésica e inglesa cruzadas, y en el archipiélago otra unión de polinesios y negros cruzados en todos los grados imaginables. Se podrían citar muchos casos, como en África del Sur, donde existen cruces de negros con caucásicos indoeuropeos, mestizos con arios y negros, o en Centroamérica, donde es posible hallar la mezcla entre negros y caucásicos, que son denominados mestizos. Frente a estos ejemplos, consideramos que las etnias humanas no son lo bastante distintas entre sí como para coexistir sin que se crucen, salvo algunos ejemplos extraordinarios en los que la geografía y la ideología de los pueblos proporciona el medio habitual para establecer la distinción específica por tradición y selección.

¹⁵ El término América andina expresa una unidad que da sentido a una pluralidad, a una diversidad que no se disgrega, sino que integra los términos naturales y geográficos, los culturales y simbólicos. Así, a partir de esa diversidad ecológica que abarca desde la costa hasta los páramos y las punas, sin olvidar la denominada selva baja, lo andino conjuga en sus diferencias una complementariedad, no solo expresada en el ámbito humano y social, pues sería difícil comprender las diferentes mezclas de razas como lo criollo, lo mestizo, lo cholo, lo negro, lo pardo, o lo indio, por sí mismo, sino en su relación con ‘el otro’. Como lo argumenta F. Galindo, la noción de lo andino nos ayuda a desprendernos de una connotación racista que subyace, por ejemplo, a la palabra ‘indio’. Evoca ‘civilización’ en los términos que la historia universal etnocéntrica ha designado solo a determinados pueblos, y tiene un sentido incluyente y pluralista porque “[...] no se limita a los campesinos, sino que incluye a pobladores urbanos y mestizos, toma como escenario la costa y la sierra, trasciende los límites nacionales y ayuda a encontrar los límites entre la historia peruana y la historia de Bolivia o Ecuador”, o de Colombia, Venezuela, Argentina y Chile. Lo andino hace referencia a una constelación de culturas; debería ser pensado en términos similares a los griegos, chinos, etc. En síntesis, encaminados entre ese juego dialéctico entre unidad y diversidad, “[...] debemos hablar de los hombres andinos. El plural permite abandonar las abstracciones y aproximarnos efectivamente a la realidad histórica” (Galindo, 1988: 134-145). Más allá de ciertas visiones geográficas o culturales, lo andino no se circunscribe a lo altoandino, sino que integra toda la pluralidad, de una historia en común que va formulando la identidad latinoamericana.

Debemos tener en cuenta ese amplio abanico de comportamientos humanos como formas en las que “[...] los seres humanos han organizado las experiencias de manera tal que la diversidad mantiene su propia estructura y forman parte de sus percepciones y conceptos en que se movilizan, como un sistema de relaciones de causa y efecto” (Cohen, 1981: 77). Como ejemplo podemos citar la región de la Amazonía peruana y brasileña, la cual ejerce su influencia en el modo de vida de los aún existentes pueblos indígenas que no mantienen contacto con el exterior, grupos nativos que viven en áreas limítrofes protegidas por el Valle Javari (Brasil) junto a la provincia de Iquitos frontera con Perú, grupos que mantienen una forma de vida milenaria y primitiva ya que sobreviven de la caza, la recolección, la pesca y el cultivo rudimentario de plantas. La gran diversidad de pequeñas culturas que subsisten en la zona se debe a la geografía del lugar, con unas características ecológicas propias de la selva, que no permiten albergar una agricultura intensiva o una gran concentración demográfica, menos aún un desarrollo complejo, de ahí que la consanguinidad aún se mantenga intacta. Esta diferencia de las zonas ubicadas en la selva profunda es única, ahí no se encuentran mezclas raciales en las tribus por ideología o por el factor demográfico, a lo que se añade el difícil acceso a las pequeñas tribus que viven en esas áreas impenetrables. Por tanto, podemos decir que el patrón de comportamiento en esas zonas es diferente al del resto de las poblaciones sudamericanas.

El reconocimiento y estudio de los diversos modos de vida de las antiguas poblaciones, desde una etapa de cazadores-recolectores hasta el inicio de la economía doméstica con el Neolítico, permite considerar que la ocupación del continente americano formó parte de un proceso más amplio de desplazamiento natural de la especie *Homo*, en el que se fueron colonizando todos los espacios vitales que les fueron accesibles. De ahí que para Lévi-Strauss la contribución de las etnias humanas a la civilización se produjo por medio de aportaciones culturales, con independencia del lugar de origen, ya sea desde Asia, Europa, África o de América y “[...] estas razas sean únicas por el hecho de que estos continentes estén, en conjunto, poblados por habitantes de orígenes raciales diferentes o distintos. Si esta particularidad existe se debe a circunstancias geográficas, históricas y sociológicas, y no a aptitudes distintas ligadas a la constitución anatómica o fisiológica de los negros, amarillos o blancos” (Strauss, 1949: 40). Es decir, si no existieran aptitudes propias, innatas en cada sociedad, no serían únicas, por ende, no se podría explicar que la civilización se desarrollara en diferentes espacios culturales y periodos distintos, logrando una gran variedad de tipos de progresos en comparación de otros pueblos. Según K. Wissler “*La inteligencia no está dada por el color de la piel, primero, nosotros estamos en presencia de sociedades yuxtapuestas en el espacio, unas próximas y otras lejanas, debemos contar con las variadas formas de vida social que se han sucedido en el tiempo y que nos es imposible conocer por experiencia directa, un historiador un arqueólogo no entrara jamás en contacto directo con una civilización perdida, sino es a través de los documentos escritos o documentos diseñados por el mismo hombre y por la sociedad.*” (Wissler, 1987: 54).

Las relaciones de parentesco constituyen la base principal sobre la que se asienta la organización social en todas las comunidades, donde los grupos sociales más numerosos conforman clanes y linajes. La organización de parentesco bilateral, en la que se tiene en cuenta la parte materna y la paterna, es la que predomina en las sociedades menos complejas de cazadores-recolectores. El antropólogo R. Stephen Brifault considera que el matriarcado es un tipo de organización social que se encontraba latente en gran parte de las sociedades más

primarias, en las que los descendientes suelen provenir de un antepasado común, criterio que constituye un factor de unión al darle a grandes masas de individuos la capacidad para afrontar actividades guerreras o rituales con la sensación de sentirse diferentes a sus vecinos, de sentirse relacionados por el parentesco y un territorio en concreto.

Las primeras sociedades en organizarse incorporan no solo los hábitos sociales de una comunidad sino también las reacciones de los individuos en la medida en que son afectadas por las costumbres del grupo con el que conviven, estos puntos son el determinante de las costumbres y el resultado para el desarrollo común. Esas antiguas sociedades dieron el paso inicial para lo que podríamos definir como el factor que produjo el avance hacia la agricultura y la ganadería, unidos a los intercambios socioculturales, y esta nueva modalidad socioeconómica, basada en la producción de alimentos, generó la transición neolítica gracias a la capacidad innata del hombre para responder a los nuevos desafíos que la naturaleza le ofrecía. La agricultura inicial trajo consigo una gran repercusión en un aspecto no cultural, al ocasionar que la población aumentara, lo que desencadenó nuevos retos a los que el hombre tuvo que responder entrando a una nueva esfera socioeconómica y política sustentada en élites, que condujeron a las comunidades primitivas a un desarrollo más organizado. En este aspecto, como señala R. Briffault (1974), el estatus de la mujer fue importante, ejerciendo su influencia en la aparición de nuevas estructuras socioculturales, al ser ella la productora de alimentos, obteniendo privilegios que, al menos teóricamente, condujeron al matriarcado. El aumento demográfico y la estabilidad en la alimentación que se alcanza con la actividad agraria promovió un desarrollo tecnológico y agrícola que condujo al uso y dominio del territorio.

Las denominadas relaciones de parentesco también se aplican al periodo de los cazadores-recolectores, cultura primigenia en la que se crean una especie de redes biológicas con determinantes rasgos físicos similares; con necesidades físicas y de supervivencia; estos grupos mantenían ciertas características que servían para diferenciarlas de otras sociedades; lo crucial fue que todas estas etnias tenían un fin común. Se movilizaron migrando en diferentes circunstancias, tiempos y direcciones, generando no solo una adaptación geográfica diferente, constituyendo familias por parentesco y por alianzas, viviendo en abrigos y cuevas con carácter de campamentos, de manera que mientras algunas se establecían, otras continuaban el viaje, lo que plantea la posibilidad de que dispusieran de exploradores de caminos alternativos con necesidades concretas, tales como conocer los lugares donde se hallaba la caza y la pesca, lugares idóneos donde almacenar granos para el alimento y semillas para las siguientes siembras o la creación de espacios tipo cementerio y zonas de veneración. Lo que intentamos enfatizar es que una de las necesidades de estos grupos y del explorador sería mantener algún tipo de conexión con su población de origen; esa conexión pudo significar la diferencia entre la vida y la muerte ya que, sin un sistema de pautas de comportamiento y adaptación, un grupo de personas no podría tener muchas posibilidades de supervivencia y de evolución. Por tanto, su presencia en América fue muy importante porque efectuaron un aporte cultural significativo a la nueva geografía del lugar con el dominio del espacio, unido al conocimiento cultural del que provenían y se estaban desprendiendo.

3.5. El proceso migratorio hacia Sudamérica

Aún no se han establecido plenamente las características que definen el proceso que dio lugar a la colonización humana del continente americano. Se han efectuado diversas propuestas interpretativas que, en un caso aseguran que el hombre americano es originario del Antiguo Mundo y que alcanzaría el Nuevo Mundo en algún momento entre los 50.000 y 40.000 B.P., hipótesis que se sustenta en las dataciones radiocarbónicas proporcionadas por el sitio de Lewisville. Una segunda propuesta señala que algunos colonos desde Asia atravesaron el estrecho de Bering¹⁶ hacia Norteamérica aprovechando la cercanía geográfica entre ambos continentes, fijándole una antigüedad para el poblamiento entre el 13.000 y el 10.000 B.P. (Doig, 1997: 108), propuesta cronológica que no parece del todo acertada, al estimarse que el hombre americano tendría más de 12.000 años de antigüedad, por lo que “[...] *las migraciones desde Asia pudieron llegar en tiempos más tempranos*” (Durutuber, 2001: 87). En una línea similar se sitúa el planteamiento de E. Bonnichsen, quien difiere de Durutuber al ser partidario de una “[...] *presencia temprana del hombre en las Américas en tiempos posteriores a los 12.000 años de antigüedad.*” (Bonnichsen, 1991: 310), propuesta que apoyan investigadores como Charles Abbott (1972, 1973 y 1992), Florentino Ameghino (1979 y 1980) o Erland Nordenskjöld (1990).

Frente a la propuesta anterior se halla la hipótesis que niega la presencia de pobladores humanos en América con anterioridad a los 12.000 años, defendida por William H. Holmes (1967) y Alex Hrdlicka (1925), a los que se unieron más tarde otros investigadores como P. Martin (1973), J.B. Griffin (1979), C. Vance Haynes (1986) o D. Meltzer (1992), quienes proponen que la aparición de los primeros habitantes americanos se produce en el hemisferio occidental en torno a los 12.000 años B.P., no aceptando la existencia de yacimientos en Suramérica anteriores a la denominada ‘*Etapas Clovis*’¹⁷. Sin embargo, en las últimas décadas las evidencias generadas por los nuevos descubrimientos arqueológicos en el continente americano han dado soporte a una tercera vía, que asegura que los primeros humanos alcanzarían Norteamérica entre el 50.000 y 20.000 B.P., hipótesis defendida por R. MacNeish (1967), R. Schutler (1968), A. Bryan (1969), D. Stanford (1979b), N. Guidon (1986), T. Dillehay (1996), G. LeMoine (1997) y L. Salcedo (2013).

Por otro lado, recientemente se han dado a conocer diversas propuestas en relación con la cuestión del poblamiento de América, basadas en la reevaluación de las fechas C14 y los grupos migratorios, originando nuevas hipótesis que desestiman las posturas establecidas entre 1970 y 1980 y que proponían un solo ingreso y un solo origen, situando el poblamiento humano de América al finalizar la última glaciación, en una fecha en torno al 11.600 a.C. Una propuesta inicialmente planteada por el jesuita José de Acosta en su tratado ‘*Historia Natural y Moral de las Indias*’ (1589), a la que algunos siglos más tarde niega el explorador A. Von Humboldt (1822 y 1827), quien recoge las ideas de la Escuela Americana de un único ingreso y origen,

¹⁶ Región que abarca el extremo este de Siberia, Alaska y Yukón.

¹⁷ Utilizamos la denominación Clovis propuesta por W. Irving, ya que consideramos que constituye la forma más prudente de diferenciar la cronología de las industrias líticas en el continente americano, debido a que la reconstrucción arqueológica se formula a partir de los descubrimientos de las puntas de proyectil halladas en los diferentes asentamientos y el registro de las ocupaciones están regidas por el modelo Clovis. Mantendremos a lo largo de nuestra narrativa el concepto ‘*Modelo Clovis*’ propuesto por William Irving (1985, citado en Salcedo 2013: 10).

hipótesis que ya en el siglo XX será defendida por A. Hrdlicka (1912 y 1925), E. Szathmary (1981), T. Lynch (1990), C. Kolman (1996), J. Birmingham (1996), N. Bianchi (1997) o P. Slzano (1997), investigadores que apoyaron el desarrollo de múltiples ingresos en diferentes etapas, con un ingreso más temprano y otro más tardío. Esta propuesta presenta puntos en común con respecto a la teoría de un único origen mongoloide, al negar la unidad racial de los americanos y considerar que las semejanzas entre los indígenas son grandes, aunque no son menores sus diferencias. Dentro de la propuesta de un solo origen y múltiples entradas se encuentran Paul Rivet (1959), W. Hoyle (1975), T. Headland (1980), Thomas Dillehay (1993), F. Parenti (1996a), C. Brace (2001), M. Bortolini (2003), J. Gonzáles (2005), L. Rodríguez (2001) o L. Prattes (2002). Finalmente, entre los investigadores que apoyan la hipótesis de tres a cuatro ingresos en diferentes épocas y en diferentes direcciones estaría M. Correia (1925), R. Schutler (1968), A. Bryan (1978), F. Ameghinio (1980), Martínez del Río (1980), C. Turner (1983), Meltzer y Adovasio (1997), P. Rivet (1996), N. Guideon (1996), J. Schmidt (1999), M. Sardi (2005) o A. Salcedo (2011).

Una última propuesta asegura que los primeros colonos alcanzaron el hemisferio occidental mucho antes de las fechas establecidas por el C14, produciéndose su arribo posiblemente entre los 150.000 y los 80.000 años B.P., hipótesis que ha sido defendida por W. Irving (1968a), T. Patterson (1965), Richard Morlan (1983), R. Simpson *et alii* (1986), W. Patterson & C. Singer (1986) o Henry De Lumley (1987).

Como puede observarse en la síntesis *up supra* existen muy diversas maneras de ver e interpretar el poblamiento humano de América, no entrando entre los objetivos de esta tesis intentar solventar esa cuestión que, en estos momentos, consideramos imposible de aclarar con los datos disponibles. Por tanto, no pretendemos aceptar o rechazar las diferentes propuestas realizadas, considerando que en el estado actual de la investigación aún no se puede ofrecer una respuesta absolutamente fiable a la cuestión del poblamiento de las Américas. No obstante, sobre la base de los datos cronológicos aceptados, resulta posible intentar conformar un esquema cronológico y cultural que permita un acercamiento al fenómeno del poblamiento humano de América. En ese sentido, los más recientes descubrimientos arqueológicos muestran una presencia humana asociada a contextos materiales integrados por industrias líticas que, analizadas por diferentes procedimientos como los Estadios del Isótopo de Carbono (CIS), los Estadios del Isótopo de Oxígeno (OIS) y el C14, proporcionan evidencias que resultan válidas y posibilitan plantear un modelo de colonización desde un nuevo punto de vista, en el que se otorga una mayor importancia a los cambios climáticos. Este es el caso de D. Sandweiss y colaboradores (1999: 500), para quienes *“Los cambios climáticos del Holoceno ocasionaron una serie de respuestas de ocupación adaptándose a las nuevas condiciones climatológicas, por tanto, los grandes cambios culturales tanto en el Pleistoceno como en el Holoceno estuvieron en función de los estadios cálidos, semicálidos y fríos, de forma cíclica incluso se asocia el poblamiento de América coincidiendo con los avances del clima frío”* (Sandweiss, 1993: 22). En la misma línea A. Bryan considera que *“[...] de alguna manera pudieron ser estos momentos cíclicos de periodización climática los que intervinieron en las ocupaciones de forma secuencial en América”* (Bryan, 1996), partiendo de un primer y único ingreso en una fecha cercana al 12.000 $\pm$ 300 años a.C., de manera que las migraciones desde Asia pudieron

producirse en tiempos más tardíos. Esta última postura resulta más factible, ya que, durante la última glaciación, entre los 25.000 y 15.000 años B.P., es una etapa climática

“[...] en la que en Asia del norte y América del norte presentaron el punto culminante de la glaciación continental del Pleistoceno inferior aproximadamente a los 17.000 años AP, ocurriendo dicho factor demográfico, en la ribera occidental de algunas islas de la costa noroeste existían refugios que no se habrían helado, pero el sur de Alaska permaneció cubierto de hielo. La glaciación continental de San Lorenzo avanzó en dirección Oeste, hacia el norte de las montañas rocosas alrededor de los 30.000 AP. el hipotético corredor libre de hielo no pudo existir hasta después de los 11.000 AP. De modo que los pobladores se desplazaron hacia el sur desde la zona no helada de Beringia a lo largo de la costa del Pacífico antes del 25.000 AP o por el este de las Rocosas en Alberta y el valle del río Mackenzie, permanecían libre de hielo antes del 30.000 AP; por tanto, la masa glaciaria Laurentida avanzó desde la Bahía de Hudson hacia las montañas McKenzie, donde permaneció encerrado hasta aproximadamente los 11.000 años AP. A partir de esta fecha, los mamíferos superiores y seres humanos pudieron desplazarse libremente entre el Yukón y las grandes llanuras.” (Bryan, 1996: 43).

Sin duda los cambios climáticos trajeron consigo nuevas posibilidades para el aprovechamiento de los recursos naturales, abriendo nuevos caminos tanto para las comunidades humanas como para las manadas de grandes animales con las que estas coexistían. Paralelamente, el continente americano propició la aparición de diferentes tradiciones tecnoculturales que se reflejan en la elaboración de distintos tipos de puntas líticas de proyectil, cuya tecnología debió introducirse, además de por Bering, probablemente por otras rutas. La diversidad tipológica de las puntas líticas de proyectil y el desarrollo de las mismas durante diferentes periodos temporales permiten, siguiendo el modelo propuesto por Roy L. Carlson, establecer hasta tres grandes tradiciones tecnológicas americanas sucesivas, interpretadas como resultado de otras tantas etapas originadas por pulsaciones migratorias sucesivas, que necesariamente no debieron producirse a través de Bering ni como consecuencia de un único evento climático:

1. A la primera tradición la denomina ‘*Época Paleoamericana*’, adjudicándole una amplitud cronológica que iría desde el 56.500 al 14.000 B.P., la cual correspondería *“[...]a las dos etapas más frías de la última glaciación, conocida como Younger Dryas, antes de la llegada de los antiguos hombres a América”* (Carlson, 1991: 15).
2. A la segunda tradición la denomina ‘*Época Proto-Arcaica*’ y le adjudica una amplitud cronológica que iría desde el 13.400 al 7.400 B.P., considerándola una *“Etapa de transición entre el Pleistoceno tardío y el Holoceno temprano, que corresponde al ingreso de los hombres al nuevo mundo”* (Carlson, 1991: 15). Se identifica con un momento de afianzamiento de las bandas de cazadores-recolectores que dejaron rastros de su coexistencia con la megafauna americana, confirmada a través del hallazgo *“[...] de una punta de proyectil denominada “Folsom” hundida en las costillas de un bisonte extinto”* (Dillehay, 2010: 199).

3. A la tercera tradición la denomina ‘*Época Arcaica*’ y le adjudica una amplitud cronológica que iría desde los 7.400 B.P. a *circa* 1.700 B.P.¹⁸, correspondiendo con el proceso de sedentarización asociado a la segunda mitad del Holoceno temprano y gran parte del Holoceno medio, con un clima cálido al que sigue un periodo interglaciar frío o micro-termal. Es una etapa en la que se desarrollaron culturas definidas por el fenómeno de la sedentarización, domesticación animal y vegetal y el aprovechamiento de los recursos marinos (Carlson, 1991: 17).

En una interpretación similar, Maash y Anderson (1999) también relacionan los cambios en los patrones culturales y de asentamiento con los cambios climáticos, asegurando que “*Los cambios climáticos han condicionado la vida en las diferentes especies, al igual que ha influido y manejado el paisaje según los avances glaciales, en especial en la época del Pleistoceno-Holoceno. Por lo tanto, el planeta Tierra ha experimentado diversas fases, originando variables en el proceso de migración, desarrollo y movilización de los primeros habitantes, [...]*” (Pazzdur, 1994, citado en Anderson, 1999: 42).

Por lo que se puede apreciar en las propuestas anteriores, los momentos de mayores migraciones se vinculan con los cambios climáticos que se sucedieron entre finales del Pleistoceno y los inicios del Holoceno, lo que no implica que se haya tenido que producir un solo ingreso. La movilización de los paleoindios pudo darse desde el noroeste de Norteamérica a través del corredor libre de hielo que aparece al final del Pleistoceno, una postura que podría también ser válida, aunque teniendo en cuenta que esta hipótesis menciona un corredor libre de hielo que habría permitido a los cazadores pasar de Beringia a la zona glaciaria de América, pero en un sentido Oeste-Este. Se estaría así sugiriendo un contacto relativamente mucho más tardío entre Norteamérica y la Siberia Oriental, por lo que podrían haberse dado dos momentos de ingreso con direcciones diferentes.

Otro aspecto relevante de la propuesta se refiere a la razón que motiva el desplazamiento, indicándose que los cazadores habrían seguido a los animales que habitaban las grandes llanuras de Estados Unidos en sus movimientos estacionales, aspecto que estaría apuntado a que necesariamente no debió tratarse de una sola ruta de ingreso ni de una única manera de hacerlo ya que los cambios climáticos que promovieron la movilización pudieron hacerlo siguiendo varias vías, hipótesis defendida por Paul Rivet, para quien habría un mínimo de cuatro rutas de ingreso:

“La primera se realiza por los asiáticos por el estrecho de Bering, la segunda es la ruta australiana cuyas huellas son reconocibles sobre todo en América del Sur. Rivet comenta que debieron llegar por la vía del Antártico en un periodo menos gélido, es decir, durante la oscilación del Antitermal. La tercera teoría sería la ruta Melanesia que desempeñó una influencia mayor que la australiana y de un origen más reciente que los australianos que vinieron por oleadas sucesivas, quizá hace 4.000 años BP. La cuarta teoría sería la migración polinésica, que tiene una existencia más evidente. Son de naturaleza

¹⁸ La fecha de finalización varía según las regiones; en los Andes nor-centrales sería hacia el 3.800 a.C., en los Andes centrales hacia el 1.700 a.C. (Salcedo, 1999: 129), en los Andes sur-centrales y por el noroeste argentino hacia el 1.700-1.000 a.C. (G. Parenti, 1967), en los Andes septentrionales y meridionales hacia el 700 ± 250 a.C. (Tello, 1986); en Brasil, Uruguay, Pampas argentinas, Patagonia y Tierra del Fuego hacia el 500-1.400 a.C. (Salcedo, 1999).

lingüística, botánica, patológica y al parecer implican contactos regulares entre islas de Oceanía y la costa del Pacífico de América, hechos de sentido Este-Oeste, por consiguiente, los polinesios tendrían orígenes americanos.” (Leroi-Gourhan, 1980: 77).

La hipótesis de P. Rivet (1959), denominada ‘*poliracial*’ al aceptar varias corrientes migratorias, supuso una postura totalmente antagónica a la propuesta de Hrdlicka al considerar que, además de la migración asiática, pudieron darse otras rutas de penetración al continente cruzando el Pacífico y protagonizadas por gentes procedentes de Oceanía, como los melanesios, quienes alcanzarían las Américas siguiendo las corrientes marinas utilizando balsas de troncos de árboles semejantes a las que aún se fabrican en pequeños pueblos localizados en la costa del Pacífico peruano, en el trópico del Ecuador, frontera de Perú y Brasil, y en el área oriental frontera de Bolivia con Brasil. En el lago Titicaca, provincia de Puno en Perú, aún se mantiene la tradicional forma de navegar en espacios relativamente amplios en barcas elaboradas con totora¹⁹. También en la zona baja de la selva peruana, como el río Manu y el río Amazonas, que son frontera con la selva baja boliviana y parte de la sierra peruano-boliviana, se mantiene el uso de balsas elaboradas de forma rudimentaria con caña o madera utilizadas para el transporte de alimentos y el comercio entre las pequeñas poblaciones que hacen frontera con la selva boliviana y parte de la selva brasileña y peruana.

Para P. Rivet la colonización oceánica no habría hecho más que sumarse a la asiática que cruzó Bering y pudo ocurrir de tres o cinco mil años antes del Pleistoceno. Este investigador estudió otras vías de ingreso, como la ruta australiana²⁰, para los extremos meridionales de América del sur. Una propuesta similar fue defendida por T. Heyerdhal, para quien existía la posibilidad de que grupos humanos partiendo desde América pudieron alcanzar Oceanía y viceversa²¹, para lo que se basó en la similitud existente entre productos alimenticios y elementos lingüísticos que le permiten proponer una relación cultural y gastronómica con los Andes peruanos (Heyerdhal, 1970: 44).

Con respecto a la hipótesis que defiende la ruta australiana, F. Kauffman la recoge del arqueólogo peruano M. Correia, quien en 1925 aseguró que:

“[...] grupos de hombres salieron de Australia por Tasmania y otras islas, pasando por el continente antártico para salir finalmente por la tierra de Graham al Cabo de Hornos, Tierra del Fuego y la Patagonia-Chile, las pruebas arqueológicas aún no han sido halladas, pero se mantienen algunas huellas antropológicas que serían las adaptaciones de los esquimales al medio ambiente. Según Rivet esta migración tuvo lugar durante el paso del hombre de Australia al litoral antártico, dichos inmigrantes, sin embargo, no habrían ejercido mayor influencia, se presupone que no debieron pasar más allá del

¹⁹ La totora es una planta que hunde sus raíces en el lecho del lago. Todos los días es cosechada, dejando las heladas aguas del lago. Para que pueda ser utilizada, se pone la planta bajo la luz del sol del Altiplano durante unos veinte días, donde pasa de un color verde intenso a uno amarillento. Allí cada una de las plantas es destinada a los diferentes propósitos. Por otro lado, la totora también es usada como alimento al contener un bulbo comestible.

²⁰ Esta teoría de P. Rivet hay que tratarla con cuidado por las limitaciones que ofrece, no obstante, se deben tomar algunos aspectos a considerar como lo que propone en el ámbito de las características físicas, en la similitud de los vegetales, viviendas y aspectos lingüísticos, las que propone que pudieron haber llegado en posteriores migraciones australianas.

²¹ El noruego Thor Heyerdahl realizó un viaje en una balsa construida según los modelos antiguos, con la intención de demostrar que la inmigración se pudo a realizar en balsa hacia América, desde las islas oceánicas hasta el Callao-Perú, siguiendo las corrientes marinas.

sector meridional de América del sur y habrían sido primitivos.” (M. Correia citado en Kaufman, 1977: 59).²²

A nivel etnográfico el arqueólogo peruano R. Larco Hoyle ha recuperado algunos artefactos arqueológicos que compara con un búmeran australiano. El mismo Hoyle y el arqueólogo americano Engel apuntan otras similitudes materiales, tales como la elaboración de mantas de piel, la construcción de chozas en forma de colmena, el trenzado en espiral o la fabricación de barcas con trozos de corteza cosidos entre sí. La elaboración de hachas de piedra es otro elemento para considerar en relación con la posible influencia de una cultura primitiva australiana, representada también en los motivos ornamentales y diseños gráficos hallados por el arqueólogo argentino M. Bormida en la superficie de un zumbador o churinga²³. Como puede observarse, existe un cierto reflejo cultural y un posible avance más allá de las tierras frías de la Patagonia y la posibilidad de que hayan podido avanzar en varias direcciones del territorio sudamericano (Hoyle, 1975: 43). La ruta marítima pudo llevarse a efecto desde *circa* el 6.000 a.C., pudiéndose retomar en varias ocasiones para alcanzar América por su extremo meridional, lo que sería posible gracias al *optimum climaticum* (Rivet, 1957: 151). Esta propuesta ha sido rechazada por el historiador P. Martínez del Río, para quien los australianos llegarían “[...] *por una ruta marítima más cercana al Ecuador debido a que sus rudimentarias embarcaciones no podrían haber sido fiables para ejecutar viajes tan largos*”, negando la posibilidad de una ruta marítima a través del Pacífico central (Martínez del Río, 1980, citado en Kauffman, 1977: 67).

Desde nuestra óptica, la hipótesis de un origen australiano y oceánico debe entenderse sólo como tal, sin que pueda descartarse. Gran parte del planeta está ocupado por aguas oceánicas en las que se encuentran pequeñas y grandes islas, algunas muy cercanas a los continentes, las llamadas islas continentales, y otras más separadas, las denominadas islas oceánicas; estas últimas difíciles de alcanzar dentro del proceso general de dispersión humana por el planeta, al requerir mucho tiempo de perfeccionamiento técnico y de conocimientos para planear una ruta de viaje dirigida a colonizar nuevos territorios.

En cuanto a la hipótesis de un solo ingreso, aceptada por una parte del mundo científico, en especial el norteamericano, y defendida por el antropólogo Alex Hrdlicka, constituye una propuesta en la que sólo se discute la cronología indicada para la inmigración asiática, al sostener que la fecha de ingreso al continente no superaba los 10.000 a 15.000 mil años a.C. Sin embargo, los recientes avances en el campo de la arqueología han proporcionado nuevos datos sobre el paso de los primeros cazadores-recolectores por el estrecho de Bering, los cuales han hecho que A. Hrdlicka sostenga que se produciría en oleadas sucesivas entre el 40.000 y el 10.000 B.P., e incluso en fechas más tardías, movimientos que habrían estado generados por cambios climáticos acaecidos durante la última glaciación, que dieron lugar a una bajada del nivel del mar paralela a la aparición de las grandes masas de hielo glacial continental,

²² Enfatizaba que en el momento del poblamiento existían ciertas condiciones climáticas que fueron favorables para permitir el paso por estrechos, canales y que estuvieron funcionando como corredores o estaciones, pero no hay evidencias tangibles o registros que apoyen esta postura del paso de los hombres por el Antártida, tomemos en cuenta que el ingreso al continente se produjo por varios grupos, en distintos tiempos y diversas partes.

²³ Artefacto ritual australiano ligero. Consiste en una placa de piedra o madera que al girar emite un sonido asociado con un ser mítico. Estos mismos dibujos, en negro y rojo, están asociados a una pintura rupestre que aparece en la gruta de Gualicho, Patagonia-Chile.

originando pasos secos en el estrecho de Bering por los que se podría transitar desde el Viejo Mundo hacia el continente americano.

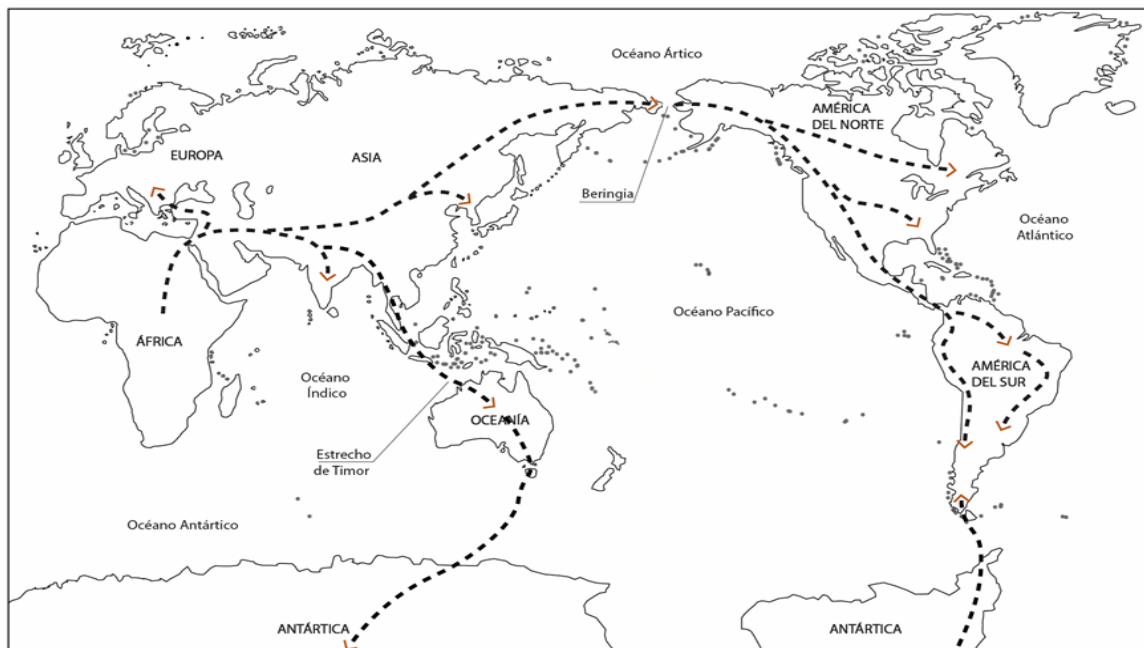


Figura 19. Mapa indicando las diferentes rutas migratorias propuestas para la colonización de América (Elab. propia).

Por otro lado, las dos grandes propuestas sobre las rutas de ingreso giran sobre un solo patrón, el denominado ‘*modelo Clovis*’, sustentado en la postura norteamericana de que los primeros pobladores llegaron por el estrecho de Bering, de manera que los rasgos culturales asiáticos se adaptarían al hombre americano. A. Bryan considera que “[...] *el ingreso se produjo en oleadas sucesivas entre los 10.000 a los 40.000 años BP, incluso después del último periodo glacial, todo esto debido al factor climatológico que se dio durante la última glaciación, permitiendo el paso a América por la cercanía entre el estrecho de Bering con el continente americano y el viejo mundo, los cuales se abrieron nuevos pisos geológicos que proporcionaron diferentes rutas hacia América.*” (Bryan, 1978: 71). Frente a esta propuesta, existen argumentos en contra de una posible migración anterior a la glaciación Würm basados en los caracteres físicos de los hombres asiáticos, en los que no existe diversidad en los tipos humanos, sino un solo tipo del que descenderían los antiguos pobladores americanos. Esta propuesta es la que defienden investigadores europeos como A. Leroi-Gourhan, para quien “*Si verdaderamente hubiera habido una población anterior al Würm lo suficientemente importante como para haber dejado sus huellas tanto en el norte de Estados Unidos como en el sur de Argentina, cabría preguntarse por qué nunca se han hallado vestigios de ella en cuevas o en yacimientos bien fechados como en Europa, en el Próximo Oriente o en África. A pesar de que los descubrimientos son siempre posibles, creemos que ningún argumento de peso puede en la actualidad sugerir la existencia de un Paleolítico inferior en América.*” (Leroi-Gourhan, 1980: 130).

3.6. Modelos migratorios propuestos para Sudamérica

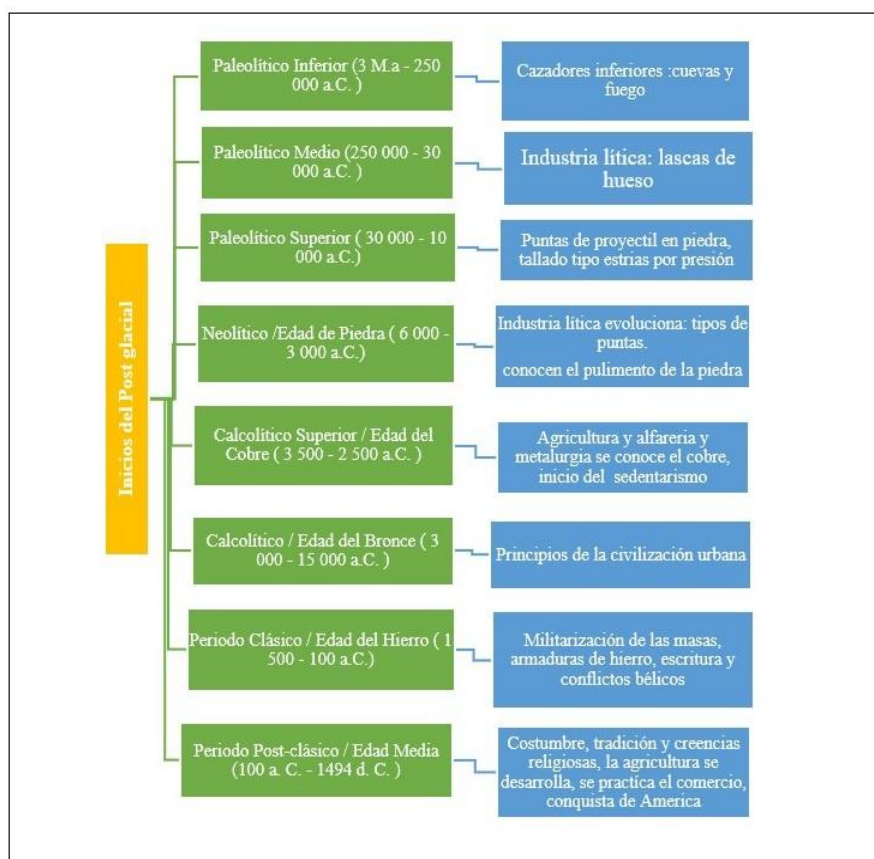
Las conductas sociales y las interacciones entre los grupos humanos y el medioambiente han propiciado la aparición de distintos modelos migratorios desde que los primeros homínidos se desplazaron fuera del continente africano. En cada nueva área colonizada se dio continuidad a determinadas características bio-antropológicas, pero también se introdujeron cambios y adaptaciones a los nuevos condicionamientos medioambientales que otorgarán características propias al proceso cultural y al biológico. Atendiendo a esos cambios y a las diferentes propuestas teóricas analizadas, resulta factible establecer una fasificación (Tabla 1)²⁴ que recoja el desarrollo temporal y cultural del fenómeno de la colonización americana en sucesivas fases. La propuesta que hacemos tiene como objetivo delimitar la historia más antigua americana y mostrar la importancia que los contextos materiales líticos poseen para la interpretación del poblamiento humano de Sudamérica y sus diferentes etapas. Como hemos podido observar, la tendencia a sugerir posibles rutas migratorias y su probable desarrollo a través del territorio de las Américas constituye una constante historiográfica, propuestas que podemos resumir en tres:

1. *Entrada tardía*. Planteada por C. Haynes (1964, 1966 y 1969), A. Leroi-Gourhan (1972), P.S. Martin (1973), P. Martin (1987) o D. Dumond (1995), quienes defienden la idea de que pequeñas bandas de cazadores-recolectores entraron a las Américas desde Siberia a través del puente terrestre de Bering hacia el 18.000 a.C., llevando consigo un tipo de puntas líticas talladas de morfología lanceolada y acanaladura central, siguiendo la megafauna pleistocénica en su migración por el corredor libre de hielo que recorre Canadá hacia el sur, hasta alcanzar la Tierra del Fuego en una fecha que oscilaría entre el 8.000 y el 5.000 a.C. La migración habría estado espoleada por un notable crecimiento demográfico y la necesidad de aprovechar todos los recursos cinegéticos.
2. *Entrada temprana*. Planteada por A. Bryan (1968 y 1983), Dixon (1976 y 1985), R. Grunch (1978 y 1991), K. Fladmark (1988) o J. Erlandson (2008), quienes proponen una migración temprana desde el noreste de Asia al final de la última glaciación utilizando barcas con las que se desplazarían a lo largo de las costas norteamericanas y sudamericanas del Pacífico. De los investigadores citados, A. Bryan y R. Grunch (1979) defienden una colonización aún más temprana, quizás anterior al 50.000 a.C., a cargo de poblaciones que portaban una industria lítica integrada por artefactos elaborados sobre núcleos y lascas propia del Paleolítico medio europeo.
3. *Entrada aleatoria*. Parte de la hipótesis de considerar incorrecta la idea de que la población Clovis fue la única que alcanzó América apoyándose en las más recientes evidencias arqueológicas. Esta postura es defendida por N. Guidon y F. Parenti (1988), T. Dillehay (1978 y 1984), T. Dillehay y Collins (1991), D. Meltzer y T. Dillehay (1999), A. Roosevelt (1996), Douglas y Brown (2002) o L. Salcedo (2014).

A la vista de las anteriores propuestas resulta evidente que existe un cierto consenso entre los investigadores para situar en el extremo nordeste del continente asiático el territorio de partida de la colonización de las Américas y en el estrecho de Bering la vía de acceso, mucho

²⁴ Los datos se han tomado de Willey & Philips (1997), Schobinger (1969), Kahn (1975), Leroi-Gourhan (1980).

más accesible que cualquier otra a través de los océanos o la Antártida. En el nuevo continente los colonos exploraron y ocuparon una amplia variedad de ambientes, proceso que implicaría la adquisición de una extensa experiencia en el conocimiento de los recursos naturales y el dominio del territorio, aspecto determinante en la capacidad de movimiento tanto de animales como de seres humanos. Para Jaques Cing-Marx los *Homo sapiens* que llegaron a América “[...] eran cazadores recolectores nómadas, que se trasladaban de un lugar a otro llevando consigo una herencia cultural aprendida y se desarrollaban evidencias a su paso, pero difícilmente pudieron tener un conocimiento de navegación [...]” (Cing-Marx, 1990, citado en Campos, 1999: 52).



Tablas 1. Modelo de fasificación del proceso de colonización de las Américas (Elab. propia).

Frente a la opinión anterior, consideramos que la ocupación del continente americano debió constituir parte de un largo proceso de desplazamiento de los hombres primitivos, por mar o por tierra, que cuando inician la colonización de los nuevos territorios americanos observan la existencia de un amplio espacio vital accesible por la propia geografía, flora y fauna, cuya ocupación seguirá pautas diferentes según el tipo de territorios de que se trate, no siendo igual en la selva amazónica que en las zonas de montaña andinas. Los nuevos y diferenciados espacios propiciarían la aparición de diferencias culturales entre las comunidades colonizadoras, especialmente en Centroamérica y Suramérica, las cuales se reflejarán en el plano tecnológico por la elaboración de industrias líticas talladas bien diferenciadas. Con el transcurso del tiempo las diferencias se fueron acumulando, de modo que su adecuada definición y clasificación han servido para efectuar una propuesta de desarrollo cultural en dos

grandes periodos o épocas crono-culturales, que han sido denominadas '*Época Paleoamericana*'²⁵ (Dillehay, 2000) y '*Época Protoarcaica*'²⁶ (Krieger, 1964).

3.7. La tecnología lítica asociada a la colonización de Sudamérica

En Sudamérica, el territorio que se extiende entre el antiguo Perú y la Patagonia en Chile, constituye la zona donde se completa el proceso de colonización de América del sur, un espacio al que arriban las primeras poblaciones humanas desde América central portando unos conocimientos y un bagaje cultural adquirido en el transcurso de su largo viaje, el cual incluye una amplia variedad de experiencias derivadas de su adaptación a los diferentes medioambientes americanos y del dominio de técnicas de supervivencia que les permitieron estar preparados para ocupar cualquier espacio geográfico, adaptarse y hacerlo habitable. La propuesta planteada por algunos investigadores relativa a que los primeros pobladores del antiguo Perú eran gentes primitivas que disponían de una tecnología extremadamente simple, constituye una posibilidad poco probable, si se tiene en cuenta que eran gentes que procedían de territorios con desarrollos culturales más antiguos, asentadas en México y América central. La geografía del continente americano es variada, con la presencia de variadas regiones naturales con diversidad climática, desde la costa a las zonas tropicales, pasando por el clima seco de los desiertos o el gélido de los Andes; esas diferencias climáticas están asociadas en mayor o menor grado a la influencia del Océano Pacífico, donde se inicia la cordillera interamericana que se desarrolla por todo el occidente americano, desde el norte de América (México), a Centroamérica y América del sur, culminando en la Patagonia. Los Andes constituyen la sección meridional de una cadena montañosa ininterrumpida que va desde Alaska a la Patagonia, extenso recorrido en el que determina una amplia variedad de ecosistemas que van desde los climas fríos, a los templados, con estepas y bosques de coníferas en los extremos sur y norte, hasta los ambientes ecuatoriales de sabanas, selvas de clima cálido y húmedo. Aunque la presencia humana se establece entre los 18.000 a.C. y 10.000 años a.C., (Figura 20), las primeras evidencias de poblamiento obligan a plantearse que el factor medioambiental no impidió que los cazadores-recolectores alcanzaran ese espacio mucho antes o incluso en plena glaciación, siendo probable que los cambios medioambientales constituyeran el factor que aceleró el movimiento de animales y seres humanos en diversas direcciones en busca de áreas idóneas para vivir.²⁷

²⁵ La denominada '*época Paleoamericana*' incluye las poblaciones más antiguas del continente americano clasificadas dentro del '*modelo pre-Clovis*', correspondiente a cazadores-recolectores que habitaron inicialmente desde el sur del continente (México) hasta Tierra del Fuego (Chile) (Pucciarelli, 2004: 226).

²⁶ Se estima que mantenían algunas características similares con los indios americanos de origen mongoloide, vivían en grupos, eran cazadores-recolectores y pescadores que se trasladaban en balsas (Krieger, 1964).

²⁷ La Cordillera de los Andes '*Anty*' en el idioma quechua significa cresta elevada, con una longitud de 7,200 y 500 km de anchura. Ha sido mucho más que un simple escenario para el desarrollo humano en el continente americano; funciona como la columna vertebral y un agente activo que moldea las culturas, facilitó el intercambio permitiendo el desarrollo de soluciones frente al desafío de las diversas altitudes, sirvió como corredor de migración de los primeros pobladores también propició el surgimiento de algunas civilizaciones más avanzadas. Creando dependencias culturales por medio del comercio, intercambio y mestizaje cultural.

MODELO DE CRONOGRAMA DE INGRESO EN AMÉRICA			
Etapa cultural	Cronología	Ruta de entrada	Ingresos hacia América
Edad del Hierro	11.500-1.400 AD		II etapa: Tagua Tagua ** Los Toldos* Centro-Sur de Chile a Patagonia* Tierra del Fuego*
	950-1.150 AD 750-950 AD 500-750 AD 300-500 AD 250 BC-300 AD 700-250 BC 1.300-950 BC 1.700-1.300 BC		
Edad del Bronce	2.100-1.700 BC 2.500-2.100 BC 2.800-2.500 BC	Desarrollo de culturas arcaicas, proceso de sedentarización entre la segunda	Sierra del Perú* Norcentral de Chile Sureste y Oeste de Bolivia** Noreste de Argentina
	3.200-2.800 BC		
Edad del Cobre	3.800-3.200 BC 4.200-3.800 BC 4.600-4.200 BC 5.100-4.600 BC 5.400-5.100 BC 5.900-5.400 BC	Mitad del Holoceno temprano y gran parte del Holoceno medio	
Neolítico	6.300-5.900 BC 6.900-6.300 BC 7.400-6.900 BC 8.100-7.400 BC	Migración aleutiana de Canadá	
Paleolítico superior	9.000-8.100 BC 9.900-9.000 BC 10.500-9.900 BC 11.000-10.500 BC	Ingreso de mayor población a América desde el viejo mundo, entre el Pleistoceno tardío - Holoceno temprano	I etapa: Centro sur Patagonia, Chile* Argentina* Tierra del Fuego*
Paleolítico medio	11.600-11.000 BC 12.300-11.600 BC 13.400-12.300 BC	3era Etapa de ingreso a América	Oriente Sudamérica: Inga, Toldos*, Cueva Fell*, Quirihac*, Pedra Pintada**
Paleolítico inferior	15.300-13.400 BC 16.300-15.300 BC 17.100-16.300 BC 17.700-17.100 BC 18.700-17.700 BC	Migración esquimal desde Alaska	Norte de Venezuela: El Jobo* Taima Taima* Sur de Chile: Monte Verde II* Sabana de Bogotá, Tequendama, Tibito**, El Abra** Tlapacoya-México* Sur de Chile, Monte Verde I*
Paleoamericano final			

Paleoamericano superior	19.700-18.700 BC 20.800-19.700 BC 22.100-20.800 BC 22.600-22.100 BC 23.000-22.600 BC 22.400-23.200 BC 25.200-22.400 BC 26.700-25.200 BC		
Paleoamericano Medio	27.800-26.700 BC 30.200-27.800 BC 32.200-30.200 BC 33.800-32.200 BC 36.200-33.800 BC 37.800-36.200 BC		Noreste Brasil, Pedra Furada**
Paleoamericano inferior			

Tablas 2. Cronograma de estadios de Shrut (2002). Modificado (citado en Salcedo,2009). Se han obviado los pre-estadales referidos a la primera etapa de ingreso. los anteriores indican: ** (poca evidencia), * (evidencias C14 sobre la industria lítica ubicada en el sitio). (Elab. Propia a partir de los datos referenciados).

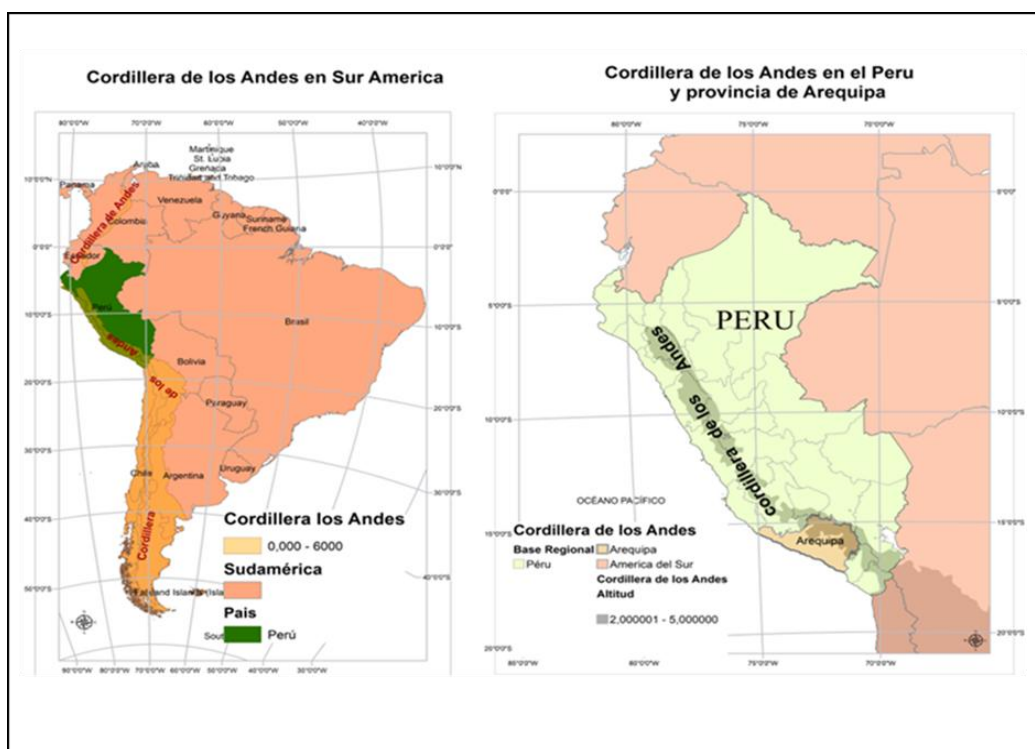


Figura 20. Mapa de la Cordillera de los Andes (Elab propia con ArgisMap).

3.8. Contexto arqueológico y cultural de la colonización humana de Sudamérica

La gran diferencia de las poblaciones que llevan a cabo la colonización de Sudamérica con respecto a Norteamérica reside en cuál fue la principal actividad subsistencial que desarrollaron; así, mientras que para los primeros pobladores de Norteamérica sus actividades cotidianas estaban dirigidas especialmente a la caza-recolección, y en Centroamérica, su carácter de territorio flanqueado por dos océanos, dio lugar a paisajes naturales variados muy propicios para la recolección, la caza y la pesca, en Suramérica la gran diversidad geográfica que presenta, con un amplio espacio de selva densa o semidensa, amplias llanuras costeras, laderas andinas, zonas de alta montaña, áreas desérticas o semidesérticas, valles y áreas tropicales, ofreció a los colonos humanos diferentes ecosistemas que ofrecían amplias posibilidades de subsistencia además de la caza, la pesca y la recolección, de manera que la introducción de la agricultura constituyó una actividad que le otorgó a ese territorio una nueva capacidad de interacción entre el medioambiente y la destreza humana.

Sudamérica propondrá a los grupos humanos un tipo de ocupación y adaptación al medioambiente diferente con respecto a otros continentes, no solo por ser el último territorio en ser poblado, aspecto que le proporcionó un valor añadido en relación con los conocimientos y costumbres que poseía el hombre que lo pobló, sino a nivel de la tecnología, que se reflejó en la tipología de las puntas de proyectil talladas en diversos tipos de rocas o en las grafías rupestres pintadas o grabadas localizadas en diferentes áreas geográficas, al aire libre o en abrigos rocosos como el representado por el sitio de

“Toca dá Esperanza, Pedra Furada, en el área arqueológica de Sierra de Capivara en el Estado de Piauí (Brasil), los trabajos llevados a cabo por Niède Guidon y su equipo detectaron 244 sitios arqueológicos, 209 de los cuales presentan pinturas rupestres y en tres se obtuvieron fechados anteriores a 12.000 años ¹⁴C BP. Entre estos últimos, todos ubicados en asociación con abrigos rocosos, se encuentra el famoso sitio Pedra Furada, donde se obtuvieron dataciones radiocarbónicas de casi 60.000 años BP. También se propuso, sobre la base de dataciones de los niveles que tenían fragmentos de rocas pintadas, una antigüedad para el arte rupestre más antiguo de 29.860 años ¹⁴C BP” (Parenti, 2001: 70).

Otro yacimiento fundamental en la historia arqueológica de Sudamérica lo constituye Monte Verde, a orillas del arroyo Chinchihuapi, algunos kilómetros al norte de Puerto Montt en el sur de Chile. Su descubrimiento consolidó la hipótesis de la existencia de un nivel de ocupación humana, al que se denominó Monte Verde, dividido en dos etapas (I y II), el cual constituyó un asentamiento que habría sido ocupado temporalmente (Dillehay, 1997) y donde se descubrieron varias estructuras de combustión asociadas a los cimientos de viviendas de madera que habrían sido cubiertas con cueros, además de residuos de mastodonte y una gran variedad de maderas y restos de plantas comestibles y medicinales, hallazgos que se consideran suficientes para poner en duda la hipótesis de una sola entrada de población, sobre todo si se tiene en cuenta que las dataciones C14 que ha proporcionado el sitio oscilan “[...] desde los 12.500-13.500 a.C., es decir 1.500 años antes de Clovis” (Dillehay, 2001: 86).

A lo anterior hay que añadir otra diferencia de carácter cultural, determinada por el hecho de que en Sudamérica las comunidades humanas debieron poner en marcha procesos de adaptación cultural más creativos y dinámicos, aspecto que no sucedió en Norteamérica a excepción del norte de México.

Sin querer llevar a cabo un análisis minucioso de las etapas que incluyó el poblamiento de Sudamérica, sí consideramos necesario efectuar un planteamiento general que permita identificar y comprender cómo fue la dinámica del poblamiento humano en los Andes peruanos, especialmente en el área sur-central, territorio donde se localiza el objeto principal de nuestra investigación, en la provincia de Arequipa, en las localidades de Condesuyos y Castilla, principales puntos comparativos de las evidencias gráficas de los complejos arqueológicos de Illomas y Toro Muerto. En ese sentido, el período inicial de la historia americana incorpora los acontecimientos ocurridos con anterioridad al 15.000 a.C., espacio temporal durante el cual se desarrollaron las primeras tecnologías líticas que muestran una amplia variabilidad de tipos a lo largo del continente, además de ponerse las bases de la diversidad étnica y lingüística²⁸ que definió a los primeros cazadores-recolectores de la América precolombina. Los yacimientos que presentan manifestaciones rupestres nos muestran variedad en la elección de los espacios y diversidad en los símbolos, modelos y técnicas de ejecución. En consecuencia, parecen ofrecer evidencias de distintos periodos de elaboración, por lo que al proponer parámetros de estudio y analogías etnográficas nos basaremos en la pluralidad, utilizando el término genérico de Paleoamericano o Paleoindio²⁹, una etapa que estaría caracterizada por la desaparición del mamut o el caballo fósil y que se desarrollaría a partir del 35.000 a.C. y finalizaría hacia los 22.000 a.C. Tras esa etapa las antiguas poblaciones se vinculan a desarrollos tecno-culturales en los que se incluye, además de la caza y la recolección, la agricultura, la cerámica y la metalurgia. Este esquema sintético lo basamos en la propuesta de Willey & Philips (1997), la cual hemos adaptado para la elaborar nuestra propuesta de periodización de la Prehistoria americana que trataremos a continuación y en el que hemos tenido en cuenta también las propuestas de J. Schobinger (1969), J.S. Kahn (1975), A. Leroi-Gourhan (1980), R. Leakey (1989), L. Lumbreras (1996), T. Dillehay (2000 y 2007), E. Carbonell (2005), F. Gourmsen (1993), Willey & Philips (1997), A. Bryan (1986) y J. Jennings (1978).

3.8.1. Patrones de la industria lítica en Sudamérica en la transición Pleistoceno-Holoceno

Dentro de la gran incógnita que constituye determinar cuál fue el primer grupo en ingresar al continente americano y qué ruta siguió, y las diferentes respuestas que se le han

²⁸ El lenguaje en el Perú se concibe como parte de la migración, como el traslado temporal o definitivo del lugar de residencia; a partir de esa definición se puede deducir que la percepción del fenómeno migratorio varía considerablemente según la diversidad étnica-lingüística. Estos aspectos están implícitos en el concepto del espacio o territorio y el traspaso de fronteras, como es el caso de América latina. Por ello, estos cambios conllevan una variabilidad en la lengua hablada, ocasionando un fenómeno lingüístico con variables dentro de un mismo lenguaje (Gourmsen, 1993, citado en Olbertz, 2021: 56-105).

²⁹ Término utilizado por T. Dillehay (2000) que hace referencia a una etapa que se establece con la llegada de los primeros pobladores al noroeste de América del sur hacia el 20.000 a.C. Este término se utiliza dentro de la clasificación cultural, para indicar quienes fueron, qué estrategias adaptativas siguieron y la procedencia y su distribución en diversas áreas, como los páramos andinos, la Puna peruana y las sabanas abiertas de la pampa argentino-peruano-chilena, incluida la Patagonia (Dillehay, 2000: 8 y 110). El término Paleoindio no debe utilizarse como sinónimo de un periodo o época, pues algunas ocupaciones tardías relacionadas con este fenómeno subsisten hasta la Edad del Bronce o incluso en épocas posteriores (Lumbreras, 1996: 32).

venido adjudicando, es posible señalar la existencia de un denominador común basado en las evidencias líticas relacionadas con las primeras ocupaciones humanas correspondientes al denominado ‘*modelo Pre-Clovis*’ o de tradición Clovis, el cual “[...] *corresponde al periodo de fabricación de puntas de proyectil, raspadores, núcleos, herramientas correspondientes al Pleistoceno tardío*” (Bryan, 1986: 5; Dillehay, 2004: 30). Este modelo explicativo aplicado a Norteamérica relaciona, por lo general, los artefactos líticos de los primeros habitantes con la tradición Clovis, a la que le asignan una cronología C14 entre los 15.500 a.C. y 11.500 a.C.

En efecto, en Sudamérica en los últimos años se han producido hallazgos integrados en algunos casos por elementos líticos cuyas características tecno-morfológicas los relacionan con las primeras ocupaciones de la tradición Pre-Clovis, con cronologías que van desde el 20.000 al 15.000 a.C., marcando diferencias con Norteamérica tanto cronológicas como con respecto a la interpretación de las puntas tipo Clovis (Figura 21) y su supuesta vinculación a la etapa inicial de la colonización americana, frente al modelo denominado de tradición pre-Clovis. Las discusiones generadas en torno a esta cuestión han originado interminables debates entre los investigadores, con la cuestión del poblamiento humano de las Américas como tema central. Las poblaciones Clovis cazaban mastodontes, animales que, en la etapa posterior, denominada Folsom, ya se habían extinguido del continente americano, no hallándose en Suramérica, por lo que la mayor parte de los yacimientos Clovis se ubican en Norteamérica mientras que los asentamientos Folsom se localizan en ambas Américas. Un caso diferente lo constituye Canadá, territorio donde se ha atestiguado una industria lítica denominada bajo el término de ‘puntas Sandía’ que marca la primera presencia de pobladores paleoindios en la región, evidenciada en más de una veintena de sitios con cronologías más antiguas que las de Nuevo México, al hallarse ubicadas a partir de finales del Pleistoceno.



Figura 21. Punta de proyectil tipo Clovis (Lynch, 1990).

El descubrimiento de las industrias líticas caracterizadas por la presencia de puntas de proyectil dio lugar a varias hipótesis acerca de los grupos de cazadores-recolectores que utilizaban un particular tipo de punta ya que, además de las denominadas puntas pre-Clovis, se localizaron otros tipos de puntas con acanaladura central denominadas de ‘tradición Folsom’ (Figura 22), registradas estratigráficamente sobrepuestas a las puntas Clovis. Un ejemplo de ello lo constituye el sitio de Blackwater Draw (Nuevo México) (Fischel, 1939; Haynes &

Agogino, 1966; Stanford, 1991). Otro sitio “[...] con similares características a las presentadas en las puntas de proyectil tipo Folsom fueron ubicados en el valle de Hell Gap al sureste de Wyoming” (Irwing & Williams, 1971: 87; Irwin, Agogino & Haynes, 1973: 52). Las puntas del tipo Folsom muestran diferencias morfológicas con respecto a las puntas Clovis, habiendo sido elaboradas de forma más diestra, destinándose para cazar grandes animales como bisontes, muy frecuentes en las altas llanuras de Norteamérica. Desde la perspectiva cronológica, la datación más antigua que poseen las puntas Folsom es del 10.780 ± 375 a.C., siendo común localizarlas en diferentes regiones de Norteamérica, como Lindenmeier (Colorado) (Wilmsen & Roberts 1978: 40; Wormington, 1966: 7; Hall, 1997: 6; Taylor, 1991: 99). Otra diferencia con respecto a las puntas Clovis se refiere al tipo de rocas utilizadas para su elaboración, al haber sido talladas sobre diferentes materiales, incluyendo la cuarcita, tal y como muestra el sitio de Johnson, localizado a menos de 24 km del sitio de Lindenmeier (Galloway & Agogino, 1961: 205), habiéndose elaborado algunas puntas en hueso, como las registradas en el sitio de Agate Basin, al este de Wyoming, las cuales “[...] fueron hechas utilizando el fémur de bisonte” (Frison & Zeimens, 1980: 236).

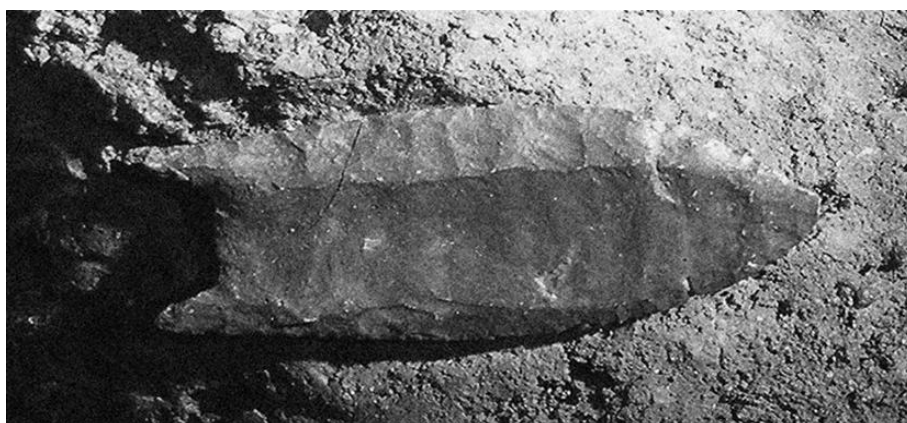


Figura 22. Punta de proyectil tipo Folsom (Jenning, 1978).

A partir de los datos estadísticos registrados en los sitios con mayor representación de puntas de proyectil, tanto las del tipo Clovis como las del tipo Folsom de Lindenmeier, se ha propuesto que “[...] ambos modelos podrían representar tradiciones regionales más que variaciones temporales correspondiendo a los 15.500 a.C.” (Wilmsen & Roberts, 1978: 56). No obstante, F. Zeimens plantea que, tomando como referencia la evidencia estratigráfica de Blacwater Draw, un sitio muy cercano al asentamiento de Clovis, posiblemente la punta Folsom “Fue diseñada para cazar grandes mamíferos, los restos de esta ocupación fueron fechados en poco más de 11.000 años a.C. ± 200 a.C., y posiblemente ocuparon este sitio y muchos otros con similares características con un tipo particular de punta, caracterizada por la presencia de una acanaladura longitudinal en una o ambas caras, fueron utilizadas por los primeros pobladores del continente [...]” (Zeimens, 1992: 249).

El yacimiento que ha presentado la datación más antigua es Meadowcroft, ubicado a unos 50 km al suroeste de Pittsburg, con una fecha situada en el 13.000 a.C., constituyendo uno de los yacimientos mejor documentados en estos últimos años, el cual no ha dejado de plantear discusión entre los investigadores (Hall, 1997; Morlan, 1991; Adovasio & Page, 2002; Adovasio, Gunn, Donahue & Stuckenrath, 1978). Una investigación en conjunto de los arqueólogos Adovasio, Gunn, Donahue, Stuckenrath, Guilday y Lord en el año 1978, planteó la discusión acerca de las dataciones radiocarbónicas de la industria lítica localizada en Meadowcroft. Según A. Butzer *“El material encontrado en los diferentes estratos del recinto se basa sobre todo en diversos tipos de herramientas como lascas, raspadores y puntas de proyectil, [...], y fueron asociadas a huesos humanos, astas de venado de cola blanca, dichas herramientas son consideradas como muy similares a las herramientas usadas en Japón aproximadamente sobre los 21.000 años a.C.”* (Butzer 1991: 138). En el mismo estrato también se registró una pequeña industria lítica que no es claramente pre-Clovis, asociada a flora y fauna algo más moderna, cuyas dataciones radiocarbónicas se consideran contaminadas (Lynch, 1990: 17; Wright, 1991: 120).

Las puntas de proyectil del tipo Clovis están ausentes en Meadowcroft, donde sí se registró un tipo de puntas lanceoladas bifaciales, morfológicamente similares a las registradas en la Cueva de Fort Rock en Oregón, en la Cueva Ventana en Arizona y en el sitio de Levi en Texas. Según lo propuesto por Adovasio, ese tipo de punta lanceoladas, por su similitud morfológica, son comparables con las puntas tipo Clovis acanaladas de la región Great Plains (Adovasio *et alii*, 1978: 649). Por lo tanto, cabe la posibilidad de que *“[...] los ocupantes de Meadowcroft habrían realizado diversos desplazamientos, algunos no estacionales hacia la parte sur del sitio, con la finalidad de traer nueces, alimento que formó parte de su dieta.”* (Adovasio *et alii*, 1978: 649; Lynch, 1983: 88). Asimismo, se ha resaltado *“[...] la ausencia de una fauna pleistocénica extinta, lo que ha hecho pensar también que podría tratarse de un sitio de la edad holocénica”* (Toth, 1991: 63).

Cuando se produjo en 1929 el descubrimiento del yacimiento Blackwater Draw, cerca de la ciudad de Clovis (Nueva México), los investigadores norteamericanos M. Waters y T. Stafford sostuvieron que, en el ámbito de la arqueología, se reafirmaba la idea de que los primeros pobladores habían llegado al continente en el último milenio del Pleistoceno, *circa* del 13.000 a.C., los cuales eran cazadores de mastodontes (*Haplomastodon*), mamuts (*Mammuthus columbi*) y de una especie extinta de bisontes (*Bison antiquus*). En el sitio también se registraron puntas de proyectil similares a las “Folsom”, conocidas actualmente como “Clovis”, ubicándolas el radiocarbono en una fecha alrededor del 11.200 a.C.

“En las décadas siguientes al descubrimiento del sitio Folsom, se hallaron diferentes materiales líticos que fueron asociados a la megafauna; estas industrias líticas se contrarrestaban con el modelo establecido al tipo de punta Folsom, las cuales se apreciaban algunas similitudes y diferencias como la longitud, la acanaladura en una cara, otras en ambas y el tamaño de las puntas de proyectil, incluso la utilización de un teñido en color rojo ocre, en el mango de madera unido a la base de la punta de proyectil. Los cuales lo denominaron el modelo Clovis cuya antigüedad estarían fechadas aproximadamente por los 11.000 y los 10.800 años AP.” (Waters & Stafford, 2005: 141-168).

La Cueva de Wilson Butte y el sitio de Old Crow Basin, constituyen otros dos yacimientos que han sido considerados también como pre-Clovis, caracterizados por una escasa industria lítica. En Wilson Butte sólo se registraron tres piezas y dos huesos con estrías, señalándose que en el “[...] estrato donde se encontraron los materiales mencionados pudo estar mezclado, con el tiempo el lugar se convirtió en una madriguera de roedores. Una datación radiocarbónica ofreció una fecha aproximada de 14.500 ± 500 a.C., proveniente de una muestra (hueso) tomada de un charco” (Lynch, 1990: 16-17; Carlson, 1991: 85). Esa datación ha sido la base para establecer que el sitio es pre-Clovis, aunque otra fecha más tardía del 6.840 ± 300 a.C. obtenida de una muestra del mismo estrato donde se obtuvo la fecha más antigua, ha generado una seria discusión para que el sitio sea considerado como pre-Clovis. En cuanto al yacimiento de Old Crow Basin ha ofrecido una serie de deposiciones de fósiles justo en la ribera del río del mismo nombre “[...] recuperándose una variedad de materiales considerados como artefactos, siendo fechados entre los 25.000 y 40.000 a.C.” (Morlan, 1986: 87; Bryan, 1986). A partir de esas dataciones se le consideró uno de los yacimientos más antiguos de América, aunque sin que se hubiera demostrado con seguridad que los huesos datados constituyeran realmente artefactos. Tampoco se ha presentado una explicación coherente a las diversas dudas que refleja la secuencia estratigráfica que contenía los fósiles. En consecuencia, de estas investigaciones en el ámbito de la arqueología americana, “[...] los sitios fechados con mayor antigüedad están clasificados cronológicamente en un periodo anterior a los 15.500 a.C. y son denominados como ‘pre-puntas de proyectil modelo inicial’” (Salcedo, 2009: 33), ubicándolos dentro del periodo de la migración temprana.

Las puntas más antiguas se han localizado en Montana, Dakota del Sur y Florida (EE.UU.), mientras que las puntas de proyectil más recientes aparecen en el centro y sudoeste de EE.UU., teniendo en cuenta esa antigüedad y la ubicación geográfica de los sitios donde se hallaron las puntas, se ha planteado la posibilidad de que las poblaciones colonizadoras se desplazasen en pequeños grupos o bandas por todo el territorio, lo que unido a las similitudes que posee ese tipo de industria lítica en la totalidad de los territorios denominados Clovis (Bird & Cooke, 1979: 89), parece indicar que se produjo una dispersión. De esta manera, el ‘modelo Clovis’ se constituyó en el referente arqueológico de la presencia en el continente americano de los primeros colonos, aunque las hipótesis que emergieron de esa aceptación no fueron del todo homogéneas entre los arqueólogos americanos y latinoamericanos, generándose dos grandes interpretaciones acerca de si hubo presencia humana previa a la llegada de los portadores del modelo Clovis, aceptándose en parte la existencia de un tipo de industria lítica relacionada con la primera presencia humana en el continente americano, a la que se denomina ‘pre-Clovis’ o ‘Clovis first’. De esa manera, en términos generales “[...] desde este modelo se propone una antigüedad alrededor de 11.500 BP para las primeras bandas de cazadores que ingresaron a América a través del puente Beringia” (Waters & Stafford, 2005: 65).

La propuesta anterior planteó una nueva discusión referida a los lugares denominados pre-Clovis y su ubicación temporal, generándose diferentes posturas, como la defendida por T. Dillehay (1997), C. Morlan (1988), J. Bryan (1986) y J. Stanford (1991), para quienes “[...] la tradición Clovis fue anterior a la pre-Clovis”, apreciación que no es compartida por Krieger (1987), MacNeish (1992) y C. Bryan (1998), quienes defienden que “[...] los primeros pobladores fueron posteriores a la tradición Clovis, por lo tanto, algunas evidencias muestran que estos habitantes carecieron de puntas de proyectil bifaciales por ser de fabricación más moderna” (Mostny 1977: 99). A esta postura se suma un problema concreto y es que las

evidencias recuperadas en algunos yacimientos no lo fueron en contextos habitacionales sino en superficie, posiblemente en espacios de acampada temporal, lo que para William Bate constituye el principal problema “[...] *que se observó en casi todos los sitios donde se indicaba haber encontrado artefactos ‘rudimentarios’ o ‘toscos’, atribuidos a cazadores recolectores ‘primitivos’, en realidad se trataron de materiales que correspondían a las primeras fases de la cadena operativa para obtener puntas de proyectil*” (Bate, 1982: 425).

Frente a las propuestas señaladas, el arqueólogo argentino L. Prates toma como primer modelo el Clovis, utilizando el modelo de oleadas migratorias para explicar el poblamiento de Sudamérica, señalando que las evidencias obtenidas por las más recientes investigaciones han sumado numerosos sitios antiguos en áreas poco exploradas hasta el momento. Por lo tanto, la evidencia humana propuesta a partir de los 13.000 años BP se manifiesta de forma continua en Sudamérica, frente a las sucesivas extinciones y reocupaciones durante el lapso temporal de 50.000-17.000 años BP (Prates, 2013: 50).

3.8.2. Marcadores cronológicos de las puntas tipo Clovis

Durante los últimos años se han venido produciendo sucesivos descubrimientos a lo largo del continente americano, desde Alaska al norte hasta el límite sur de la Patagonia, entre los que se halla una amplia variedad de industrias líticas asociadas a yacimientos que han proporcionado algunas ideas acerca del proceso de adaptación técnica y la evolución cultural de los antiguos colonizadores del Nuevo Mundo; la diversidad de evidencias disponibles implica algunos cambios importantes, ya sea en el caso norteamericano con las puntas tipo Folsom o las puntas tipo Clovis en Nuevo México. La difusión de las puntas fue amplia, registrándose en lugares extremos y con morfologías muy variadas, con cronología entre el 11.000-12.000 a.C. para el complejo Clovis en Norteamérica, del 13.000 a.C. para el caso de Taima Taima en Venezuela, mientras que los asentamientos de Pedra Furada, Toca da Esperanza y Lagoa Santa en Brasil presentan una mayor antigüedad, que oscilaría entre los 35.000 y 20.000 a.C. Para el caso de la Cueva Guitarrero, la Cueva de Piquimacchay, ambas en Perú, Monte Hermoso en Argentina y Monte Verde en Chile, se indican fechas que estarían entre los 13.000-12.500 años a.C. (Meltzer & Cool, 1997: 155).

En efecto, en América existen más de 500 yacimientos diseminados desde el oeste de Alaska hasta el sur de Argentina, incluida la Patagonia chilena y argentina, de los cuales los que poseen dataciones radiocarbónicas bien contextualizadas muestran cronologías en torno al 11.500 a.C., mientras que otros sitios arqueológicos poseen fechas por debajo de los 11.000 a.C. Esas referencias cronológicas datan conjuntos líticos tallados constituidos por puntas de proyectil, núcleos, raspadores, ..., en general artefactos que se vienen encuadrando en un modelo migratorio temprano anterior a la tradición Clovis³⁰ “[...] *cuyas poblaciones se habrían adaptado a una variedad de circunstancias medioambientales, enfrentándolas con una simple*

³⁰ Quienes sostienen la existencia de evidencias correspondientes a ocupaciones humanas datadas con anterioridad a las poblaciones que basaron su subsistencia en la caza de megafauna, las incluyen en el término ‘*pre-Clovis*’, concepto que incluiría de manera específica todas las manifestaciones culturales anteriores a la aparición de la techno cultura denominada Clovis, asociada a la fabricación de puntas de proyectil para la caza de grandes animales ya extintos. Por el contrario, el término ‘*pre-puntas de proyectil*’ se utiliza para referirse a las poblaciones tempranas que habrían tallado toscamente la piedra como etapa previa a la elaboración de puntas de proyectil (Lynch, 1999: 190).

tecnología, las puntas de proyectil” (Bonnichsen, 1991: 309-322). Estos planteamientos han sido discutidos por Lynch (1987), Ranere & Cooke (1991) y Ardila & Politis (1990), quienes han argumentado que la fiabilidad de las dataciones radiocarbónicas y las características de los elementos faunísticos registrados no están del todo probados.

Frente a lo anterior, la actividad arqueológica en Sudamérica aún constituye una tarea por realizar al existir amplios espacios totalmente desconocidos, cuestión a la que se unen las amplias distancias que debieron recorrer los primeros colonos desde Norteamérica hasta el extremo de Sudamérica, independientemente de la ruta que hayan tomado, tarea difícil de llevar a efecto en un corto espacio de tiempo, por lo que debieron transcurrir cientos o miles de años hasta que se consiguió poblar la totalidad del territorio americano. Por tanto, entre la antigüedad que se les atribuye a las puntas pre-Clovis y las distintas variaciones del modelo estándar Clovis, deberían existir otros estilos en Centroamérica, tales como el representado por las puntas *‘cola de pescado’*, cuya aparición ofrece fechas diferentes que aún resultan difíciles de entender. Así, por ejemplo, en Ecuador, en el yacimiento de Inga (Bell, 1965), ese tipo de puntas están datadas en el 9.978 ± 132 a.C., relacionándose con elementos líticos localizados en el extremo de Sudamérica, en la Cueva Fell (Argentina) (Bird, 1969), más antiguos al estar datados en el 11.000 ± 170 a.C., por lo que aunque la similitud formal de las puntas de cola de pescado existe, las distancias temporales no concuerdan, lo que abre un abanico de hipótesis que inducen a pensar que la colonización pudiera haberse dirigido en direcciones distintas a la norte-sur; de hecho, si se comparan las puntas de proyectil con el modelo pre-Clovis, aparece la posibilidad de una migración en dirección inversa, sur-norte. Por otro lado, esas distancias temporales podrían estar indicando varias migraciones, con diferencias temporales entre ellas de unos 1.000 ± 500 años, aspecto que hace difícil considerar que existiera una sola ruta de ingreso al Nuevo Mundo. De hecho, las evidencias disponibles proponen diferentes rutas que, de confirmarse, hace complejo establecer una única fecha de inicio a partir de la cual se sucederían en el tiempo las restantes, sobre todo teniendo en cuenta que en Sudamérica no se cuenta con un amplio y bien documentado registro arqueológico, aspecto que constituye una importante diferencia con respecto a Norteamérica, donde se producen continuos hallazgos de nuevos yacimientos con nuevas evidencias arqueológicas procedentes de espacios geográficos con características medioambientales muy diversas que modifican los esquemas cronológicos establecidos.

En Sudamérica los contextos tecno-culturales están integrados por tipos diferentes al conocido modelo pre-Clovis, el cual en la actualidad no constituye un referente cronológico de antigüedad como ocurre en Norteamérica, al existir diversas variantes de puntas en todo el subcontinente tal y como se observa en los casos de Colombia, Venezuela, Ecuador, Chile, Brasil o Perú. Esos hallazgos de puntas, unidas a la variante denominada cola de pescado, podrían corresponder a fechas pleistocenas, aunque “[...] *todas proceden de recolecciones superficiales y de hallazgos circunstanciales, sin asociaciones claras*” (Ardila 1991: 262; Ardila y Politis, 1989: 5-9). “*Con relación a Brasil, Ecuador, Bolivia, el panorama nos es diferente*” (Gonzales, 1966: 28). A los problemas mencionados hay que señalar que “[...] *en la actualidad, a la luz de nuevas investigaciones, cada vez se hace más evidente que en Sudamérica se produjeron cambios culturales y adaptaciones regionales muy rápidos*” (Dillehay, 1999: 206; 2004: 166; Jaimes, 1999: 84-85). Esta realidad puede explicar en parte la

dificultad de distinguir en Sudamérica “[...] *las adaptaciones iniciales de las adaptaciones siguientes que, en algunos casos, parecen ser parcialmente contemporáneas con los patrones del Arcaico*” (Lynch, 1999: 255).

Si se mantiene el patrón de la época arcaica, sosteniendo el modelo único de punta de proyectil pre-Clovis estaríamos, junto con las evidencias de antigüedad de las demás variantes, ignorando que posiblemente se dieron migraciones diferentes incluso si el modelo pre-Clovis fuese de época más tardía que el modelo cola de pescado o punta de laurel, las puntas de proyectil más comunes en el territorio americano. Y es aquí donde, nuevamente, las teorías de ingreso a Sudamérica se ven comprometidas por varios y diferentes pulsos migratorios, de forma que para Ardila y Politis (1989: 39) los primeros grupos de migrantes, al ingresar al interior de Sudamérica, habrían tomado tres rutas; una habría sido a lo largo de la costa del Atlántico, otra seguiría la costa del Pacífico y, la tercera, recorrería el piedemonte oriental de los Andes hasta alcanzar Monte Verde y la Patagonia (Dillehay, 1992: 190). *“Posteriormente, estos primeros cazadores-recolectores se habrían desplazado hacia el interior del territorio andino, a la conquista de nuevos territorios”* (Cardich, 1984: 144). La cordillera de los Andes, caracterizada por diversos ecosistemas, habría sido uno de los corredores que los inmigrantes tomaron para proseguir su marcha, relativamente lenta, con dirección al sur, avanzando también lateralmente hacia otros territorios, *“Lo que habría dado lugar al establecimiento de los primeros grupos humanos en el actual territorio del Perú. Parece que, por ahora, la discusión sobre las probables rutas de entrada hacia América del Sur sigue basada en solamente propuestas. El problema de la falta de investigaciones y sistemas de registros arqueológicos continuos que cubran este amplio territorio no propone certezas, especialmente en la zona de la amazonia y tierras bajas andinas y desérticas cuyo panorama está cambiando en estos últimos años.”* (Dillehay, 2004: 204; Barreto, 1998: 581; Kipnis, 1998: 581; Schmitz, 1987: 26; Bombin & Bryan, 1987: 301; Bryan y Beltrão, 1987: 305). No obstante, y a pesar de los problemas señalados, en Sudamérica “[...] *se han realizado importantes descubrimientos, cuyos contextos materiales, fechados y análisis de varias fuentes de información, han puesto en serio cuestionamiento el paradigma o modelo de la tradición Clovis con sus puntas de proyectil acanaladas o un probable predecesor pre-Clovis, representen a los grupos humanos más antiguos de América*” (Bryan, 1991: 16).

El consenso actual mantiene que el modelo Clovis no puede explicar completamente el poblamiento de las Américas (Ardila y Politis, 1991: 22; Merriwether, 2002: 305; Nichols, 2002: 291; Roosevelt, Douglas & Brown, 2002: 204; Dillehay, 2000: 291), afirmación basada en los más recientes descubrimientos realizados, sobre todo las industrias líticas de Monte Verde I y Monte Verde II (Chile), yacimientos datados entre 12.800 y 12.300 a.C. (Dillehay, 1989, 1997 y 2004; Stanford, 1997; Kipnis, 1998), cronología que indica que esos lugares ya se hallaban ocupados al final del Paleolítico superior, lo que pone en discusión la idea de que el poblamiento temprano del continente americano deba basarse exclusivamente en los datos recuperados en Norteamérica, sin tener en cuenta que este pudo producirse por grupos humanos que ingresaron no sólo por el norte del continente. Las dataciones cronométricas de Monte Verde, consideradas las primeras ocupaciones del territorio sudamericano, se mantienen en el promedio de las cronologías más antiguas registradas en Norteamérica correspondientes a la

tradición Clovis, lo que de alguna manera plantea que el modelo Clovis en Norteamérica ya debía existir en torno al 12.000 a.C.

En Norteamérica una segunda evidencia está representada por la Cueva de Bluefish, datada entre el 15.000 y el 12.000 a.C. (Morlan, 1987: 285) y la Cueva de Meadowcroft, datada en el 13.000 a.C. (Hall, 1997: 123; Morlan, 1991: 306; Adovasio, 2002: 188), mientras que en Sudamérica lo constituyen los yacimientos de Taima-Taima (Venezuela), Tagua Tagua (Chile) y Cueva de Los Toldos 3 (Argentina), los cuales ofrecen evidencias de una ocupación pre-Clovis, marcando dentro de la arqueología sudamericana un antes y un después sobre la ocupación pre-Clovis ya que los yacimientos de Tagua-Tagua y Cueva de Los Toldos 3 fueron definidos como yacimientos de adscripción paleoindia.

“El modelo Clovis define la comparativa entre los modelos de oleadas migratorias sobre el poblamiento en América del sur, teoría que ha quedado validada sobre la presencia de Clovis. Así mismo explica que las evidencias obtenidas por investigaciones recientes se han multiplicado a comparación de décadas anteriores sumándose numerosos sitios antiguos ubicados en áreas poco exploradas hasta ese momento. Por lo tanto, la evidencia humana propuesta a partir de los 13.000 años AP. Evidencia que aparece de forma continua en Sudamérica, frente a la ocurrencia de extinciones y reocupaciones durante el lapso de 50.000-17.000 años AP. No tiene la fuerza necesaria para proponer una anomalía, en cuanto a las fechas de ocupación de los cazadores en América, Pero la incorporación de nuevos descubrimientos ha ido modificando el escenario de ocupación y si está ocurriendo en la actualidad y podría haber un replanteamiento del escenario de la discusión, sobre todo a partir de los análisis y reanálisis de los nuevos yacimientos.” (Prates, 2013: 50).

En las últimas dos décadas la atención y discusión se ha centrado en tres sitios sudamericanos, el de Pedra Furada³¹ (Brasil) (Guidon, 1970), Monte Alegre (Brasil) (Roosevelt, 1996) y Monte Verde (Chile) (Dillehay, 1987 y 1997), aunque como ha señalado L. Prates es necesario estudiar nuevos yacimientos “[...]para entender el proceso general de ingreso y dispersión de los cazadores en el continente y comprender el modelo Clovis para poder seguir utilizándolo como referente, pues pre-Clovis define los avances y diferencias de tipo de ejecución o estilo” (Prates, 2013: 55), ya que si bien algunos de los estudiados poseen dataciones radiocarbónicas a las que se les otorga validez científica, en otros solo se les reconoce su antigüedad estimada por extrapolación, circunstancia que conlleva una escasa fiabilidad científica. Por otro lado, también existen algunos yacimientos con dataciones radiocarbónicas que no son del todo aceptadas por la comunidad científica norteamericana. A lo anterior hay que añadir que efectuar una evaluación de las evidencias arqueológicas incipientes en Sudamérica constituye una tarea compleja, al existir áreas desconocidas sin

³¹ Con más de medio centenar de dataciones con resultados que muestran una gran disparidad. Actualmente es un tema muy controvertido entre los arqueólogos norteamericanos y los sudamericanos la veracidad de la antigüedad del origen del hombre en época del periodo temprano americano. La arqueóloga Guidon asegura que los primeros habitantes en América del sur se originaron en Pedra Furada, y, a partir de allí, ocurrió una migración en varias direcciones; hipótesis no aceptada por aquellos que avalan la propuesta de que los primeros pobladores ingresaron por Bering. Guidon se basa en las fechas radiocarbónicas y en sus 14 años de trabajo en el lugar y en áreas cercanas, como Pedra Pintada y Lagoa Santa (Brasil), para establecer que, según los estratos investigados, la presencia humana podría remontarse entre el 33.000 y el 14.000 a.C.

investigar. Sin duda, el territorio sudamericano presenta unas características medioambientales mucho más diversas que Norteamérica, lo que hace aún más complejo llevar a cabo cualquier investigación; a lo anterior se une el hecho de que los yacimientos conocidos hace más de 50 años, e incluso alguno localizado en fechas recientes, sólo han sido objeto de estudios parciales presentando enormes vacíos de conocimiento, sobre todo por lo que respecta a las dataciones radiocarbónicas, lo que genera serios interrogantes científicos. Ese es el caso de “[...] *Colombia y Venezuela, donde las evidencias de puntas de proyectil que podrían corresponder a fechas pleistocénicas proceden todas de recolecciones superficiales y de hallazgos circunstanciales, sin asociaciones claras.*” (Ardila, 1991: 262; Ardila y Politis, 1989: 5-9). Esa misma cuestión se plantea en Brasil y Chile, tal y como ha señalado J. Gonzáles, quien encuentra similitudes por lo que se refiere a la veracidad de las evidencias, indicando que “*Con relación a Brasil, Ecuador y Bolivia, el panorama no es diferente*” (Gonzáles 1966: 28). Las nuevas investigaciones señalan que “[...] *cada vez se hace más evidente que en Sudamérica se produjeron cambios culturales y adaptaciones regionales muy rápidas*” (Dillehay, 1999: 206; Jaimes, 1999: 84-85), difíciles de reconocer a simple vista, “*Esa realidad puede explicar en parte lo difícil que se hace en Sudamérica distinguir las adaptaciones paleoindias de las adaptaciones siguientes, en algunos casos parecen ser parcialmente contemporáneas con los patrones del Arcaico*” (Lynch, 1991: 255).

A pesar de los problemas señalados para la región sudamericana, no hay duda que en los últimos años se han realizado importantes descubrimientos que han puesto en serio cuestionamiento el paradigma de que la tradición Clovis, con sus puntas acanaladas, constituya el único referente de comparación, debiéndose tener en cuenta que “[...] *un probable predecesor pro-Clovis represente a los grupos humanos más antiguos de América*” (Bryan 1991: 16), admitiéndose actualmente que “[...] *el modelo Clovis no puede explicar más el poblamiento de las Américas*” (Ardila y Politis, 1991: 2; Merriwether, 2002: 305; Nichols, 2002: 290-291; Roosevelt, Douglas & Brown, 2002: 204; Dillehay, 2000: 291). En relación con el proceso de adaptación y desarrollo del modelo pre-Clovis en Sudamérica no se poseen datos exactos; tampoco se pueden ofrecer evidencias sólidas sobre la presencia de grupos humanos en épocas más tempranas, ya que la mayor parte de los sitios investigados proporcionan dataciones entre los 14.000 y 11.000 a.C. Existe, por otro lado, la incógnita sobre si en el futuro algunos nuevos yacimientos podrán ofrecer información sobre etapas más tempranas, ya que el hecho de que los datos arqueológicos que se poseen procedan de la actividad arqueológica desarrollada en tierra firme permite la posibilidad de que futuras investigaciones subacuáticas abran nuevas posibilidades.

W. Irwing propuso una secuencia dirigida a intentar establecer un equilibrio en la investigación en los aspectos referidos a la antigüedad, llamando la atención sobre el hecho de que “[...] *cuando se encuentran nuevos yacimientos con material lítico en territorios americanos, las evidencias son comparadas con el modelo pre-Clovis, y se fijan a partir de ello algunas secuencias cronológicas*” (Irwing, 1985: 533). Su propuesta es acorde con la secuencia de dataciones disponibles, estableciendo los siguientes aspectos fundamentales:

1. Se fija una datación cronológica a partir de la cual todos los investigadores inicien la comparación, considerándose que el continente americano habría sido poblado al

menos desde mediados del Paleolítico superior por cazadores de mastodontes y bisontes que utilizaban distintos tipos de puntas de proyectil, las denominadas puntas Folsom y el modelo pre-Clovis.

2. Se propone un marco cronológico situado entre 20.000-15.000 a.C., si bien sobre la base de los datos proporcionados por el C14 se indica la posibilidad de una mayor antigüedad, que se sitúa entre los 30.000-15.000 a.C., la cual se establece a partir de las secuencias estratigráficas halladas en algunos yacimientos ubicados tanto en abrigos rocosos como al aire libre.

El modelo Clovis ha tenido una aceptación casi dogmática, hasta el punto de que cada nueva evidencia lítica relacionada con presencia humana se ha fijado cronológicamente en relación con este o con el modelo pre-Clovis, según sean las dataciones C14 anteriores o posteriores al 11.000 a.C., ese es el caso de Cactus Hill, yacimiento localizado en una planicie en la cuenca del río Nottaway (Virginia. EE. UU.) (McAvoy & Johnson, 1997, citado en Goebel, 1999: 144) donde se localizaron elementos líticos como puntas, lascas y restos humanos con una antigüedad cercana a los 15.000 a.C., elementos que parecen constituir la evidencia de un movimiento continuo por Norteamérica, que ha sido interpretado como evidencia de “[...] una segunda mini oleada de ocupación por otros habitantes utilizando los espacios abandonados. De esta manera encontrarían un modelo y continuaron su ejecución, sobre el cual se podría armar una relación de “tipo” entre los cazadores de otras áreas ubicadas en EE. UU.” (Goebel, 1999: 198). “Estos grupos habrían utilizado materias primas líticas obtenidas de núcleos y convirtiéndolas en micro-hojas. Se registraron también varios instrumentos bifaciales de pequeñas dimensiones, principalmente puntas de proyectil, estas puntas sugieren que el tipo de tecnología utilizada podría estar asociado con cazadores recolectores y con una economía similar a los habitantes de Meadowcroft Rockshelte, yacimiento ubicado en el sudoeste de Pensilvania, EE. UU. Algunos milenios después de que los cazadores recolectores más tempranos de Cactus Hill abandonaron el lugar, y luego de que los materiales fueron cubiertos por sedimentos, otro grupo se habría establecido en el mismo espacio cerca de los 11.000 a.C., con evidencias líticas de puntas de proyectil Clovis.” (Goebel, 2004: 192-200).

Para México existen evidencias concretas de presencia humana asociadas al modelo pre-Clovis contemporáneas al modelo Clovis, entre las cuales hay algunos restos humanos datados en el 11.650 a.C. procedentes de Maharón, en la península de Yucatán (González, 2006: 76). Uno de los aspectos más interesantes de esos materiales y de muchos otros de cronología similar o algo más tardía procedentes de la misma región, lo constituye el hecho de que fueron detectados en el interior de cuevas sumergidas o cenotes, estudiadas por Sandoval Rojas, quien señala que

“El escaso movimiento o baja energía del agua en estas formaciones ha permitido un alto grado de preservación de los conjuntos arqueológicos. Varios esqueletos humanos registrados en estas cuevas como el cenote de Aktun-Ha, al norte de las ruinas de Tulum, Yucatán-México, presentan edades máximas similares a las de otras zonas de México como lo nombra el arqueólogo mexicano Mirambell, “El Peñón III y Tlapacoya I, ubicadas entre los 9.000 y 11.000 años ¹⁴C a.C. también en el estado de México al sur de la cuenca del Lago Chaco; clasificada por etapas como Tlapacoya I - Tlapacoya XVIII los cuales constituyen dos trincheras de excavación en el que descubrieron una playa

pleistocénica compuesta de una cama de cantos rodados y guijarros volcánicos sobre los cuales fue identificado un posible hogar fechado en 21.700 ±500 BP y asociado a dos concentraciones de huesos de fauna pleistocénica; otro hogar fue fechado en 24.000 ±1.000 BP. Entre los escasos materiales líticos se encuentran algunas posibles lascas de roca volcánica y una navajilla de obsidiana” (Mirambell, 1978: 7, citado en Rojas, 2004: 86).

Rojas mantiene que:

“Estas cuevas fueron habitadas por sociedades aborígenes cuando el mar Caribe registraba una cota de 50 m por debajo de su marca actual. Como fue señalado con anterioridad, el avance de los mares sobre los continentes a finales del Pleistoceno se debió al derretimiento de los glaciares, cuyo efecto más visible fue el anegamiento de amplias extensiones de ambientes litorales y de los sitios arqueológicos generados con anterioridad por las sociedades establecidas en la costa. Sólo en el extremo este de la península de Yucatán se identificaron más de 150 cuevas de este tipo, en algunas de las cuales se hallaron abundantes y diversos restos arqueológicos” (Rojas, 2004: 105-109).

La mayoría de los yacimientos conocidos, independientemente del lugar en que se localicen, han presentado diversidad de herramientas (núcleos, lascas, varios tipos de puntas - lanceoladas, con pedúnculo sin acanaladura, con acanaladura-, etc...) talladas en diversos tipos de rocas o fabricadas en hueso. Un ejemplo más es el constituido por la industria lítica localizada en la Cueva de los Grifos (Chiapas. México) (García Bárcena, 1979), la cual ha proporcionado puntas con una variación con respecto a las Clovis, al presentar cola de pescado, característica que solo suele hallarse al sur de Centroamérica, aportando una cronología del 11.000 B.P. Ese tipo de puntas de “[...] cola de pescado llegaron incluso hasta Cueva Fell, en el paso por el estrecho de Magallanes, Chile y, posiblemente, hasta las pampas del norte de Argentina” (Bárcena, 1979: 71), lo que indica la existencia de similitudes muy amplias a nivel espacial al alcanzar hasta Chile y Argentina, proporcionando también similitudes con las puntas de cola de pescado halladas en el yacimiento del Inga (Ecuador) (Mayer-Oakes, 1979), para las que se propone una antigüedad de entre 9.000-4.000 a.C., similar a la que se indica para Monte Verde (Chile) (Dillehay, 1986, 1989, 1997a, 1997b, 2000 y 2004; Dillehay & Collins, 1991; Dillehay & Rossen, 2002; Dillehay, Ramírez, Pino, Collins, Rossen y Pino-Navarro, 2008; Meltzer y Grayson, 2002; Ardila y Barker, 1999; Mena, Núñez y Stanford, 1997; Kipnis, 1998).

Se conocen algunas otras referencias de materiales atribuidos a una etapa inicial, aunque la información que se posee de los yacimientos de los que proceden no es suficiente para establecer asociaciones de contexto precisas. Ese es el caso, por ejemplo, de Panamá, donde al noreste de la comunidad de Tres Hermanas, al oeste del distrito de Capira, provincia de Panamá, se localizó una industria lítica constituida

“[...] en su mayoría por lascas y núcleos de jaspe y cuarzo, y algunos artefactos fragmentarios que podrían representar navajas, raspadores y puntas de flecha, con una edad de 6.000 años BP. Se ubicaron aproximadamente 197 materiales líticos, del mismo modo a 2 km al norte se ubicó otro yacimiento denominado las Canteras Claras, también en el distrito de Capira en Panamá, este espacio abierto está formado por un afloramiento de forma lineal en el que se ubican jaspes y calcedonias dispersada en la

superficie a lo largo de una veta alineada aproximadamente norte-sur La densidad más alta de artefactos se observó hacia el centro aproximado del sitio, que corresponde con la cima de una pequeña elevación. Esta concentración mostró un alto porcentaje de reducción primaria de lascas grandes, mezclada con lascas y puntas de proyectil de cuarzo lechoso, buriles y raspadores se observaron también grandes rocas a lo largo del camino hacia el norte, que puede haber funcionado como un área de extracción lítica, aunque no se pudo acceder a ese sector encuentran con algunas puntas acanalada modelo pre-Clovis” (Grunch & Bryan, 1977: 43, citado en Griggs & Cooke, 2005, 29-36).

En Guatemala, el yacimiento de Los Tapiales, situado en la cordillera continental, a 3.000 msnm, se localizaron puntas acanaladas del tipo Clovis y del tipo cola de pescado acanalada junto a algunos huesos de mamut con una antigüedad del 10.700 BP, también se hallaron otros elementos como buriles, etc..., señalándose que

“[...] en el caso de los hallazgos de puntas de proyectil acanaladas, tanto Clovis como del tipo “cola de pescado”, ubicados en numerosos sitios, en su mayoría superficiales como es el caso de Guatemala, Belice, Costa Rica, Panamá y Honduras. Los únicos sitios con puntas acanaladas y edades bien definidas son ‘Los Tapiales’, en Guatemala entre 11.000 y 9.000 años C14 BP y la Cueva de los Vampiros, en la costa pacífica de Panamá entre 11.500 y 9.000 años C14 BP, este último con puntas ‘cola de pescado’. Otros sitios tempranos de Panamá con fechas cercanas a las mencionadas, pero sin hallazgo de puntas, son los abrigos de Aguadulce, 10.700 años C14 BP, y Corona, 10.500 años C14 BP.” (Ranere & Cooke, 1991: 109-127).

Ranere y Cooke señalan que los cazadores-recolectores tempranos de Centroamérica se organizaban en pequeñas bandas nómadas y que, a su paso, explotaban los recursos típicos del medio que encontraban, como las áreas boscosas; la mayor parte de esa región habría estado ocupada por bosques donde se practicaría la caza, la pesca y la recolección de vegetales. Estudios paleo-climáticos señalan que

“Durante los primeros 30.000 años BP, entre el final del Pleistoceno e inicios del Holoceno, hubo episodios fríos en todo el continente, los cuales fueron reemplazados por un calentamiento gradual alrededor del 13.000 BP, al cual siguieron fluctuaciones importantes por espacios de tiempo cortos pero fuertes que originaron los descensos de temperatura y humedad. Entre los 12.500 y 10.000 años BP, los valles interandinos y los altiplánicos, así como las vertientes desde el norte del Perú hasta el centro de Chile, las regiones áridas del este y del sur de Brasil, y una gran parte de Argentina, estuvieron cubiertos por áreas sin bosques o con bosques muy abiertos tipo sabanas y desiertos Por su parte, parece que las selvas tropicales de las tierras bajas, así como las regiones boscosas frías al sur del continente se mantuvieron con pocos cambios en su composición y estructura. En toda la región andina alta se ha reconocido un avance glacial alrededor de 11.500 años BP, el cual tuvo una duración aproximada de 3.500 años. A partir de 10.000 años la temperatura fue aumentando lentamente hasta lograr un óptimo bioclimático hace alrededor de 8.000 años.” (Yurstev, 1982: 179-194).

Esto refleja una importante diferencia con respecto a la idea generalizada según la cual las sociedades que utilizaban puntas acanaladas ocupaban las amplias praderas habitadas por los grandes mamíferos pleistocénicos, como sería el caso de Norteamérica. Esta misma secuencia se ha aplicado a algunas áreas de Sudamérica como, por ejemplo, en áreas semitropicales y tropicales del norte de Colombia y noreste de Venezuela, en la costa tropical de Ecuador y al sudeste del Ecuador en sus regiones áridas, al este de Brasil, incluyendo el Amazonas, el Orinoco, las tierras altas del Ecuador, la sierra y selva del Perú, incluso todo el territorio de Bolivia, Paraguay, las Guayanas, y en la región norte del Atacama llegando a la Tierra del Fuego al sur de Chile. En general, las puntas de proyectil tipo Clovis acanaladas “[...] tienen una antigüedad desde el sudeste de Arizona entre los 18.900 y los 11.200 años a.C.” (Snarskis, 1979, citado en Mayers, 1976: 45), difundiéndose hacia el sur y centro norteamericano al mismo tiempo que las de cola de pescado con acanaladura; ambos tipos de puntas se unieron en Centroamérica, desde donde se difundieron, de manera que en *“La zona de Centroamérica, en especial la zona del norte, las puntas de proyectil tipo cola de pescado determinaron el tipo de acanaladura que luego fueron absorbidas por otras bandas o tribus, como por ejemplo las puntas encontradas en el Inga en Ecuador, en Panamá, en el extremo sur de América central, se hallaron puntas acanaladas tipo Clovis, en Los Tapiales en Guatemala se ubicaron buriles, laminas y bifaces bases acanaladas con una antigüedad de 10.000 y 7.000 a.C.”* (Grunch & Bryan, 1977: 43).

Desde la perspectiva funcional, las puntas se han relacionado con la caza, pero no debemos centrarnos solo en ese aspecto funcional, ya que pudieron ser utilizadas como armas para la lucha entre bandas, para rituales o como instrumentos de poder, curaciones o incluso como punteros de piedra para realizar grabados en las superficies rocosas. Los diferentes tipos de puntas de proyectil, como la punta cola de pescado o las puntas Clovis acanaladas, o las puntas bifaciales, fueron utilizadas para la caza de grandes animales pleistocénicos, pero también se pudieron utilizar para cazar guanacos o para la recolección de moluscos y pescados. Esta multiplicidad de usos podría explicar que el diseño de las puntas se pudiera adaptar al tipo de actividad. Por otro lado, la variada fauna presente desde la costa a los lagos, los páramos, la sabana, en las zonas densas de vegetación o en las montañas bajas y en las montañas altas de la sierra, explicaría la presencia de puntas de proyectil tempranas en áreas muy diferentes. Del mismo modo, se sucedieron las variaciones climáticas y medioambientales desde finales del Pleistoceno, con cambios en el nivel del mar, que originarían transformaciones en los espacios geográficos y daría lugar a la desaparición de evidencias arqueológicas bajo el mar.

Desde la perspectiva de las rutas migratorias a través de las Américas, la distribución espacial de las puntas sugiere la posibilidad de que la dirección de avance fuera desde Norteamérica a Centroamérica, y de ahí hacia la cordillera de los Andes, donde la caza sería más abundante, y hasta el norte de Brasil y la Patagonia. En ese recorrido, los cazadores adaptarían la fabricación de las puntas de proyectil a los recursos minerales disponibles, aspecto que explicaría la diversidad de materiales que fueron utilizados y que hace que, por ejemplo, en Venezuela, Panamá, Colombia o Ecuador, territorios con abundantes rocas de cuarzo, cuarcita, obsidiana y chert, presenten gran parte de la industria lítica tallada sobre esos tipos de rocas.

A nivel tecno-cultural, los descubrimientos que se han sucedido en las últimas décadas a lo largo del continente americano han proporcionado variedad de elementos líticos y restos óseos asociados a restos de especies desaparecidas, sobre los cuales se han establecido diferentes grados de desarrollo cultural en las comunidades indígenas americanas, además de una secuencia de las diferentes “*tradiciones culturales*” (Lanning & Hammel, 1961: 139-150) asentadas sobre las variaciones existentes en los registros materiales líticos, especialmente sobre las diversas morfologías de las puntas. De esa manera, Lanning y Hammel proponen para Centroamérica una tradición cultural representada por las puntas de cola de pescado (Lanning & Hammel, 1961: 139), con notables variantes frente al modelo Clovis, al hallarse algunas puntas triangulares y pedunculadas, otras foliáceas pequeñas finamente afiladas, otras con terminación de punta alargada, otra variedad muestra la técnica del acanalado y bipuntas; todas esas variaciones se han localizado a su vez en los yacimientos del Jobo en Ecuador y Ayampitin en Perú. Una segunda tradición cultural estaría representada por las puntas tipo Sandía, con una antigüedad para Norteamérica del 12.000 a.C., unidas a las puntas acanaladas, con una antigüedad del 10.000-8.000 a.C. Una tercera tradición cultural lo constituyen las puntas lanceoladas tipo hoja de laurel, presentes en gran parte del territorio americano, con una antigüedad y con una cronología entre el 11.000-6.000 a.C. (Lanning, 1971: 61). Para el caso de Suramérica hay una constante en cuanto a la presencia de las puntas tipo cola de Pescado³², también ubicadas en el Jobo en Ecuador, con mayor presencia en Taima Taima al Noroeste de Venezuela y Tequendama en Colombia, entre la frontera de Venezuela y Colombia; este tipo de puntas también se ha localizado en gran parte del territorio peruano, con una derivación en la forma, las denominadas ‘*puntas de laurel*’, con una cronología aproximada del 12.000 a.C. (Lanning, 1970: 62).

Mayers, tras sus trabajos en el Inga (Ecuador), establece una secuencia cronológica de las formas y técnicas de puntas en relación con el modelo Clovis, uniendo a la comparación los diferentes materiales de elaboración, aportando distintas cronologías, de manera que “[...] *las puntas elaboradas en obsidiana, según las primeras dataciones realizadas por hidratación, ofrecieron una antigüedad del 11.300 hasta 9.300 años a.C.*” (Mayer-Oakes, 1986: 30). A continuación se realizó una segunda datación radiocarbónica que proporcionó una antigüedad del 10.879 al 9.900 a.C. Mayers propone, además, otra diferencia cronológica sobre las puntas de proyectil elaboradas en cuarzo y chert, así como las elaboradas en basalto, estableciendo las puntas tipo cola de pescado como un primer modelo de ocupación para América del sur, ubicándolo entre el 9.000 al 4.000 a.C. Concluye que “[...] *en las siguientes etapas las modificaciones en la elaboración de las puntas de proyectil se ven un claro desarrollo en la técnica y dominio del material*” (Mayer-Oakes, 1986: 34).

Otro estudio que cabe señalar lo constituyen las investigaciones efectuadas en la región de Lagoa Santa en el centro de Minas Gerais (Brasil), estudiada en el siglo XIX por el naturalista Peter Lund y décadas más tarde por Wessley y Hurt (1960), quienes analizaron varios abrigos

³² Artefacto lítico tipo pedúnculo con hombros anchos, se asemeja a el cuerpo de un lenguado, algunas puntas presentan pequeñas variaciones, el limbo es triangular o lanceolado con bordes convexos y pedúnculo, de bordes y base cóncavos, son piezas particulares que podrían transmitir una posible conexión histórica con la naturaleza.

rocosos en los que se identificaron asociaciones de restos humanos con paneles de pinturas rupestres e industria lítica constituida por lascas y núcleos de cuarzo, elementos que fueron datados por C14 proporcionando unas fechas del “[...] 10.720-9.028 a.C. en asociación con 11 enterramientos humanos. Otras dataciones obtenidas también en Lagoa Santa en el abrigo IV, presentó megafauna *Glossotherium*, un cráneo e industria lítica de cuarzo. No se evidenciaron niveles claros de ocupación asociados al carbón fechado, posiblemente de origen natural, pero la fecha data del 9.330 ± 60 a.C.” (Laming-Emperaire, 1979: 32). André Strauss (2001) analizó la distribución de los artefactos localizados en las cavernas e interpreta las paredes rocosas decoradas con dibujos fálicos, identificando dos periodos diferentes de ocupación humana, estando el primero comprendido entre el 12.700 y el 11.700 a.C., el segundo entre los 10.500-8.000 a.C. Los restos humanos corresponden a enterramientos efectuados en un periodo más temprano que los 12.000 años a.C., comparándose con las momias localizadas en los Andes de Chile y Perú. A. Strauss destaca el hecho de que en la cueva de Minas Gerais no se hallaron ofrendas funerarias asociadas a los enterramientos, cuando la práctica habitual de los cazadores-recolectores consistía en sepultar a sus muertos junto a sus pertenencias. *“La complejidad de las prácticas de Lapa do Santo no reside en los objetos, sino en una gran manipulación de los cuerpos y de los esqueletos en forma muy sofisticada”* (Neves Strauss, 2009: 77).

Las investigaciones arqueológicas desarrolladas en los últimos años en el yacimiento de Lagoa Santa no han permitido identificar evidencias de explotación sistemática de este tipo, un sitio arqueológico que presenta a nivel de las industrias líticas similitudes que apuntan a la existencia de flujos migratorios a lo largo de los ríos entre Paraguay, el Paraná-Brasil y Uruguay dentro de la transición Pleistoceno-Holoceno. Lo que diferencia a Brasil del resto de los países que integran Sudamérica no son las características referidas a la elaboración de los artefactos líticos sino la separación temporal; al ser un territorio mucho más denso y extenso, el factor migratorio fue más lento, de manera que se produjo una rápida transformación de las comunidades de nómadas a sedentarios. *“A diferencia de otros países, las características geográficas de Brasil favorecieron de alguna manera la ocupación de zonas extensas y variadas, como abrigos rocosos, en fechas que están dentro del parámetro de los 11.000 años BP y los 8.500 años BP. Datos que son asociados a una industria lítica de cuarcita, cuarzo, sílex y arenisca salificada, que en 1970-1979 se ubicó en varios estratos profundos que demuestran que los americanos primitivos se hallaban ya sólidamente establecidos en la cuenca amazónica hace 11.000 años BP”* (Roosevelt, 1996, citado en Bryan, 1999: 52).

Si tenemos en cuenta los yacimientos señalados, habría que indicar que, en Taima Taima, ubicado en el estado de Falcon (Venezuela), y estudiado por los arqueólogos Alan Bryan y Rut Grunch, ha sido posible identificar “[...] artefactos líticos asociados a mastodontes, megaterios y gliptodonte, las fechas obtenidas permiten situar este complejo entre 14.000-16.375 BP.” (Grunch, 1979: 31-33). Frente a lo anterior, en la zona central de Colombia al sudeste de Taima Taima, en la denominada sabana de Bogotá, la excavación de los refugios de rocas han registrado la presencia de “[...] núcleos simples de industria de lascas retocadas que ofrecen una fecha de 12.000 años BP” (Correal, 1986: 76), lo mismo que para el asentamiento del Tibitó en el estado de Cundamarca, también en Colombia, “[...] ambos ofrecen artefactos líticos, industria paleolítica con una edad de 11.740 años BP” (Crusst & Ochsenius, 1979: 9-13). Se trata de un territorio descampado en el que se ubicaron mastodontes, restos de caballo americano y ciervos “[...] con una antigüedad aproximada de 11.740 años BP” (Urrego, 1981:

83). Pudo tratarse de un sitio de matanza, aunque la ausencia de puntas bifaciales o algún otro tipo de puntas, no ofrece una fecha exacta para relacionarlos. Lo que sí es evidente es que fue un espacio que no fue usado de forma continua sino esporádica debido a la ausencia de materiales punzo cortantes. Según Urrego, la única datación radiocarbónica que se ha obtenido es insuficiente para ubicar este sitio dentro del grupo de yacimientos pre-Clovis, cuestión en la que G. Politti y L. Prates aseguran que *“Una sola datación no es suficiente para precisar la ubicación cronológica de un evento de ocupación humana [...]”* (Politti y Prates, 2009: 67).

De lo señalado se deduce que la difusión de las industrias líticas de finales del Pleistoceno e inicios del Holoceno por las Américas fue amplia, registrándose desde las islas Aleutianas hasta la Tierra del Fuego, mostrando unos artefactos con morfologías muy variadas y una antigüedad de *circa* 13.000±100 para Norteamérica, señalando las evidencias arqueológicas un dato de interés referido a que posiblemente las nuevas versiones de las industrias líticas elaboradas en Sudamérica, en las que se utilizaron otros tipos de rocas que dieron lugar a puntas morfológica y técnicamente similares a las puntas Clovis, originaron diversas variantes distribuidas desde el extremo de la Patagonia hasta Panamá, pasando por los Andes peruanos y las tierras bajas de Norteamérica, aunque la investigación actual sobre los sitios de donde proceden esas industrias no es suficiente para establecer asociaciones contextuales y cronológicas precisas. Ese es el caso de los hallazgos de puntas de proyectil acanaladas, tanto Clovis como del tipo cola de pescado ubicadas en numerosos sitios de América central, en su mayoría en estratos superficiales como en Guatemala, Belice, Costa Rica, Panamá y Honduras para Ranere y Cooke, los únicos sitios con puntas acanaladas y con edades bien definidas son *“Los Tapias”, en Guatemala, entre 9.000 y 11.000 a. C. fechado con 14C, y la Cueva de los Vampiros, en la costa pacífica de Panamá, entre 9.000 y 11.500 a.C. con fechado 14C, este último con presencia de puntas “cola de pescado”* (Ranere y Cooke, 1991: 65). Se han encontrado otros yacimientos con indicios de poblamiento temprano en Panamá, con fechas cercanas a las mencionadas, pero sin hallazgos de puntas de proyectil.

3.8.3. La variedad tipológica y la secuencia cronológica de las puntas líticas paleoamericanas

En las tablas 3, 4, 5 y 6, recogemos los diversos tipos de puntas conocidas en las que la técnica del acanalado es característica; hay evidencias de que existieron en Ecuador desde épocas tempranas, persistiendo la técnica de elaboración estilo Clovis y Folsom hasta el Neolítico medio. La industria lítica del paleoindio ecuatoriano enlaza directamente con los cazadores-recolectores norteamericanos con unas fechas del 12.000-11.000 a.C. John Bird registró puntas similares de laurel asociadas a restos de mastodonte en el Perú, por lo que el registro de las puntas de laurel está presente en diversos ámbitos desde Canadá, considerándose que ese tipo de puntas pudieron ser importadas por los primeros inmigrantes desde Asia. Para Wormington (1999:87), esas puntas de laurel son muy frecuentes en varios países de Sudamérica, estando presentes en el Jobo, Lauricocha, Ayampitin, Pallin Lake, Vizcachani, donde se considera que ese *“[...] estilo de puntas perteneció a una misma tradición por sus características, técnica, tamaño espesor, pero difieren un poco en comparación de las puntas encontradas en Ecuador, las cuales muestran más afinidad con las de México, ambos ejemplares trabajados en pedernal negro verdoso son similares al encontrado en santa Isabel*

de Iztapan, México” (Wormington, 1999: 90). En los últimos años se han realizado nuevos descubrimientos a lo largo de Norteamérica hasta el extremo sur de Suramérica. En 1935, en la Patagonia se localizó un conjunto de elementos líticos tallados constituido por lascas, además de restos óseos de fauna desaparecida, piedras molidoras tipo morteros junto a restos de semillas, que en conjunto han proporcionado una idea sobre los asentamientos habitacionales y las diversas fases de desarrollo de los primeros pobladores de la región y su evolución como resultado de un proceso de adaptación a los cambiantes paisajes.

3.8.3.1. Relación de los principales sitios en los que se hallan presentes puntas de proyectil

A continuación, realizamos una descripción general de los principales patrones estacionales en América, manteniendo una secuencia referencial del material lítico ofrecida por diversos investigadores del ámbito histórico y arqueológico, de esta forma nos dará una idea general del poblamiento de América. No es intención de esta tesis realizar un análisis mesurado de las etapas del poblamiento de América ni del antiguo Perú, solo tomamos como referencia los márgenes culturales. Dividimos en dos tipos: las tablas 3 a 6 son referenciales sobre los diversos yacimientos arqueológicos con dataciones C14, la tabla 5 presenta las referencias cronológicas de los diferentes tipos de puntas líticas; el objetivo de este recorrido descriptivo es poder establecer la temática secuencial de los periodos de ocupación y las evidencias de estilo que llegaron al Perú y, en consecuencia, a los Andes sur-centrales, región que es a donde pretendemos que nuestra narrativa histórica nos conduzca. Básicamente ubicamos algunas similitudes, en este caso referenciales de la industria lítica, no podremos enlazar la historia antropológica de los Andes centrales que pretendemos estudiar.

Tablas 3. Referenciales sobre los yacimientos arqueológicos con dataciones C14 (Elab. propia).

TABLA 3: UBICACIÓN DE YACIMIENTOS ARQUEOLÓGICOS CON INDUSTRIA LÍTICA DATACIÓN ¹⁴ C y S.C..								
Industria Lítica	América del Norte	México	Venezuela	Ecuador	Colombia	Panamá	Guatemala	Honduras
Puntas de proyectil, investigadas por:	Bryan, 1991, Haynes, 1982 Agogino, 1966 Lynch, 1990 Adovasio, 1700, Jennings, 1978, B. Bradley, 1979	Blackwater, 1967 Wormington, 1966 Gonzales, 2006 Ranere & Cooke, 1991 Vander Hammer, 1977, Correal, 1978	Collins, 1997 Maldonado, 1949 Sander, 1959 Krieger, 1951, A. Jaimes, 1997	Mayer -Oakes, 1986 Ravines, 1982 Coe, 1960, T. Dillehay, 1997	Lynch, 1990 Hamen & Willey, 1971 Correa y Urrego, 2003 Delgado-Burbano, 2010 Correal, 1979	Sanders, 1959 Bird & Cooke, 1979 Ranere & Cooke, 1991	Grunhn y Bryan, 1977 Coe, 1976 Brown, 1980	Bullen-Plowen, 1963 J. Bell, 1965 Lorentzen, 1998
Puntas tipo Folsom	BlueFish, 12.000 - 2500 a. C. ¹⁴ C Arizona, 10.500-11.000 a. C. ¹⁴ C	Lindenmeyer 10.500 - 11.000 a. C. ¹⁴ C						Sierra de la esperanza 10.200 a.C. ¹⁴ C
Puntas acanaladas pre-clovis	Old Crow 14500±500 a. C. ¹⁴ C Warm mineral Spring, Florida 10.300 a. C. ¹⁴ C	Naharon Yucatan 11.650 a. C. ¹⁴ C		Llaló, (s.f.) Rasgos Clovis	Rio Magdalena Valle, 16. 500 a. C. ¹⁴ C		Rasgos Clovis San Rafael (s.c.)	Sierra de la esperanza 10. 020 a. C. ¹⁴ C San Rafael (s.c.)
Puntas Clovis	Warm mineral ¹⁴ C Murray Spring, Florida 10.300 a. C. ¹⁴ C Clovis 14.500 a. C. ¹⁴ C Cactus Hill, 10.300 a.C. ¹⁴ C	San Marcos, Jalisco 9.000 ± 250 a.C. Terrazas Rio Grande 10.00 – 8000 a. C. ¹⁴ C Punta blanca ¹⁴ C Chiapas 9.400 a.C ¹⁴ C				Lago de Alajuela 8.560 a. C. ¹⁴ C Islas de Macapalé 8. 420 a. C. ¹⁴ C	San Rafael(s.c.) Pueblo de Chajbal 10.700 a. C. Santa Rosa de Chujuyub 8.780 ±170 a. C. ¹⁴ C	Los entierros 9.600-8.900 a.C. ¹⁴ C
Puntas tipo cola de pescado		Weicker (s.c.), errazas rio Grande (s.c.) Los Grifos Chiapas 9.400 a.C. ¹⁴ C	El Jobo 12.000 ±500 a. C. ¹⁴ C El Inga 9.978 ±144 a. C. ¹⁴ C Taima-Taima 13.400 -12. 600 a. C. ¹⁴ C El Vano. (s.c.) Muaco (s.c.)	El Inga 9.708 ±144 a. C. ¹⁴ C El Ilaló 13. 200 a. c. (s.f.) Cubilán 2.700 ¹⁴ C Guagua (s.c.) canoayacu ¹⁴ C Las Mercedes ¹⁴ C	Bahia Gloria 1.000 a.C. ¹⁴ C Cueva de los Murciélagos 12.500 a. C. ¹⁴ C Tequedama 12.460 ±10 - 450 a. C. ¹⁴ C El Abra 12.400 ±160 a. C. ¹⁴ C El Abra II 12.400 ±120 a.C. ¹⁴ C El Abra III, 12.400 ±120 a.C. ¹⁴ C El Jobo 12.400 ±120 a. C. ¹⁴ C Tibito 12.500 a. C. ¹⁴ C Chia I 12.500 a. C. ¹⁴ C	Cueva de los Vampiros 11.500 -9000 a.C. ¹⁴ C Abrigo de la Corana 10.440 a. C. ¹⁴ C	Chajbal 10.700 a.C. ¹⁴ C Los Tapias 8.760±170 a. C. ¹⁴ C	
Puntas tipo Tigre		Blacwater 9.200 a. C. ¹⁴ C						
Puntas tipo Payaso		Colorado 10.780 ±35 a. C. ¹⁴ C		pedúnculos, es probable que sean				
Puntas foliáceas, pedúnculos acanaladas		Tamaulipas puntas de Laurel Acanaladas 9.270 ±500 a.C. ¹⁴ C		incluidas en la fase más antigua, las primeras puntas foliáceas				
Puntas tipo Laurel								

Nota. (s.c.): sin C14., (s.f.): sin fecha.

Información:

- Clovis aparece en Sudamérica, específicamente en la meseta andina ecuatoriana, en San Juan, al sureste del Llaló. En esta región se han localizado puntas con pedúnculo de cola de pescado provenientes del Inga. Estas puntas han sido comparadas por Bell, Mayer y Oakes con otras similares encontradas en el nivel I de Magallanes y Cueva Fell en Chile.
- El Abra, ubicado en la sabana de Bogotá, corresponde a el periodo de recolectores.
- En Tequendama, ubicado en abrigos rocosos, se identifican restos con una cronología que abarca de 1.000 a 3.000 a. C., correspondientes posiblemente a períodos alfareros y preceramistas.
- El tipo de punta con surco o canal caracteriza a uno de los tipos más antiguos de puntas en Norteamérica, también aparece en Sudamérica, específicamente en la zona interandina del Ecuador. De igual manera, se han identificado estas puntas en Guatemala (Coe, 1960).
- La acanaladura es común en las puntas tipo pedúnculos y suele encontrarse junto a otros tipos de puntas acanaladas que, por su forma, difieren del modelo Clovis y Folsom. Las puntas hoja de laurel han sido ubicadas en los mismos lugares que las puntas tipo Folsom, como en las cuevas de Sandia y Wormington. En cuanto a las puntas pedúnculos cola de pescado, vinculadas con la tradición Lerma, datan de aproximadamente 8.500 - 5.000 a. C., estas puntas, junto con las puntas con pedúnculo, cola de pescado y canal, fueron localizadas en el Inga. Las puntas acanaladas continuaron apareciendo en el Ecuador incluso llego a periodos avanzados.
- Puntas tipo cola de pescado, encontradas en el nivel I de Magallanes, en Cueva Fell, con una datación entre 10.000 y 8.000 a. C., sugieren que los ejemplos del Inga podrían ser sus antecesores y habrían precedido a estas en aproximadamente 1.000 a.C. Estas puntas llegaron ya constituidas, mostrando el

carácter del acanalado o surco, que apareció por primera vez en puntas de lanza lanceoladas. También se localizaron puntas con pedúnculo asociados a este diseño.

- g- La forma cola de pescado en cambio se trata de una variación más elaborada tipo Clovis preexistente en el Ecuador.
- h- En Venezuela, la punta de lanza tipo lanceolada se localiza en el estrecho de Mayón, procedente del Jobo, al noreste del país. Este tipo de punta es similar a las hojas tipo laurel, con las que guarda afinidad, y está asociada a la punta de Santa Isabel, encontrada en Ixtapan, México (Wormington, 1952)
- i- En el Jobo se tiene conexiones con algunos complejos más antiguos como Lerma y Angostura entre los 9.270 años a.C. (Krieger, 1951) igualmente se aprecia una similitud con Lerma-Tamaulipas y Nuevo Hill, Texas que existieron hace 6.000 años a.C.
- j- Puntas acanaladas con aletas y ancho pedúnculo con base cóncava, algunas otras con el canal surcando el pedúnculo con antigüedad de 6.000 años a.C.
- k- En Kentucky, se ubican algunas puntas con canal y entalladura 4.000 años a.C. (Raymond, 1954)
- l- En Hadwey, site North Carolina, se ubicaron puntas acanaladas con entalladura lateral, (Coe, 1952)
- m- En Shooptite, Pensilvania se ubicaron puntas lanceoladas con canal, (Wormington, 1952)
- n- En el caso de Ecuador entre los 8.000-9.000 a.C. fecha inicial de la última glaciación, se aprecian una variedad en las puntas de proyectil, de material obsidiana de origen volcánico de color: rosa vino, verdoso con transparencia cristalina, veteadas oscuras, lechosas, translúcidas negras, basalto, pedernal, cornubianita, lidita, sílex y calcedonia, ágata y jaspe en escasas proporciones, al igual que los tipos de lanzas, puntas no pedúnculos, puntas foliáceas, punta con forma de hoja de laurel de pedernal, punta de lanza de basalto, punta de flecha de obsidiana, punta de flecha de jaspe, punta de flecha de pedernal y punta de cuchillos de obsidiana.
- o- Las puntas pedúnculos, cola de pescado, tradición Lerma, se presentan aprox. Entre los 7.500 - 8.000 a.C. este tipo de puntas lanceoladas (Lerma) por tanto, el tipo de puntas con incorporación a el tipo de punta foliáceas avanzó hacia Suramérica.
- p- Con respecto a las denominadas puntas de Laurel constituyen un tipo similar a las puntas tipo Lerma que se han encontrado en Norteamérica y México, algunas están asociadas a huesos de mamut en el caso de las puntas llamadas hojas de laurel se han registrado una antigüedad de 9.270 ± 500 a.C., en la zona de Tamaulipas (México)
- q- Las puntas acanaladas tipo Clovis se remontan a las primeras culturas encontradas hasta el momento en Norteamérica, con una fecha del 12.000 a.C.; también perdura en el Ecuador hasta periodos más avanzados (Hurt, 1972)
- r- En los abrigos rocosos del Abra II y Tequendama I se ubican lascas de Chert datadas en el 12.460 ± 160 años BP (Correal, 1982); en Tequendama algunas lascas están datadas entre el 12.500 y el 10.920 ± 260 BP (Correal, 1982: 86)
- s- Tipo unifacial, lascas de Chert, cuarzo y cuarcita sin retoque filos agudos, raspadores planos convexos, en este coinciden el raspador aquillado de la sabana de Bogotá, la cara dorsal tallada por retoques de percusión y por presión manufacturados en Chert (López, 1999: 66)
- t- Pedunculada y con cola de pescado procedentes del Inga, comparadas por Bell, Mayer y Oakes con otras similares, aunque sin canal, procedentes del nivel I de Magallanes y de Cueva Fell cuya edad remota al 10.000 a.C.
- u- Las hojas Clovis de Guatemala y Costa Rica, las que tienen base cóncava y orejas basales que ofrecen un aspecto de cola de pescado (Wormington, 1999)
- v- Bifacial: puntas de proyectil hechas en Chert, cuarzo lechoso, son puntas triangulares con aletas rectas, oblicuas o redondeadas y pedúnculo largo y delgado perteneciente al río Magdalena entre el periodo medio final del Pleistoceno (10.300 ± 70 y 10.260 ± 70 a.C.). A lo largo del río Magdalena existe en el valle uno de los principales corredores de expansión en los Andes septentrionales (Gonzales, 1952).

Tablas 4. Referenciales sobre los diversos yacimientos arqueológicos con dataciones C14 (Elab. propia).

TABLA 4-a: UBICACIÓN DE YACIMIENTO ARQUEOLÓGICOS CON INDUSTRIA LÍTICA CON DATACIONES C14 y S.C..							
Ind. lítica	Perú	Chile	Bolivia	Brasil	Argentina	Uruguay	Costa Rica
Investigador(es)	Chauchat, 1988, Ossa, 1973, Lynch, 1983, Ravines, 1982, Rademaker B. & Sandweiss, 2009, D. Grayson & Wise, 2009, R. Grosjean, 2007	Bird, 1970, Cooke, 1977, Shobinger, 1973, Mayer-Oakes, 1986, T. Dillehay, 1986-1997, Collins, 1997, Maldonado, 1949, Sander, 1959, Méndez, 2013, Miotto & Salemme, 2004, Grosjean, 2007, J. Bird, 1970, Cooke 1977, R. Ravines, 1982	Santoro, 1987, Klink-Aldenderfer, 2005, Mayer-Oakes, 1986, Blackwater, 1967, Wormington, 1966, Gonzales, 2006, Ranere y Cooke, 1991, Ravines, 1982, Santoro, 1987	Guidon, 1986, Delibrias, 1986, Meltzer, 1994, Mac Neish <i>et al.</i> , 1980, S. Fedel, 1996, Politis y Gambel, 1994	Schobinger, 1973, Cardich, 1984, Mac Neish <i>et al.</i> , 1980, Politis, 2009, Mayer-Oakes, 1986, Lynch, & Hammen, 1971, Willey, 1971, Correa y Urrego, 2003, Delgado-Burbano, 2010, Aceituno & Barrientos, 2001.	Bird, 1969, Dillehay, 1992, Hilbert, 1991, L. Mazz, 2003, Suarez, 1999, Lorentzen, 1998	Maker y Oakes, 1952, M. Snarkis, 1979
Puntas tipo Folsom					valle Rio Magdalena 16.500 a.C. ¹⁴ C		Sierra de la esperanza 10.650 a.C. ¹⁴ C
Puntas Pre clovis		Monte verde II-III entre los 15.300 -12.500 a. C. ¹⁴ C		Boqueirao da Pedra Furada 11.11.500 a. C. ¹⁴ C			Rasgos Clovis
Puntas Clovis		Monte Verde II-III entre los 14.000-12.500 a.C. ¹⁴ C		Monte alegre entre los 700 a 200 a. C. (s.c.) posible Clovis y fase final de Monte Alegre		P. de Chajbal 10.700 a. C. Santa Rosa de Chujuyub 8.780±170a.C.	Turrialba I- 10.000-12.000 a.C.
puntas tipo Cola de pescado	Quebrada de Santa Maria (s.c.) Cueva del Guitarrero 12.560-10.000 a.C. ¹⁴ C Las Brujas Lauricocha I ¹⁴ C Pachamachay ¹⁴ C Paiján ¹⁴ C Pampa Colorada ¹⁴ C Pampa de Lampas (s.f.) Pampa de los Fósiles 12.000 a.C. ¹⁴ C Sumbay II 3.000-4.000 a.C. Tablada de Lurin ¹⁴ C Telarmachay 10.000 - 8.500 a.C. ¹⁴ C	Cueva Fell I 11.000±170 a.C. ¹⁴ C, Santa Inés 12.540 a. C. ¹⁴ C Guanagueros-Monte verde 12.500 - 13.000 a.C. ¹⁴ C Cueva Fell II 12.600±170 a.C. ¹⁴ C Tagua-tagua 11.000 ¹⁴ C Tagua-tagua 12.000 a. C. ¹⁴ C Tres arroyos I 11.880 ¹⁴ C Tres arroyos IV 13.500 ¹⁴ C Monte verde (x-3) 15.300 a. C. ¹⁴ C Lago Sofia 13.500-11.000 a.C. ¹⁴ C Lancha Packewaia (s.f.)	Cueva Bautista, (s.c.) Iroco, (s.c.) Ñuapua, (s.c.) Pumiri, (s.c.) Salar de Coipasa VII, (s.c.) San Lucas, (s.c.)	Toca do Boqueirao 11.500 a.C. La Lapa Do Sol 15.500 a. C. ¿Da Pedra Furada 40.000 a.C.? Rio Claro 11.200-10.500 a.C.	Los Toldos el Abrigo de pescadores 12.600 ± 600 a. C. Cueva de Palli 10.730 ± 150 a. C. Cerro la China Sombrero, 10.800 a. C. Los Toldos III 12.600 ± 600 ¹⁴ C Ayampitin I (s.f.)	Cuenca del rio Uruguay Tierras bajas (s.c.) Arroyo vizcaino Cerro de los burros (s.f.) Los indios (s.f.) Payaso I (s.f.) Salto Grande (s.f.) Zanja del Tigre zt-1	Turrialba II 12000 -13000 a. C.
Puntas tipo Tigre	Paijanense 10.380±170 - 8.260±160 a. C. ¹⁴ C			Rio Claro 11.200 - 10.500 a. C. ¹⁴ C			
Puntas tipo Payaso	Chan Chan 4.000 ±170 a.C. ¹⁴ C	Magallanes I 10.720 ±300 a.C. ¹⁴ C Tagua Tagua, 11.450 a.C. ¹⁴ C			Los 3 Toldos, 12.600 ± 600 a.C. 10.720 ±150 a. C.	Rio Uruguay 11.200 a.C. ¹⁴ C	
Puntas foliáceas y pedúnculos Unifaciales Acanaladas	Pampas fósiles y Ascope, 10.380 ±170 a. C. ¹⁴ C Valle de Moche, 10770±150 a. C. ¹⁴ C 11.000 -10.000 A.C. ¹⁴ C Cupisnique, 14.700 ±400 a. C. ¹⁴ C Telarmachay (s.f.) Toquepala II Sumbay II (su-2) ¹⁴ C	Monte verde I-II entre los 14.000-12.300 a.C. ¹⁴ C	Complejo Wankarani 9.289 -8.729 a. C. ¹⁴ C Viscachani (S.C.)	Caverna de Pedra Pintada 11.200 -10.500 a. C. (s.c.)	Puerto de las Cahuelas, 10.200 -10.450 a. C. ¹⁴ C Cerro la China y el Sombrero, 10.800 a. C. ¹⁴ C		Turrialba 12.000 - 13.000 a.C. ¹⁴ C

Información:

Puntas tipo cola de pescado encontradas en el nivel I de Magallanes, Cueva Fell, datada entre 10.000-8.000 a.C., se sugiere que los antecedentes de este tipo de puntas tenían miles de años o más; el modelo de punta con acanalado o surco central apareció en las puntas lanceoladas, al igual que las puntas con pedúnculo con forma de punta de cola de pescado se trataría de una variación del tipo de punta Clovis preexistente en el Ecuador, las puntas lanceoladas con canal, similares a las puntas cola de pescado del Inga (Ecuador) y a las halladas en Cueva Fell datadas en 10.000 BP.

- a- En Ayampitín (Bolivia), en el nivel IV de Intihuasi, con fecha del 7.970 ± 100 a.C. indica que este tipo de punta lanceolada descendió hacia el sur. Puntas tipo hoja de laurel se ubican desde Canadá, posiblemente traídas por pobladores desde Asia, localizadas en el Jobo (Ecuador), Lauricocha y Vizcachani (Perú), Ayampitín (Bolivia), Palli Ake (Brasil), similares en forma, dimensiones y espesor, con una pequeña diferencia a las de Ecuador las cuales muestran afinidad con las de México, ambas están trabajadas en pedernal negro verdoso y son similares a las puntas encontradas en Santa Isabel de Iztapan (México) (Bird, 1969).
- b- En Lauricocha (Perú), nivel II, 6.000-3.000 a.C. puntas lanceoladas, puntas pedunculadas rectas y/o rectangulares con el borde angosto, se encuentran en el Inga (Bell, 1960; Laming, 1961), puntas pedunculadas con bordes paralelos en las pampas de Paiján (Perú), (Engel, 1957), Lauricocha, nivel II (Lanning, 1961).
- c- Puntas sin pedúnculo y con pedúnculo en la Pampa Colorada (Perú), Chira Villa (Chile y Argentina)
- d- Puntas lanceoladas de borde aserrado Lauricocha nivel II, Pequeñas puntas Pedúnculas recta más o menos rectangular, largo, angosto por los bordes, se encuentran en el Inga, (Llalo, Ecuador) 10.000-2.000 a.C. (Bell, 1960); (Laming, 1961).
- e- Las pampas de Paiján (Lanning, 1961).
- f- Puntas tipo Lauricocha II, 6.000-3.000 a.C. puntas de proyectil sin pedúnculo encontradas en el Ecuador hacia el sur, en Perú en Pampa colorada y Chira villa, que se propagan hasta Chile y Argentina (Lanning, 1961).
- g- Las puntas lanceoladas con canal son similares a las puntas de pescado provenientes del Inga y vinculados.
- h- Con las puntas de pescado acanaladas de Cueva Fell unos 10.000 años. a.C. de antigüedad. (Gonzales, 1952).
- i- Tipo de puntas existentes hacia el norte con una morfología parecida en relación con las puntas de pedúnculo acanalado cola de pescado del Inga. (Engel, 1957).
- j- Puntas cola de pescado, en sud América se han encontrado con frecuencia también se ubicaron en las Islas Aleutianas, Tierra de fuego, pero la morfología es variada. (Collier y Murra, 1943).
- k- Se ve un aumento de puntas tipo pedúnculos probablemente por continuidad a lo largo de la serranía (Lake, 1999).
- l- En Perú las puntas de proyectil foliáceas, Ayampitense (10.000-1000 a.C.) y Paijanense (8.500-5.000 a.C.), puntas de proyectil para arpones con pedúnculo redondeado y hoja triangular.
- m- Puntas de flecha sin pedúnculo encontradas en el Ecuador hacia el sur del continente en Perú, Chile y Argentina.
- n- Aparecen en América del norte y aparece en América central y parte de sud América en la zona interandina en el Llalo (10.000-2.000 a.C.) en Ecuador, Guatemala se aprecian el tipo de puntas acanaladas, al igual que en Costa Rica poseen rasgos típicos Clovis (Wormington, 1999).

Tablas 5. Referenciales cronológicos tipos de puntas líticas (Elab. propia).

TABLA 5: REFERENCIAS CRONOLÓGICAS DE LOS DIFERENTES TIPOS DE PUNTAS LÍTICAS							
Edad cronológica fines del Pleistoceno por cazadores entre los 15.000 y 20.000. e inicios de los 10.000 años ¹⁴ C.- a.C.							
Pais	Yacimiento	cronologia	Muestra	Industria Lítica	Funcionalidad	Ref. bibliográficas	Tradición C.
Perú	La Cueva de Pikimachay, Fase Ayacucho Andes Centrales Ayacucho (Perú)	12.000-14.700 a.C.	Los niveles más antiguos, denominados fases Paccaicasa I y II	Manufacturas, pintura en paredes	Artefactos asociados a megaterio, las dataciones más tempranas son del mismo tipo de material que la roca que compone las paredes de la	Richard MacNeish, 1979 Augusto Cardich, 1950 John Rick, 1960 Peter Kaulicke, 1970	Guijarro y lascas
	*Cueva Guitarrero (Ancash. Perú)	12.500-11.000 a.C.	Obsidiana	Puntas de proyectil foliáceas o lanceoladas de formas diversas	cueva, primeros pobladores de la sierra del Perú	Aldenderfer, 1999	
Chile	Monte Verde I	37.800-33.800 (?)		Materia orgánica	El mayor aporte de Monte Verde, no fue romper con el modelo Clovis.	David Meltzer, 1997 Lautaro Nuñez, 1970	Guijarro y lascas
	Monte verde II	12.500-13.000 a.C. ¹⁴ c	Fragmentos de puntas de proyectil.	Asociado ala mega-fauna pleisto-cénica en fases tempranas	Escasa elaboración de artefactos en piedra	T. Dillehay, 1977	
	Monteverde III (Puerto Mont, sur de Chile)	15.300 a.C. ¹⁴ c	pedras alisadas para moler y varias raederas dobles, Materia orgánica		Cuchillos, raederas, raspadores frontales Asociado al consumo de	Tom, Dillehay, 1979	Puntas biconvexas
	Tagua-Tagua I Tagua-Tagua II (Valle Cachapoal. Chile)	11.000 a.C. ¹⁴ c	Materia orgánica	Puntas tipo cola de pescado	Fauna pleisto-cénica	Julio Montane, 1960	Útiles sobre lamina
	Tres Arroyos I Tres Arroyos II (Tierra del Fuego)	11.880 a.C. ¹⁴ c 13.500 - 10.500	Huesos de guanaco, caballo americano y milodontes	Puntas tipo cola de pescado	Asociados con puntas de proyectil cola de pescado	M. Massone, 1978	Guijarro y lascas
Venezuela	Taima-taima Estado de Falcon Venezuela	14.000-16.375 a.C. ¹⁴ c	Materia orgánica	Cola de pescado, puntas Jobo, tienen forma lanceolada, con dos extremos en punta igualmente desbastados y un corte transversal ovalado	Similares a Monte Verde, estas puntas se han reportado para las regiones venezolanas del Paraguaná y el Jobo.	Alan Bryan, 1970 Ruth Grunch, 1979	Puntas biconvexas
Estados Unidos	Cueva de Meadowcroft (Sudoeste Pensilvania EE. UU.)	14.500 -17.600 a.C. ¹⁴ c	Materia orgánica	Puntas líticas en forma de pequeñas hojas similar a la de Paleolítico de Siberia	No presenta la acanaladura característica de puntas de Folsom y Clovis, utensilios simples, pequeños	James Adovasio, 1980	
Argentina	Cueva los Toldos III (Santa Cruz, Patagonia. Argentina)	12.600 ±600 a.C. ¹⁴ c	Materia orgánica obsidiana de grano fino y rocas de grano grueso. Material lítico el xilópal, obsidiana y calcedonia en poca cantidad	Cuchillos, lascas, láminas y lascas pequeñas, boleadoras trabajadas en piedra, bifaciales, raspadores, raederas planas	Puntas bifaciales lanceoladas, triangulares, con o sin acanalado, con o sin acanalado en ambas caras, con o sin pedúnculo	Cardich, 1973 Nora Flegeberg, 1970	Paleoindio Sudamericana

*La cueva de Guitarrero funciona como prototipo para toda América del sur. La mayoría de los yacimientos mencionados en Perú tienen componentes de tipo arcaico y son establecidos como los más antiguos, aunque han sido estudiados con menor intensidad

Tablas 6. Referenciales cronológicos tipos de puntas líticas (Elab. propia).

TABLA 6: REFERENCIAS CRONOLÓGICAS DE LOS DIFERENTES TIPOS DE PUNTAS LÍTICAS							
Edad cronológica fines del Pleistoceno por cazadores entre los 5.000 y 3.000 a.C. ¹⁴ C.							
Pais	Yacimiento	Cronología	Muestra	Industria Lítica	Funcionalidad	Ref. bibliograficas	Tradicón
Estados Unidos	Cactus Hill, la cuenca del río Nottaway, Virginia	15.000 a.C. ¹⁴ c	Industria lítica obtenida de núcleos de micro hojas	Instrumentos bifaciales reducidas puntas asignadas a Clovis.		McAvoy & Johnson, 1997	
Brasil	Da Pedra Furada (S.E de Piauí) *Toca da Esperança	12.000-8.000 a.C. ¹⁴ c *9.000-11.000 a.C.	Cuarzo, cuarcita, calcedonia y arenisca salificada, laminas con recorte unifacial Núcleos, lascas. *Láminas de retoque unifacial	Reducción unifacial de las piezas, talladas en una sola cara sin claros patrones de lascado y un mínimo retoque	Abrigos rocosos, asociados pinturas rupestres. Tránsito del pleistoceno al holoceno. *Lascas, cuarzo y cuarcita, Pinturas Rup.	Niéde Guidon, 1986 Maria Beltrão, 1980 Parenti, 1987 Lumley, 1988, Schmidt, 2004	Guijarro y lascas Itaparica
Colombia	Tequendama la Sabana de Bogotá	12.500-10.100 a.C. ¹⁴ c	Instrumentos unifaciales chert, (llamado lidita)	Tienen un borde retocado por presión para regularizar el filo, puntas acanaladas, talla bifacial y unifacial	Se los ha denominado "tradicón de los artefactos con filo arreglado"	Correal Urrego, & T. Van der Hammen, 1977	Paleoindio
Guatemala	Los Tapias (Tierras Altas Continentales).	13.083-8.810 a.C. ¹⁴ c	Punta acanalada, obsidiana, calcedonia, basalto gris de grano fino	Puntas acanaladas con canal. Puntas cola de pescado (posiblemente)	Lascas, núcleos raederas, buriles, Guijarros, fragmentos de unifaciales y bifaciales	Alan bryan & Ruth Grunch, 1960-1970	Paleoindio
Venezuela	El jobo península de Paraguaná	12.400-12.600 a.C. ¹⁴ c	Puntas cola de pescado del tipo el Jobo	Puntas de forma lanceolada y de sección romboidal o bilobulada	Frecuentes en esta región y podrían constituir uno de los sitios donde elaboraban tipos de armas de cacería	A. Cardich, 1958	Paleoindio
Perú	Paiján Costa norte *Chivateros río chillón	11.000-10.000 a.C. 9.000-8.000 a.C. ¹⁴ c	Puntas de proyectil, arpones, pedúnculos redondeados y hoja triangular *Puntas de proyectil, raspadores, hachas de mano	Artefactos bifaciales y unifaciales *Artefactos líticos de cuarcita	Puntas de proyectil largas con un pedúnculo corto contraído, bordes convergentes redondeados. *Canteras donde procesaban la roca	T. Dillehay & col., 2003 *Edward Lanning, 1963	Paleoindio *Paijense
Ecuador	El Inga, entre el Hala y la cordillera Oriental.	11.000-9.000 a.C.	Industria de obsidiana más importante de América del Sur.	Puntas cola de pescado, lanceoladas con hombros, puntas del tipo el Jobo, sin pedúnculo y pedunculadas. -Puntas acanaladas y sin acanaladura	Con excepción de los tipos de puntas parecidas a las de Paiján y Ayampitín Puntas bifaciales lanceoladas, triangulares, c/s. acanalado ambas caras.	Oakes, & William J. 1960 Robert Well, 1960	Paleoindio Sudamericano
Chile	Cueva Fell- Patagonia I *Patagonia, centro sur Chile-Argentina II etapa	17.500 ± 140 a.C. ¹⁴ c *11.600 - 7.400 y 1.300 a.C. ¹⁴ c	Sedimentos proyectil cola de pescado también conocidas como puntas de cueva Fell	Cola de pescado, lascas y núcleos *Lascas laminares, raederas, raspadores *Cuchillos, raederas, raspadores frontales	Puntas bifaciales lanceoladas, triangulares, con o sin acanalado, en ambas caras, con y sin pedúnculo	John Bird, 1960 M. Ortiz & E. Saxon, 1970 *Arrigoni & Fernandez, 2004 Beltran Paruelo, 1998	Paleoindio *Útiles sobre lámina
Bolivia	Viscachani, cuenca del lago Titicaca, la paz.	7.000 a.C.	Material lítico	Puntas hoja de laurel, artefactos líticos		Dick E. & I. Graso, 1970	Viscachense

*Información bibliográfica de los responsables de las investigaciones arqueológicas incorporada en los esquemas.



Figura 23. Ubicación de los principales yacimientos con puntas de proyectil. Datos recopilados a partir de: Krieger (1964 y 1974), Menghin (1957), Schobinger (1973 y 1988), Lanning (1970), Lynch (1978), Crivelli (1976), Lanning & Hammel (1961). (Elab. F. Talavera con adobe Photoshop).

En las tablas anteriores arrancamos desde el periodo Paleo-americano o Paleoindio³³ correspondiente a las fases más frías del Pleistoceno³⁴; los grupos que se establecieron en las Américas en ese periodo emplearon puntas de proyectil trabajadas en ambas caras para cazar animales que vivían en ambientes no boscosos. Ese patrón de subsistencia, datado en torno al 10.000 a.C., se dio en Suramérica en sociedades que basaron su subsistencia en la ingesta de vegetales y carne, elementos cuidadosamente manipulados para asegurar su disponibilidad. Ese modelo ha sido reconocido en la región árida de Atacama y en el norte de Chile, en la región boscosa del sur de Chile, en áreas tropicales de Colombia y el noreste de Venezuela, en la costa tropical al sudoeste del Ecuador y en las regiones desérticas y áridas al este de Brasil, en sitios considerados asociados a las primeras sociedades humanas suramericanas cazadoras de grandes animales, establecidas en la era inicial y más larga de la historia americana, con una cronología entre el 18.000 y el 10.000 a.C.

Las evidencias publicadas corresponden a sitios arqueológicos puntuales, algunas de las cuales no están del todo fundamentadas, constituyendo esta limitación una desventaja, debido a que las investigaciones arqueológicas no son sistemáticas, realizadas de forma continua, y porque el vasto territorio del continente hace difícil conocer la totalidad de los asentamientos, por lo que se puede presumir que los sitios conocidos sean los únicos que poseen evidencias Clovis. Por otro lado, reconstruir el recorrido que siga los pasos de esos primeros cazadores que ingresaron a las Américas resulta hoy imposible, considerándose que los conjuntos líticos americanos son más recientes que los similares de Europa. Las investigaciones desarrolladas en el continente americano han aportado algunas publicaciones arqueológicas importantes para México, Centroamérica y Suramérica, en las que existe una homogeneidad concluyente en relación con la influencia que el factor medioambiental ejerció sobre el poblamiento humano, permitiendo el desplazamiento de las primeras comunidades hacia la cordillera interamericana. Según el arqueólogo Vander Hammer *“Posiblemente fue la presencia de un corredor seco, el que unió estas áreas hacia el final del Pleistoceno, de haber sido posible esta teoría sería un camino continuo de comunicación, por lo tanto, explicaría la presencia de artefactos líticos similares junto a restos óseos de animales que vivían en aquel momento en el borde de la sabana de Bogotá y Venezuela.”* (Hammer, 1986: 76). Por otro lado, hay algunos yacimientos que no son del todo aceptados, por la escasez de evidencias que poseen o por la necesidad de confirmarlos con nuevas dataciones ¹⁴C antes de incluirlos en la denominación pre-Clovis.

En la Patagonia de Argentina (provincia de Santa Cruz) el yacimiento de la Cueva de los Toldos fue descubierta por Menghin en 1952 e investigada posteriormente por Augusto Cardich (1983), siendo de interés para determinar la presencia de antiguas comunidades humanas en el extremo sur de las Américas. A inicios de la década de los años 50 Ameghino realizó excavaciones en la Cueva de los Toldos que determinaron la presencia de dos complejos materiales que se habían sucedido a través del tiempo en la

³³ La denominación Paleoindia se basa específicamente en la distribución temporal y geográfica restringida confinada a las zonas abiertas paramos andinos, la puna peruana, las sabanas de la pampa de la Patagonia.

³⁴ Periodo que se inicia hace dos millones de años y culmina alrededor de los 10.000 a.C., fecha en la que se produce el inicio del Holoceno (Lumbreras, 1999: 56).

ocupación de la caverna; al conjunto de artefactos que localizó en los estratos más profundos los denominó ‘tóldense’, mientras que a los estratos superiores los llamó ‘casa piedra’. Esta primera clasificación se llevó a cabo de manera estimada, sin contar con datos radiocarbónicos, que sólo se realizarían años más tarde, señalando A. Cardich que la Cueva de los Toldos III “[...] contiene el fechado más alto para un nivel estratigráfico claramente relacionado con la industria definida para argentina y para toda la región meridional de América del sur está fechada en 13.450 $\pm$ 700 años ^{14}C BP”, (Cardich, 1964: 89-95).

Frente a otros lugares que presentan un gran collage de diferencias culturales relacionadas con una gran variedad de ambientes geográficos, en Suramérica las evidencias de ocupación son globales, observándose en el mapa de la Figura 23 que, aunque sólo se han señalado los asentamientos más significativos, los movimientos son circulares, es decir abarcan todo el continente, de manera que el nivel de migración no tiene una dirección concreta, por lo que las influencias estilísticas se dieron de diversas formas, existiendo posiblemente el intercambio de materiales, por lo que identificar la procedencia exacta de una punta de proyectil es casi imposible. Lo más probable es que las poblaciones humanas se adecuaron a una gran variedad de prácticas, actividades que les terminarían por convertir en sedentarios.

En suma, como se ha visto, la situación y el estatus de los sitios pre-Clovis de hacia el 11.200 a.C., a tenor del grado de conocimiento adquirido sobre los cazadores del periodo lítico de América, vendría a corresponder con el Paleolítico del Viejo Mundo. Este tema aún suscita interrogantes entre los investigadores del continente americano frente a los periodos cronológicos universales del poblamiento del Viejo Mundo con respecto al poblamiento americano, existiendo discrepancias sobre la periodización en cuanto a la terminología utilizada. Pensamos que los periodos a los que pudieran corresponder podrían ser fácilmente unificados en base a los periodos utilizados universalmente, cuestión de compleja aceptación por los arqueólogos e historiadores americanos. Un ejemplo de dicho estancamiento lo constituye la periodización que propone el arqueólogo Luis Lumbreras, quien intenta establecer una correspondencia cronológica entre el Nuevo Mundo y el Viejo Mundo, indicando que “[...] en el viejo mundo por cronología se denomina Paleolítico, aunque cronológicamente corresponde con el Paleolítico superior europeo, por tanto, la definición cronológica no es igual debido a que son territorios diferentes. Entre otras razones, porque el Paleolítico superior, cuyo referente es el de Europa occidental y central, implica un proceso previo larguísimo de conocimiento de las condiciones ambientales de los bosques y praderas de Europa templada, diferentes a las de otras partes del mundo sobre todo a las de los Andes.” (Lumbreras, 1989: 78). Dicho comentario es relativamente adecuado, pero creemos que no debe ser generalizado, ya que no se debe sustentar un periodo cronológico basado en las condiciones ambientales, puesto que estaríamos manteniendo al continente americano como un espacio independiente que consideramos que el proceso de ocupación y desarrollo del continente americano debe hallarse unificado en un solo sistema cronológico para poder ser entendido, detectado y comparado en el tiempo con lo ocurrido

en los restantes continentes con la finalidad de no seguir cayendo en los continuos errores de ubicación.

3.9. El marco temporal: la división de los tiempos prehistóricos en el Viejo Mundo y en las Américas

Según Herman Service (1967) la cultura de los cazadores-recolectores prehistóricos a pequeña escala es una cultura rudimentaria en algunos aspectos, sobre todo en lo que se refiere a la tecnología y a la organización social. Hay factores que generan las similitudes existentes en todas las sociedades de la Humanidad, en especial el hecho de que los humanos pertenezcan a una especie biológica en la que todos sus componentes poseen las mismas necesidades físicas, peculiaridades que se adaptan al contexto en el que se muevan, encontrándose las diferencias y diferentes grados de complejidad cultural relacionadas con las respuestas de adaptación implantadas por las circunstancias medioambientales; la diferencia radica en los tipos de sociedades, al tener algunas una mayor capacidad de aclimatación y desarrollo que otras.

Desde la perspectiva cronológica, nuestra investigación posee un marco general que toma como referencia de partida el momento en el que se producen las primeras oleadas migratorias hacia América y como momento final la conquista hispana; ese amplio lapso temporal de milenios se ha facilitado en diferentes fases y etapas de desarrollo cultural utilizando como referencia tanto modelos propios como universales, de manera que se han diferenciado etapas atendiendo “[...] a los modelos económicos y sociales implantados, desde un modelo propio de los cazadores-recolectores hasta el de los agricultores-ganaderos y el desarrollo de las altas culturas [...]” (Doig, 1987: 109); esos modelos conducen a establecer periodos universales cuya amplitud cronológica varía de unos a otros continentes, culminando en unos mucho antes que en otros, de manera que para mantener un cierto orden cronológico hemos mantenido una denominación en la que se unifiquen y encuadren las diversas etapas que transcurren desde el desarrollo del primer glaciador hasta la Edad Contemporánea.

En la tabla 7 se incluyen las cuatro etapas fundamentales en la Historia Universal, este esquema no presupone nada en cuanto al origen de cada etapa cultural, sobre todo si estas tienen en cada continente o mundialmente un solo punto de origen que sería África y que luego se expandió por varios sitios de forma sucesiva o correlativa, con algunas convergencias y/o diversificaciones típicas de las primeras migraciones, ya que no existían barreras o fronteras que delimitasen los territorios. Por tanto, sucedieron en la historia y se clasificaron en edades de desarrollo. ¿Ahora bien, el cómo y por qué se dan esas diferencias de denominaciones entre Europa y el continente americano? En el caso del periodo Paleolítico superior en América, aunque por nivel de evolución no es equiparable al del viejo mundo, ello no es impedimento para no utilizar la denominación Paleolítico superior en América.

PERIODOS CARACTERÍSTICOS			
Desarrollo tecno-económico-cultural		Designacion arqueologica	
		Estadios básicos	Supervivencias en áreas marginales
Buscadores de alimentos (depredadores)	Cazadores sencillos	Paleolítico superior (35.000-10.000 a.C.)	Subsistencia, <i>Homo sapiens sapiens</i> -Cro-magnon
	Recolectores y cazadores sencillos	Epipaleolítico/Mesolítico (10.000-8.000 a.C.)	Fase final del Paleolítico, precede al Neolítico
	Cazadores, recolectores especializados	Final del Mesolítico (8.000-6.500 a.C.)	Mesolítico en algunas zonas del viejo mundo, mismo rango taxonómico que el Paleolítico superior
8.000 a.C.			
Productores de alimentos	Agricultores y ganaderos	Neolítico (6.500-5.000 a.C.)	se incluye edad de piedra, pulimentada y desarrollo de la agricultura y expansión de la misma.
	Altas culturas	Civilización (América)	Inicios de la Edad de los metales en la medida en que se hallen integradas por culturas prehistóricas de nivel pre-urbano, continente americano
Edad de los metales	Altas culturas o civilizaciones	Periodo intermedio (5.000-1.000 a.C.) (1.000-1.200 d.C.)	Surge en distintas épocas dependiendo del lugar, en algunos continentes como América del sur es continuo hasta la Edad Media
Edad Moderna/Edad Contemporánea	Altas culturas o civilizaciones	Civilización	Siglos VII-VI a.C. Revolución industrial siglos XVIII / XIX-XXI

Tablas 7. Modelo de cronograma referencial de clasificación de las sociedades complejas modo universal. Tomando como referencia a Service (1967), Burrell (2002) y Hammer (1986). (Elab. Propia).

Tablas 8. Tradiciones culturales en Suramérica como termino de ocupación antiguo Perú (Elab. propia).

Periodo: Paleolítico superior o Paleo-indio 13.000 a.C. - 6000 a.C.						
Tradición Cultural	Área geográfica	País/provincia	Antigüedad	Industra lítica	Características	Investigador(es)
Tarapaquense	C o m p l e j o Toquepala, Cueva del Diablo	Andes centrales peruanos hasta la Costa sierra norte con Chile	10.500-9.900 a.C. 9.900 -7.400 a.C.	pinturas rupestre, temática caza de animales grandes y p e q u e ñ o s representación de la caza al estilo chaco.	Asentamientos modestos de corta duración. Caza, pesca y recolección	E. González, 1963 Bojovich, 1967
	Tarapacá	Extremo norte	7.900-4.100 a.C. 9.000-8.400 a.C.	Coprolitos puntas lanceoladas raederas de un lado curvo morteros cóncavos	Influencia de la tradición Viscachense Inicios de la religión.	J.C. Muelle, 1963 J. Bird, 1946 Nuñez y Noragas, 1978
	Tiliviche Cona noxa Ghatchi Chiu- chiu Punta de teatinos	Centro sur andino de Chile	8.400-8.100 a.C. 8.100-5.900 a.C.			
	Periodo de estancamiento geográfico					
Chinchorro I	Quebrada Chilca I Tacahuay	Chilca- Lima, Perú Moquegua	11.200-8.800 a.C. 11.000 a.C.	Puntas pedúnculos, lanceolada, molinos de piedra	Asentamientos al aire libre, uso del arpón marisqueero Caza indiscriminada Industrias líticas incipientes Experimentación en la recolección Incipiente en el trabajo del cultivo.	D. Keefen, 1964
	Pampa colorada	Areq.-Moq., Perú, (Andes centrales)	9.000-8.400 a.C			
	Huentelauquén I Huentelauquén II	Antofagasta, sierra sur Perú- costa central Chile	10.500-7.000 a.C. 7.500 - 6.000 a.C. (comienzo de periodo arcaico)			Llagostera, 1977 et al., 2000
Chinchorro II	Complejo Chilca I	Costa Sur-central,Peru	9.900-8.400 a.C.	Restos fósiles, instrumentos de piedra toscos Fragmentos humanos y huesos de fauna local.	Asentamientos al aire libre caza indiscriminada Industrias líticas incipientes. Experimentación en la recolección. Cazadores	Cardich,1958 Tello, 1942 Lanning,1963 Lynch,1970 Llagostera,1977
	Pampa Colorada	Lima, Perú	9.900-8.400 a.C.			
	Huentelauquén III IV V VI	Antofagasta, Costa sur central, Chile	8.500-7800 a.C. 9.400-8.500 a.C. 9.700-9,400 a.C 10.200-9.000 a.C			
	Quiani I, la Caleta	Antofagasta, Tarapacá, costa central de Chile	10.500-9.150 a.C.	Puntas líticas sin pedúnculo.	J. Bird, 1941	
	Cueva Guitarrero I, vertiente oriental de la Cordillera negra	Ancash, Perú	12.560 ± 360 a.C. (11.00-10.000 a.C.	Restos de carbón Artefactos líticos: Raspadores Chancadores martillos de piedra punta lanceolada (tipo cuchillo	Utilizado como campamento temporal en época de caza. asociada a la tradición Paiján es distinta a otras tradiciones de la costa, pero comparte elementos con el complejo ayacucho.	T. L ynch, 1969

* Los datos están referenciados de Salcedo (1997), Cardich (1958 y 1964), Tello (1942), Lanning (1963), Lynch (1970), Gonzales (1952) y Menghi & Schroeder (1957) y de los responsables de las investigaciones arqueológicas incorporada en la tabla.

Tablas 9. Tradiciones culturales como termino de ocupación antiguo Perú (Elab. propia).

Periodo paleolítico superior o Paleoindio 13.000 a.C. - 5.000 a.C.						
Tradición cultural	Área Geográf.	Provincia	Antigüedad	Industria lítica	Características	Investigador(es)
Lauricochense	Cueva de Piquimachay, fase I	Ayacucho	12.000 a.C.	Huesos de paleofauna.	Primer poblador de la sierra, restos líticos	R. Mc Neish, 1952
	Lago de Chinchaycolla	Junin	11.000 a.C.	Restos líticos raederas, puntas lanceoladas (tipo hoja)		R. Matos, 1966 J. Rick, 1971
	Cueva de Pachamachay	Junin	11.000 a.C.	Raspadores, cuchillos, puntas foliáceas	Caza intensiva, industria lítica	R. Matos, 1966 J. Rick, 1971
Paijanense	Cueva de Huargo	Huánuco	11.000 a.C.	Pinturas rupestres		A. Cardich, 1959
	Cueva de Jayhuamchay	Ayacucho	10.000 a.C.	Industria lítica, raederas, percutores	Grupos nómadas, dependencia de la caza de megafauna y recolección de frutos	R. Mc Neish, 1956
	Pacaicasa-complejo	Ayacucho	10.000 - 7.000 a.C.	Puntas de proyectil tipo cola de pescado. Hachas y raspadores.		Junius Bird, 1935 L. Lumbreras, 1989
	Chivateros, pampa de piedras, río Chillón	Callao, Lima	9.500-7.000 a.C.	industria lítica tradición Paijanense, puntas pedunculadas, raederas, perforadores, piedras de molienda	Taller mas grande del periodo lítico	E. Lanning, 1963
	Valle de Chicama, Cupisnique	la Libertad	8.500 a.C.	Ajuar funerario, puntas bifaciales, de tradición Paijanense	Primeros entierros humanos con ajuares	R. L. Hoyle, 1943 J. Bird, 1963
Lauricochense	Tres ventanas, sierra de Huaochiri	Lima-Perú	8.000 a.C.	Sepulturas humanas, lascas, raederas, puntas foliáceas, cuchillos	Industria lítica de la tradición Lauricochense	B. Ojeda, 1968
	Telarmachay I	Cerro san Pedro, Junin	8.000 a.C.	industria lítica de la tradición Lauricochense	Caza intensiva	D. Lavallée, 1985
	Lauricocha, cuevas	Huanuco	7.5000 a.C.	Restos fósiles humanos	Cabezas con evidencia de trepanación craneana	A. Cardich, 1982
Viscachense	Complejo Vizcachani	La Paz y Potosí, Andes sur centrales Sierra de Bolivia	8.100-5.900 a.C.	Puntas tipo hoja de laurel, industria lítica de la tradición Viscachense	Asentamientos modestos de corta duración. caza indiscriminada y recolección	D. Ibarra, 1994
	Toquepala, cuevas	Tacna	10.000 - 8.000 a.C.	Abrigos rocosos Grupos nómadas	Puntas bifaciales tipo cola de pescado.	J. Bird, 1934

*Información bibliográfica de los responsables de las investigaciones arqueológicas incorporada en la tabla.

Tablas 10. Tradiciones culturales como termino de ocupación antiguo Perú (Elab. propia).

Periodo: Final del Mesolítico 8.000 a.C. a inicios del Neolítico 5.000 a.C.						
Tradición Cultural	Área geográfica	Provincia	Antigüedad	Industria lítica	Características	Investigador(es)
Viscachense	Guitarrero II, vertiente occidental de la Cordillera Negra	Ancash	7.000 -5.600 a.C.	Instrumentos de madera hueso, tejidos, puntas tipo lanceoladas, piedra para la molienda	Semillas de: Legumbre, papa.	T. Dillehay, 1970 T. Lynch, 1969
Paracas	Península de Paracas	Ica	6.800 a.C.	Redes para la pesca de fibra vegetal.	Primer pescador, y horticultor del Perú	F. Engels, 1971
Lauricochense II	Cerro Pedro de cajas.Telarmacha y II	Junin	6.000 a.C.	Restos óseos, coprolitos de auquénidos, Uso de pachamancas, (hornos de piedras)	domesticación camélidos, llamas y alpacas	D. Lavallée, 1976
	Cueva de Jayhuamachay	Ayacucho	6.000 a.C.	Restos óseos de camélidos	lograron domesticar auquénidos	Mc.Neish, 1959
	Cueva de Piquimachay	Ayacucho	5.000 a.C.	Camélido, cérvidos, herramientas de hueso, raspadores y lascas	Cultivo de quinua y calabaza	Macneish, 1959 A. Cardich, 1958
Ayampitense II	Arcata-Cayarani	Condesuyo	6.000 - 4.000 a.C.	Núcleos, raederas, raspadores puntas tipo: foliáceas de base recta, puntas de limbo triangular, pedúnculo triangular con base cóncava triangulares, romboidales con retoque fino.	Obsidiana	Shoederer, 1957
	Quequeña Yarabamba	Arequipa	Huanaqueros 7.500 a.C.	Puntas de base convexa romboidal, pedúnculo triangular, cuchillos, lascas	Cuarcita	R.Ravines, 1972
Periodo del abrigo II de Toquepala	Pillones/Sumbay	Caylloma	6.700-5.900 a.C.	Puntas foliáceas pedúnculos, romboidales de base ancha y escotada, bifaciales	Obsidiana, piedra	E.González, 1963 S. Ramirez, 1970 Mc Neish, 1960
Jabonani, anterior al periodo Ayampitense	Terrazas de Chichillapi	Puno-Chucuito	8.000-7.000 a.C.	Puntas de lado recto con base ancha y escotada	Basalto	F. Palacios, 1974
	Caylloma	Laguna de la Aguada blanca-Arequipa	7.080±140 a.C.	Puntas foliáceas, base recta ligeramente escotada	Obsidiana	F. Palacios, 1974
	Valle de Ocoña	Playa chira	6.815 a.C.	Puntas foliáceas pequeñas y pedúnculos	Obsidiana y Basalto	Shoederer, 1957
	Abrigo de Tijones	Moquegua	6.200 a.C.	Puntas base escotada, puntas no muy aguda, bifaciales	Obsidiana	L. Nuñez, 1983
Viscachense	Puyenca, cerro de Atico	Arequipa	6.1200 -5.900 a.C.	Puntas de proyección romboidales simétricas, cantos rodados toscamente elaborados a percusión	piedra y obsidiana	R. Ravines, 1973

Tablas 11. Tradiciones culturales como termino de ocupación del antiguo Perú (Elab. propia).

Periodo: Neolítico 5,000 a.C. - 1,000 a.C. Edad de los metales						
Tradición Cultural	Área geográfica	Provincia	Antigüedad	Industria	Características	Investigador(es)
	Campamentos abiertos: Pampas de Yurac	Caylloma Arequipa	4.210 ±120 a.C.	Obsidiana, cuarcita	Puntas Foliáceas, pedúnculos, raspadores y cuchillos.	N. Avendaño, 1967
Ayampitense II	Sumbay IV	Arequipa	4.210±120 a. C.	Lápiz lazuli de color verde azulado	Puntas pentagonales de hueso tipo punzón, collares de cuentas redondas, artefactos de madera de forma redondeada con pigmento de color blanco en la decoración tipo geométrica	N. Avendaño, 1968 R. Shady, 1980 F. Engels, 1970
	Sumbay III		3.400 ± 90 a.C.	Ópalo, retinita, herramientas de lápiz lazuli y hueso	Pinturas rupestres, puntas Foliáceas pedúnculos pequeñas, núcleos, raspadores de hueso trabajado.	
	Sumbay II		3.000 - 4.000 a.C.	Obsidiana cuarzo, Jaspe, Ópalo retinita	Restos óseos, puntas lanceoladas de base escotada, raspadores puntas tipo hoja de Laurel	M. Ncyra, 1969 R. Shady, 1980 F. Engels, 1970
	Sumbay I		3.000 - 4.500 a.C.	Obsidiana	Puntas pequeñas, raspadores. pintura rupestre, abrigos rocosos puntas foliáceas pentagonales pedúnculos ancho con base escotada, raspadores y lascas.	
	Valle de chilca, costa central	Cerro paloma, Lima	4.000 a.C.	Recinto público arquitectura incipiente	Primera población sedentaria, monumento arquitectónico	F. Engels, 1970 M. Cabello, 1970
	Caral, Aspero Vichama	Valle de Supe-Lima	3.000- 2.500 a.C.	Dominio de la piedra, recolección del algodón, textilería	Estado pristino, organización social compleja, primera forma de estado precolombino	Max Uhle, 1960 R. Shady, 1965 P. Feldman, 1966
	Sechin bajo, Valle de Casma	Ancash	3.500 a.C.	Adobe, plaza circular, jefatura y centro ceremonial	Primer templo, relieves en barro	P. Rucks, 1972 R. Patzschke, 1972
	Huaca prieta, Valle de Chicama	La Libertad	2.500 a.C.	Tejidos de algodón, pirograbado	Trabajo en piedra	J. Bird, 1969
	Kotosh, Valle de Higuera	Huanuco	2.300 a.C.	Templo de manos cruzadas, escultura de barro	Monumento religioso	Seichi Izumi, 1966
	Bandurria, Playa chica	Lima	2.300 a.C.	Aldea de marisqueros		D. Torero, 1974
	Yanaquigua	Nevado del Coropuna, Pintasayoc	2.200 a. C.	Rojo ocre	Pintura rupestre: Camélidos, Guanacos. Cazadores sedentarios	J. Bird, 1946
	Ruinas de Chija	Coporaque, Cusco	1.380±80 a.C. 570± 80 D.c.	Obsidiana	Puntas tipo Laurel, lascas ambas caras con la técnica de presión, forma triangular y de escote basal, fogones de tierra profunda.	J. Bird, 1941

Información:

Los distintos grupos cazadores recolectores del paleolítico en Suramérica ubicados dentro de los periodos cronológicos de poblamiento en el antiguo Perú compartieron algunos criterios de estilos en cuanto a fabricación de industria lítica, tipos de puntas, similitudes en las construcciones de monumentos con piedra, o elaboración de herramientas para uso doméstico, caza domesticación y prácticas religiosas. Este detalle ha permitido que se agrupen en las denominadas tradiciones culturales.

- a- **Tradición de unifaces** (10.000 – 6.000 a.C.). Caracterizados por herramientas unifaciales elaboradas en piedra únicamente en percusión directa, su adaptación a los ecosistemas andinos del extremo norte. Los yacimientos de Piura y Tumbes presentan artefactos como lascas simples, núcleos discoidales y raspadores de bordes convexos. (Maggard 2011:130) Desde el sur del Ecuador hasta Cajamarca se aprecian patrones de movilidad estacional entre la costa y los habitantes del yunga (selva baja), aprovechando los recursos presentes en los diversos pisos ecológicos, se muestran concheros asociados a fogones, sugiriendo campamentos no permanentes (Dillehay 1999:126).
- b- **Tradición Paijanense** (8.500 – 5.000 a.C.). Denominada por el tipo puntas pedúnculas estilo Paiján elaboradas por talla a percusión dura y blanda y retoque por presión, así mismo se encuentran raederas, cuchillos, de formas foliáceas, posiblemente para sacrificio ritual (Dillehay 2011:137), perforadores y piedras para moler. En cuanto la caza se encuentran arpones truncados, animales pequeños, pesca y recolección. La tradición Paijanense presente en Lambayeque hasta la provincia de Ica, pasando por la costa del Perú y algunos vestigios en la selva baja o Yunga.
- c- **Tradición Lauricochense** (10.000 – 4.000 a.C.). Las puntas foliáceas (hoja de laurel) raspadores, perforadores, cuchillos, raederas, cazadores especializados de la sierra central, desarrollaron un sistema tecnológico para una caza mayor, Vicuñas. El sitio de Telarmachay (Junín) muestra evidencias incipientes de camélidos, construcciones con corrales de piedra y patrones de matanza selectiva, fardos funerarios con ofrendas de minerales pigmentarios como la hematita y limonita, (Kaulicke 2011:12) colores asociados a las practicas chamánicas.
- d- **Tradición Viscachense**: (9.000 – 3.000 a.C.). En el altiplano peruano-boliviano, esta tradición se caracteriza por Industria lítica puntas triangulares con retoque plano bifacial y bases cóncavas con empuñadura de madera para que sean más estables, de material obsidiana procedente de Chivay (Arequipa) igualmente se practica la caza de camélidos, recolección de plantas (Dillehay 2012:15). Los patrones de asentamiento muestran campamentos rocosos asociados a el procesamiento de carne, depósitos con ofrendas de puntas de proyectiles fracturados. En la fase tardía entre los 5000-3000 a.C. se ubica una producción hacia la economía lacustre, (Maggard 2011:150), en este periodo se dio la fabricación de embarcaciones totora (Lago Titicaca- Puno) con evidencias de redes y pesas líticas.

Estas tradiciones mantienen un sistema dispar en donde las tradiciones costeñas (Unifaces/Paijanenses) desarrollaron tecnologías versátiles para la explotación de recurso marinos y el litoral (Dillehay 2012:159). En las tradiciones de la sierra (Lauricochense /Viscachense) sus herramientas fueron fabricadas para la caza. En el altiplano por ejemplo el manejo del corte de la carne de camélidos existían herramientas fabricadas especialmente para esta actividad, por lo tanto los intercambios tecnológicos de estas tradiciones se evidenciaron por el intercambio de materias primas como la obsidiana (Chivay- Arequipa) en el contexto de tradición cultural Viscachense y como similitudes formales; las puntas foliáceas más comunes fueron elaboradas de obsidiana utilizada en su mayoría por otras tradiciones del antiguo Perú.

Las diferencias cronológicas son claras, mientras que las similitudes de tecnología y modelos de ocupación son menores, siendo imposible hallar en América culturas idénticas y de similar antigüedad que las originarias de Europa; aunque el tiempo sea correlativo y las migraciones se sucedieran de igual forma, solo se podría encontrar una equivalencia en cuanto a la morfología de los restos antropológicos del periodo cazadores-recolectores superiores de Asia y América del norte, semejanza relativa en cuanto a la estructura fisiológica de los cazadores recolectores superiores del Viejo Mundo, aunque ambos sean contemporáneos. Por consiguiente la diferencia que puede existir estaría en el desarrollo sociocultural y la tecnología lítica, ya que las comparaciones de desarrollo cultural entre los cazadores-recolectores del Viejo Mundo y el Nuevo Mundo son marcadas en cuanto al estilo y la técnica de ejecución, diferencias que no deberían ser un impedimento para que en el continente americano se emplee la misma nomenclatura establecida para los diferentes periodos de la Prehistoria europea, si bien con todas las variantes, perduraciones y subdivisiones que de forma peculiar existen en cada región americana.

Unificar las etapas correctamente en relación con las grandes etapas geológicas que se establecieron en el Viejo Mundo no significa una forzada integración de la etapa prehistórica americana en la europea, ni dejar de reconocer las diferencias formales y cronológicas entre las culturas de uno y otro continente. Sin embargo, la mayor parte de los arqueólogos sudamericanos ven inconvenientes en utilizar la terminología universal al considerar que la terminología no implica conexiones directas o históricas con el Viejo Mundo, sino equivalencias en los grandes niveles culturales, siendo imposible ubicar conexiones directas no solo entre Europa y América sino también entre Europa con las culturas desarrolladas en Japón, Egipto, etc.. La contradicción errónea en que se basan consiste en que las condiciones geográficas y ambientales de Europa son diferentes a las del resto del mundo y sobre todo a las condiciones ambientales del continente americano y, por ende, a los Andes interamericanos y los Andes peruanos. J. Schobinger (1969) hace una interesante acotación crítica acerca del problema representado por la periodización americana frente a la periodización universal, “[...] únicamente llamamos la atención sobre la diferencia conceptual y nomenclatoria que debe hacerse entre las subdivisiones meramente cronológico-estratigráficas que valen para determinar áreas, en este caso Europa y zonas vecinas de Asia y África y la subdivisión faseológica, que se refiere a las grandes fases o formas culturales de aparición sucesiva en el tiempo.” (Schobinger, 1969: 16). Igualmente añade que, para el caso de América, el problema de la terminología universal se debió al imperialismo americano que no quiso optar por la terminología europea, dilema aislacionista que afectó a la nomenclatura. Esa diversificación ha conllevado la aparición de una gran diversidad de nomenclaturas que se han sucedido entre los arqueólogos norteamericanos frente a la arqueología sudamericana la cual, en el caso del Perú, ha culminado en el problema de la gran disparidad de términos utilizados para periodizar la arqueología peruana. Según J. Rowe “[...] el problema fundamental de la interpretación arqueológica es la cronología. Los acontecimientos del pasado tienen un interés meramente anecdótico si se observa solo de forma aislada; en cambio cuando se ve en su orden cronológico, el significado enriquece y enseña los procesos culturales que reflejan” (Rowe, 1960: 33); en este caso podríamos asegurar que las cronologías

deberían darse en base a los descubrimientos, determinando un orden cronológico por país (¿por región?). De ser así, los resultados estarían basados solo en la cronología histórica.

En el tiempo, en un periodo específico, cada comunidad grande o pequeña gestó un estilo cultural propio con algunas influencias, pero fueron propias e identificativas; en ese momento no podemos decir que se gestó una cultura única, ya que los datos históricos y arqueológicos nos dicen que los estilos propios se modifican constantemente y pasan a ser influencias entre culturas; por tanto, este detalle no puede ubicarnos en un periodo cronológico único apartado del esquema universal. Los periodos cronológicos en los que una cultura mantiene su propia identidad cultural solo se dan en las áreas culturales en que residen, pero no se dan dentro de las fases de desarrollo; hay varios condicionantes que nos muestran las diferencias; por ejemplo los desarrollos culturales en el caso de América del sur, más específicamente el antiguo Perú, se han producido por comunicación, por redes de caminos, por una constante migración en un mismo tiempo cronológico pero con pequeñas diferencias de décadas. Este modelo estaría atestiguado por las relaciones de estilo, aunque estas no nos indican un tiempo cronológico determinado; tampoco sería correcto identificar esas unidades de estilo con tiempos cronológicos concretos. El territorio sudamericano posee una ocupación dispar, aspecto por el cual determinar una cronología particular es imposible, a lo que se añade la dificultad de ser un territorio vasto y amplio, lo que complica obtener unas cronologías exactas; aun así, si tenemos en cuenta todos esos aspectos y condicionantes, este modelo debería poder completarse con nuevos hallazgos que transformen el panorama cronológico establecido. En definitiva, nuestra propuesta va en el sentido de intentar romper esa disparidad cronológica existente, al menos para el Perú antiguo, empleando el esquema cronológico universal.

Diversos investigadores sudamericanos han optado por crear una variedad de denominaciones, algunas basadas solo en rasgos taxonómicos, como por ejemplo el denominado periodo Pre-cerámico³⁵ para Centroamérica y parte de Suramérica, o la denominación periodo Pre-Clásico³⁶ en la que se integran México y Centroamérica; ambas denominaciones, basadas sólo en un desarrollo significativo del conocimiento y utilización de la cerámica, corresponden a un cambio cultural. Las culturas americanas, a pesar de que dieron origen a nuevas concepciones culturales y gestaron una cultura única con estilo propio, presentan similares desarrollos a los que se sucedieron en las primeras culturas clásicas del Viejo Mundo, siendo consecuencia de las conexiones e influencias culturales entre pueblos que fueron produciéndose de forma correlativa a través del tiempo, aunque son parte integral de la cronología universal, ubicándose solo como niveles de influencia para el caso de América, algo similar a como se caracterizan los niveles de desarrollo en Egipto, Mesopotamia, etc.

³⁵ El término precerámico se entiende similar a un cambio significativo y gradual que se produce en el continente americano, equiparable a los cambios graduales que se produjeron y dieron como resultado la denominación Edad Media. Según Schobinger (1969) el término también es aplicado a la cultura del tejido y la agricultura.

³⁶ Terminología utilizada también como cambio cultural basado en la cerámica en México y que se extendió, con variables, alcanzando Centroamérica.

La nomenclatura y la periodización muestran el problema asociado a la cronología, tanto la americana como la peruana, a pesar de que ha recibido a lo largo de décadas muchos cambios, modificándose en diversidad de esquemas, como los propuestos por J.C. Tello (1942), Kroeber (1944), L. Valcárcel (1967), K. Doig (1969), R. Ravines (1970), M. Uhle (1970), J. Rowe (1960), L. Lumbreras (1969) o G. Willey (1971), que si se comparan entre sí, se podría intentar comprender que a pesar de las diferentes denominaciones las cronologías se mantienen, estando trazadas por un común denominador, las evidencias arqueológicas, aunque los datos que proporcionan están fuera de la propuesta de nomenclatura universal. Lo interesante es integrarlos en un solo esquema que pueda ser entendible por personas de cualquier nacionalidad, en el que se establezca un orden en el tiempo cronológico aplicando el método estratigráfico. Seriar las culturas y reconstruirlas en un ámbito de alcance solo regional genera un proceso de aislamiento con el resto del mundo. Esto no implica que se desconozca su valor en la historia de la arqueología peruana como instrumento de desarrollo metodológico, hasta el punto de que Panofsky considera que “[...] existen límites en la periodización americana y peruana y que los periodos posiblemente no sean los más significativos, otro problema es el intentar confundir o integrar referentes de estilo y ubicar sistemas de influencias culturales como fases de desarrollo cronológico por medio de áreas de convergencias de estilo.” (Panofsky, 1991: 29).

La historia de América y el desarrollo de los pueblos andinos no puede basarse solo en el ornamento como base de un razonamiento cronológico-arqueológico, debiendo las investigaciones centrarse en áreas definidas y circundantes, las cuales permiten identificar y definir periodos de ocupación; posiblemente el error se encuentre en el hecho de que los arqueólogos americanos basen el orden cronológico en las equivalencias culturales, proponiendo infinidad de definiciones y, según desde su propia perspectiva, ofreciendo nuevas propuestas que implican crear incongruencias en la nomenclatura general, en las publicaciones, en las investigaciones, en las cátedras universitarias y guiones informativos de los museos. De ahí que en América exista una gran diversidad de tipos de periodizaciones por países, variando las denominaciones para Chile, Argentina, Colombia o Brasil. Un ejemplo lo tenemos en el caso del Perú, donde el término ‘*Formativo*’, común para las culturas agro-alfareras del suroeste de Norteamérica, también se utiliza para el área amazónica, el noroeste de Argentina o el centro de Chile, mientras que en el caso de México se utiliza la denominación de periodo ‘*Pre-Clásico*’ como equivalente y aplicado a las poblaciones indígenas americanas posteriores al desarrollo y descubrimiento de América. En esa línea podrían citarse una gran variedad de denominaciones que se han venido utilizando por arqueólogos americanos para definir periodos temporales de desarrollo, pero creemos que terminaríamos realmente confundidos. Frente a este problema, consideramos que utilizar la nomenclatura universal no debe considerarse una cuestión que amenace la Historia peruana, por el contrario, se trata simplemente de ubicarnos en el sistema universal para una mejor comprensión de la Historia prehispánica. El cuadro de la Figura 24 refleja las propuestas de cuatro investigadores que, en la actualidad, son utilizadas en el ámbito de

la arqueología peruana; si tan solo incorporáramos estas propuestas al sistema de las edades cronológicas, los esquemas serían mucho más entendibles.

Cronología universal	Años Inicio Fin	Propuesta de L. lumbreras 1969- 1976	Propuesta de J. ROWE 1960	Propuesta de J. LANNING 1967	Propuesta de J- WILLEY 1971
EDAD MODERNA	1530 - 1440 d.C.	IMPERIO INCA	HORIZONTE TARDÍO	HORIZONTE TARDÍO	HORIZONTE TARDÍO
	1440 - 1000 d.C.	ESTADOS REGIONALES	INTERMEDIO TARDÍO	INTERMEDIO TARDÍO	INTERMEDIO TARDÍO
	1000 - 600 d.C.	IMPERIO WARI	HORIZONTE MEDIO	HORIZONTE MEDIO	HORIZONTE MEDIO
	600 - 200 d.C.	DESARROLLOS REGIONALES	INTERMEDIO TEMPRANO	INTERMEDIO TEMPRANO	INTERMEDIO TEMPRANO
	200 a.C.	FORMATIVO SUPERIOR	HORIZONTE TEMPRANO	HORIZONTE TEMPRANO	HORIZONTE TEMPRANO
EDAD DEL HIERRO	200 - 900 a.C.	FORMATIVO MEDIO			
	900 - 1700 a.C.	FORMATIVO INFERIOR			
EDAD DEL BRONCE	1700 - 2500 a.C.	ARCAICO SUPERIOR	PERIODO INICIAL	PERIODO INICIAL	PERIODO INICIAL
	2500 - 4500 a.C.	ARCAICO MEDIO			
EDAD DEL COBRE	4500 - 6000 a.C.	ARCAICO INFERIOR	PRE CERAMICO	PRE CERAMICO	PRE CERAMICO
NEOLÍTICO	8000 - 12 000 a.C.	CAZADORES AVANZADOS			
	12000 - 15 000 a.C.	CAZADORES RECOLECTORES			
PALEOLÍTICO SUPERIOR					

Figura 24. Datos cronológicos tomados literalmente según las definiciones cronológicas de J. Rowe (1969), L. Lumbreras (1976), J. Lanning (1967) y J. Willey (1971) (Elab. propia).

Otro aspecto que creemos importante remarcar lo constituye la interpretación cronológica, ya que si colocamos esos procesos en un orden cronológico estándar su significado es sustancial al mostrarnos los cambios culturales que le son identificativos, ayudando a apreciar el significado cultural de la expansión, propósito que se ha dado en Europa-América, mientras que en el caso del continente americano no resulta una tarea fácil y más aún si, como lo planteamos anteriormente, la cronología prehispánica está basada en el estilo, por lo que solo formará parte integral de una periodización basada en aspectos decorativos, los cuales no constituyen datos resolutivos, cuestión que nos vuelve a plantear algunos interrogantes como por ejemplo en el caso de que si en un pueblo surge

un estilo propio y si en un momento dado se ubica un objeto de similar característica se darían dos objetos similares, pero en diferentes lugares, ¿esto significaría que son contemporáneos? ¿Se hallarían dentro del mismo círculo cultural? Es muy posible que ambos resulten lejanos en el tiempo, o incluso que posiblemente hayan mantenido elementos de conexión cultural. Una segunda propuesta estaría representada por el caso de ubicar en un mismo lugar dos estilos diferentes, lo que quiere decir que ¿son más lejanos en tiempo?, entonces diríamos que los estilos marcan una cronología como influencia. Pero no podemos asegurar con exactitud cuál es anterior y cuál es posterior tan solo por la seriación estilística; para responder a esos interrogantes deben intervenir otros aspectos científicos que deben indicar la antigüedad de la pieza, pasando a un segundo plano el estilo, al estar dentro de lo que podemos denominar un círculo cultural en el que intervienen rasgos similares y simultáneos. La seriación cronológica interna solo debería basarse en los desarrollos culturales, por lo que no intervienen en la fase cronológica universal, tampoco en los cambios trascendentales intervendría sólo la influencia cultural, lo cual no sería motivo de integrarlo como un elemento primario para ubicarlo dentro de la periodización universal. Tampoco es un aspecto primordial que modifique las nomenclaturas establecidas, ni que alteren un tiempo cronológico, solo estarían encuadradas dentro de las diferencias interpretativas de influencias culturales como elementos de conexión. A continuación, simplificamos las propuestas planteadas en los siguientes diagramas de las Figura 25:

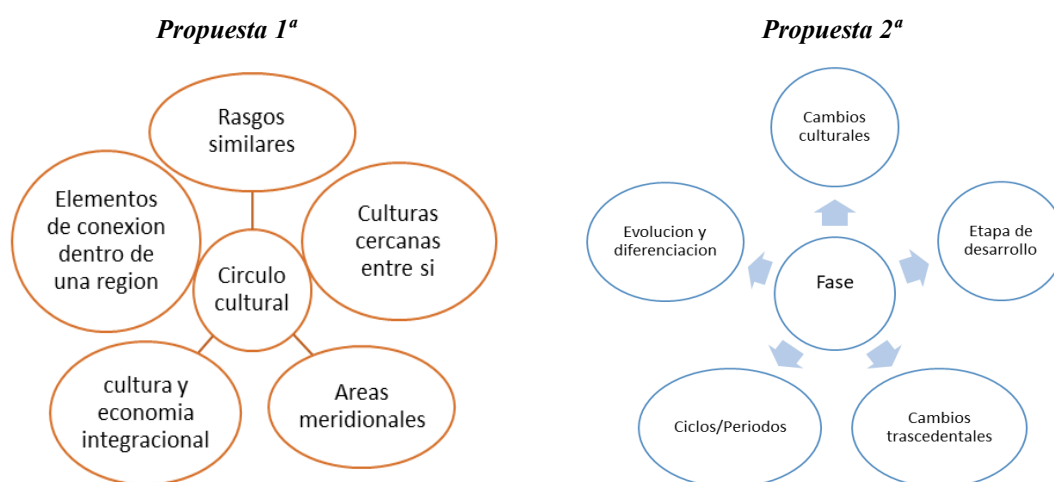


Figura 25. Gráficos con los modelos de propuestas sobre los elementos de conexión e integración en las sociedades (Elab. propia).

El primer diagrama nos simplifica la primera propuesta referida al surgimiento de un estilo propio en un pueblo; nos darían dos objetos similares porque estarían dentro del Círculo Cultural en que se mueven dentro de una sociedad pequeña o un poblado con una población media, los rasgos se darían como elementos de conexión, por medio de una economía que integra toda la sociedad que habita en el círculo cultural y por tanto la influencia se desplazaría hasta las áreas meridionales de la población que conformarían las fronteras; como resultado de estos elementos se conectan rasgos contemporáneos entre los pueblos porque existe una comunicación continua. Entonces la hipótesis sí quedaría

resuelta en el sentido de que estos rasgos contemporáneos nos darían una cronología igualitaria y contemporánea entre sí mismas.

El segundo diagrama trata sobre la lejanía en el tiempo, en donde la influencia marcaría una distancia en el tiempo, correlativa a los cambios culturales que se dan en las diferentes etapas de desarrollo de la comunidad y por resultado de la comunidad cercana, se enmarcarían estas diferencias en tiempo, en fases que demostrarían la importancia de cada sociedad y su implicación en ella misma para que una sociedad crezca y desarrolle cambios trascendentales que eleven su propia identidad. Basándonos en estos dos diagramas los desarrollos culturales marcarían cambios evolutivos que serían tomados o integrados dentro de una secuencia cronológica universal, cambios que sean importantes y signifiquen un paso en el desarrollo de la Humanidad.

3.9.1. Modelo cronológico basado en las tecnologías que marcan el desarrollo cultural

CORRELACIÓN CRONOLÓGICA UNIVERSAL			DESIGNACIÓN ARQUEOLÓGICA		
Era	Cronología	Cambios climáticos	Equivalencias con el Viejo Mundo. Características de desarrollo socioeconómico		
Edad Contemporánea	Inicio		Europa	América/ Mesoamérica	Perú prehispánico
	1.950 d.C.-hoy	Holoceno final	Contemporáneo	Contemporáneo	República
	1.800-1.950 d.C.	Holoceno final microthermal 1.700 d.C.- actualidad Optimum climático medieval	Inicio Edad Moderna	Independencia	Virreinato
	1.500-1.800 d.C.		Edad Moderna 1492- 1789	Civilizaciones que alcanzaron grandes territorios, conquista de México 1521	Imperio Inca inicia a fines del 1.500 d.C. Culmina hasta la conquista hispánica 1540 d.C.
	1.500-1.300 d.C.		Renacimiento XV-XVI		
	1.300-1.000 d.C.	Holoceno medio 5.900-1.700 BP: Subboreal Optimum climático Holoceno	Edad Moderna 1492- 1789	Panamá, Colombia, Venezuela, máximo desarrollo económico y civilización 500 d.C. -1500 d.C. Culmina con la conquista hispánica	Desarrollo urbano con inicios de desarrollo en la sierra norte y en la costa sur central, conquista incaica entre (500 – 1.500 d.C.) Civilizaciones desarrolladas, Tiahuanaco- andes de Perú y Bolivia (300 d.C.) Tiahuanaco wari, domina todo el Perú antiguo. Se desarrolla el reino chimú costa norte del Perú, creación de pequeños estados. Cultura nazca (costa sur) Cultura mochica (costa norte), uso de metales, oro y plata creación de ejércitos, agricultura intensiva. Conquistas entre culturas (600-1.000 d.C.)
	1.000-500 d.C.		Edad Media 476 d.C.		
	500 d.C.		Inquisición XII	México -Guatemala. Aldeas, construcción en adobe, uso de color, sistema político, rangos sociales (300-220 d.C.) América central florecen culturas locales, escultura, metalurgia uso de metales oro, artesanos especializados (500 d.C.)	
Edad del Hierro	0-500 a.C.		Imperio Bizantino 476 d.C. Imperio romano 753 a.C.- 476 d.C. Imperio Carolingio 800 d.C.- 843	Caza, recolección, agricultura lítica pulimentada metalurgia, cerámica, textil, rindieron culto, artesanos y campesinos México, centros religiosos, grandes construcciones y tallados (800-400 a.C.)	Desarrollo de culturas regionales, técnicas agrícolas terrazas y sistemas de regadío, fortificaciones, pesca, cría de animales, arquitectura desarrollada, decoración y piedra pulimentada uso de metales, cerámica, edificación de centros ceremoniales. Culturas prehispánicas; arquitectura superior Metalurgia pulimentada, cerámica, textil, productores de alimentos, comercio Tiahuanaco (900 a.C.-1.000 d.C.)

Edad del Bronce	500-1.000 a.C.				Kotosh (900-200a. C.) sedentarios, edificación de adobe Pukara (900-200 a.C.) Uso de adobe y figuración de animales en cerámica.
	1.000-1.500 a.C.		Asentamientos, jerarquía, poblaciones. Rangos militares, explotación, uso del bronce, hierro, arte, decoración talla en madera, pintada, escultura	Cerámica con cuello, México Migraciones a América central y América prehispánica	Agricultores, pescadores, generadores de alimentos, cerámica textil, sedentarios.
	1.500-2.000 a.C.			Costa pacífica de Guatemala (14.000-1.000 BP), construcciones dedicadas a ceremonias, agricultura media	Agricultores iniciales, primeras culturas sedentarias, maíz, costa central (1.400-1.200 a.C.)
	2.000-2.500 a.C.		Agricultura especializada, domesticación, comercio, uso del bronce. Urnas, arte en diferentes soportes, milicia, jerarquías	Colombia y Ecuador: pescadores, - recolectores, agricultores incipientes 3000-1000 BC Panamá introducción a la agricultura y metalurgia, recolectores de mar.	Huaca prieta, costa central, textil, recolectores de moluscos (2.500-1.200 BP)
	2.500- 3.000 BP				Buscadores de alimento Caza, pesca y recolección nómadas. Puntas de proyectil 5.000-1.300 BP Recolectores aldeas incipientes industrias líticas Productores de alimentos, tejidos, sin cerámica, industria lítica sin pulido
Edad del cobre	3.000-3.500 BP		Agricultura, cereales, inicio de jerarquías, uso del cobre metalurgia pulida, especializados, cerámica, muebles, textil, comercio	Productores de alimentos recolección, agricultura, lítica pulimentada metalurgia, cerámica, textil	Uso del algodón, recolectores y agricultores, cerámica y textil 3.000 BP
	3.500-4.000 BP			México, cultivo de maíz, 4.000 BP. Pescadores-recolectores. Chile central Cerámica, Ecuador- Colombia (4.000-3.000-1.300 BP) industria lítica tosca.	
	4.000-4.500 BP		Sedentarismo, inicio de poblados, caza, ganadería y agricultores, textil, cerámica, arte rupestre, decoración cerámica, industria pulimentada		
Neolítico	4.500-5.000 BP				
	5.000-5.500 BP			Colombia y Panamá, metalurgia compleja, expansión a los Andes centrales y Mesoamérica (5.000 BP-1.000 d.C.)	Cazadores recolectores (6.000-4.000 a.C.) Cazadores nómadas
	5.500-6.000 BP				
Neolítico	6.000-6.500 BP	Atlántico temprano (meso termal) Pre-boreal	Ganaderos aldeas,	Domesticación del maíz, México (6.000 BP)	Inicio agricultura incipiente - cazadores, nómadas

	Mesolítico		(microthermal)	productores de alimentos, introducción a la cerámica. Textil. Industria pulimentada, orfebrería.		Pre-punta cazadores-recolectores nómadas puntas de proyectil, Andes del Perú
		6.500-7.000 BP			Culturas clásicas en Mesoamérica	
		7.000-7.500 BP			Origen de la agricultura en Mesoamérica, transformación de incipientes a productores y recolectores (7.200 – 5.200 a.C.)	
		7.500-8.000 BP	Supervivencia parcial megafauna pleistocénica	Ganaderos y aldeas Caza pesca y recolección nómadas lítica pulimentada Cazadores superiores, agricultores, productores de alimentos Caza pesca y recolección nómadas lítica pulimentada	Inicio de la agricultura algunos grupos de Mesoamérica y Cazadores Patagonia: paleolítico superior. Alfarería, TaguaTagua, (Chile) rudimentarios, cazadores, puntas al sur de Chile, (Ayampitin), en Argentina, El Inga (Ecuador) Cazadores especializados, sedentaria, industria Cerámica Ecuador - Colombia y Panamá (7.000-6.000BP) domesticación de plantas y animales	Lauricocha (5.000 a.C.) Guitarrero (8.000 a.C.) Cazadores recolectores, industrias líticas toscas, cazas nómadas (12.000 – 6.000 BP)
		8.000-9.000 BP	Pre-Boreal micro thermal 11.000-8.000 BP			
		9.000-10.000 BP				
	Paleolítico superior	10.000-12.000 BP	13.800-8.000 BP Retirada de los hielos	Final del magdaleniense Europa (9.000 a.C.) Meadowcroft Talla de precisión, dominio del hábitat, organización de viviendas, pensamiento simbólico	Alfareros ceramistas, Colombia (10.000-3.000 BP)	
		12.000-13.500 BP (2ª Etapa de ingreso)	2ª etapa de ingreso (13.000-12.300 BP) Younger day (Estadial el abra)		Cueva Fell I- II, Argentina (14.000-8.000 BP) puntas de proyectil, cazadores iniciales, fauna extinta Cazadores incipientes Taima-Taima (Venezuela) cazadores incipientes, puntas de proyectil (13.000 BP) Cazadores-recolectores nómadas, puntas de proyectil (2ª etapa de ingreso)	
				Cazadores recolectores inferiores Caza pesca y recolección nómadas lítica pulimentada Paleolítico superior: Control del fuego, caza y recolección. Industrias incipientes ubicadas en norte América Surgimiento de la cultura Mesopotamia y		
		13.500-14.500 BP			Monte Verde, Chile (14.500-18.000 BP)	Puntas de proyectil Pacaicasa, Ayacucho (12.000-14.000 BP)
		14.500-15.500 BP				

Paleolítico superior			Egipto (10.000-35.000 a.C.)	cazadores, lascas, cazadores iniciales, conocimiento de plantas y uso de plantas medicinales, alimentación de plantas	Puntas de proyectil Paijanense (13.500-12.800 BP)		
	15.500-17.000 BP						
	17.000-18.700 BP						
	18.700-20.800 BP						
	20.800-23.200 BP						
	23.200-24.400 BP						
	24.400-30.000BP						
	30.000-35.200 BP	Último máximo glacial (27.000-25.000 BP)				Lewslille (Texas) (37.000 BP)	Aldeas incipientes, caza pesca y recolección nómadas lítica El Jobo (Venezuela) (16.000 a.C.) Puntas de proyectil Cazadores recolectores
35.200-38.300 BP							
38.300-40.000 BP							
40.000-45.000 BP (¿1ª Etapa de ingreso?)							
30.000-130.000 BP		Paleolítico medio: control del fuego, cuevas, caza y recolección, núcleos de piedra	Toca da Esperanza (Brasil) 45.000-50.000 BP				
2'5 Ma-120.000 BP		Pal. Inferior: depredadores, cazas, carroñeros, hábitat al aire libre, lascas cantos rodados					

Tablas 12. Modelo cronológico universal (Elab. propia) Los datos han sido recopilados a partir de Willey y Philips (1997), Schobinger (1969), Kahn (1975), Leroi-Gourhan (1980), Leakey (1989), Lumberras (1996), Dillehay (2000), Carbonell (2005), Rivet (1962), La Lanning (1980), Chauchat&Pelegrin (20024), Diaz (2000), Routhanner & Dillehay (2009).

3.10. Contexto histórico del poblamiento del Perú prehispánico

En Perú la cultura prehispánica se fue construyendo apoyada en las condiciones geográficas, la flora y la fauna que ofrecía el territorio, siendo la actividad agrícola el proceso vital que permitirá el dominio de la tierra, proceso difícil en el que se debió replantear el uso del territorio para poder recabar alimentos. Había que inventar formas de recolectar, conducir y preservar el agua proveniente de las montañas, modificándose los paisajes de las altas montañas para aprovechar el preciado elemento, construyéndose andenes, canales de riego y presas, intervenciones que transformaron el medio físico para crear áreas de cultivo. La diversidad de paisajes naturales hizo que las comunidades humanas se enfrentaran a diversos ecosistemas, interactuando con los territorios existentes entre la cordillera de los Andes y la costa, lo que posibilitó resolver determinadas carencias de manera que, tras analizar los recursos que poseía el territorio, se consiguió que los espacios desérticos resultaran favorables a la subsistencia humana. De esa manera pasarán de ser cazadores-recolectores y pescadores primitivos a agricultores, ejemplo de lo cual lo constituye el sitio de Caral³⁷, centro ceremonial y ciudadela ubicada en la provincia de Barranca-Lima, donde hacia el 550 d.C. se consiguió resolver el problema alimentario dominando el territorio tras un largo proceso de construcción y dominio del espacio, que consigue convertir la tierra en un instrumento de supervivencia. Esa sería la gran tarea que se fue desarrollando en el antiguo Perú a través de los siglos, convirtiendo a la agricultura en un importante elemento de transformación entre el 3.000 y el 1.000 a.C. Para entonces en Perú ya se había domesticado una amplia variedad de plantas, convirtiéndose pequeños valles en oasis, al domesticar el suelo y convertir las montañas en instrumentos verticales, en templos de la ciencia a través de la construcción de andenes y sistemas de riego, aprovechándose los recursos minerales y la domesticación de animales; se crearon sistemas de preservación de alimentos y se construyeron graneros ubicados en las alturas o a media montaña en las tierras altas de La Puna (Figura 26). En general, se aprovecharon todos los elementos que ofrecía la tierra, incluso para la comunicación, utilizando y creando redes de caminos, puentes que conectaban los pueblos del norte y los del centro, llegando hasta los pueblos del sur e incluso hasta zonas cercanas a la selva baja, haciendo que el comercio abasteciera las necesidades de las comunidades; las redes de caminos no solo conectaban los pueblos, también crearon una conjunción de cada pueblo, en donde se fueron creando pequeños estilos representativos, que son denominados estados culturales regionales.

Los conflictos que se dieron no estaban originados por invasiones de reyes o grandes naciones, sino que se produjeron movidos por conquistar y dominar los recursos naturales locales que habían permitido sustentar a los pueblos de cada región, abasteciéndose con productos locales y mediante el intercambio con otras comunidades. Las personas vivían en un estado centralizado donde existían concentraciones poblacionales llamadas ciudades, en las que convivían pescadores, artesanos y agricultores, convivencia que permitía el intercambio de información de unas a otras regiones; en esa multiculturalidad se fueron creando los diferentes estilos locales.

³⁷ Los Caral basaron su economía en la agricultura y la pesca, desarrollándose en el litoral del Océano Pacífico **pequeños asentamientos entre el 3.000 y el 2.700 a.C.**

Siguiendo esa conducta se fueron generando progresivamente las diferentes áreas culturales, la forma de organización comunitaria entre las comunidades de las alturas con las comunidades de la costa o las comunidades de la sierra con las comunidades de la selva; sobre la base de ese tipo de conducta social se construyó un territorio en función de las exigencias y posibilidades que las diferentes épocas ofrecía.

Cuando la cultura castellana llega a América, la imagen que encontraron era algo similar a la que poseían los antiguos romanos: una sociedad que se hallaba 1.500 años más atrasada que la europea la cual, en algunas áreas americanas, había logrado alcanzar un nivel sociocultural semejante al que tuvo la cultura romana. El esquema cronológico que planteamos en el apartado anterior muestra una perspectiva lineal del proceso de ocupación y desarrollo del continente americano, al que acudiremos para enfatizar en este apartado dos aspectos necesarios relacionados con la periodización americana y la peruana en particular, basándonos en la idea de europeizar la cronología americana y establecerla dentro del parámetro lineal universal. Estos parámetros históricos responden a una lógica de procesos únicos; por ejemplo, cuando se afirma que los cazadores-recolectores australianos son primitivos, el parámetro de referencia sería la etapa cronológica europea durante la cual ocurría lo mismo, unos procesos evolutivos que fueron de distintos tipos y se dieron debido a unas condiciones medioambientales diferentes y que posibilitaron a las comunidades poder moverse y explotar los recursos mediante la agricultura, ganadería, etc..., una situación que no se dio en ese mismo periodo con las gentes que poblaban el Ártico, Suramérica o el continente australiano.

3.10.1. La era agrícola del recolector nómada en el Perú

Los parámetros cronológicos reflejados en el esquema propuesto presentan diferencias y distorsiones, representadas por aquellos pueblos que arqueológicamente pueden ser denominados civilizaciones estancadas; un ejemplo de lo cual lo constituyeron los polinesios, quienes no pudieron superar la frontera ártica, la cual los detuvo en su proyecto expansivo, evolucionando según sus propias necesidades y la benevolencia del territorio. Por tanto, en algunos casos los recursos naturales han detenido un proceso de evolución humana que, a diferencia de lo sucedido en Europa, mantenía un proyecto expansivo en territorios con una geografía amplia. En función de ese proyecto, existió una tendencia muy fuerte entre los investigadores a presentar la evolución como una forma universal necesaria; partiendo de ese concepto se concibe la posibilidad de que algunas sociedades quedaran estancadas.

En otro contexto, el estadio primitivo era la mejor forma de vida en la que el ser humano resolvía sus condiciones; los esquimales, en su historia, muestran un proceso de



Figura 26. Graneros ubicados en media montaña (Ollantaytambo. Cusco- Perú) (Fot. F. Talavera).

evolución progresiva, cuya temporalidad y desarrollo puede medirse empleando como referente a Europa. Sin embargo, el sistema de linealidad temporal es diferente para el desarrollo americano, ya que el parámetro a través del cual medimos los procesos de desarrollo americano son los del continente americano, que más tarde pueden correlacionarse con el parámetro europeo y de esa manera entrar en el esquema cronológico lineal universal, para a continuación ampliar la comparación a América del sur, como parámetro secundario, y como tercer parámetro el antiguo Perú, y dentro de este el parámetro referencial serían los Andes centrales. Bajo esa homogeneidad temporal, podría afirmarse que todos los otros pueblos eran primitivos en relación con América del norte, los de América del sur en relación con América central y así consecutivamente; de esta manera puede asegurarse que los pueblos del Amazonas vivían en unas condiciones similares a las que poseían los europeos hace 25.000 años. Por tanto, lo que tenemos que evaluar no es el desarrollo tecnológico, ya que no podemos pretender por ejemplo que el antiguo Cusco llegue a ser el Madrid moderno, ya que como ejemplo evidentemente el primero no tiene nada que ver con las condiciones en las que el segundo se ha venido desenvolviendo como sociedad; de ahí que la posibilidad de una equidad referencial solo existe entre pueblos avanzados o entre pueblos de escaso desarrollo, aspectos que deben ser evaluados según las condiciones en que se dieron, en el tipo de relaciones con su entorno y sus posibilidades de establecer intercambios; es por este método comparativo por el que podemos intentar ubicar cronológica y culturalmente el desarrollo de los pueblos andinos con respecto a otras culturas.

Pero también en el contexto del poblamiento del antiguo del Perú se va más allá de las etapas cronológicas, estableciéndose áreas culturales con grandes y pequeños desarrollos sin salirse del tiempo cronológico establecido universalmente “[...]los primeros habitantes de los Andes habían vivido en estepas y los bosques fríos de Canadá y Norte América y luego los bosques templados de California para luego de haber ocupado los desiertos del Trópico de Cáncer, establecerse en México y Centroamérica y avanzar hacia los bosques húmedos del istmo de Panamá, pasando a los territorios que

ahora son Colombia, esta migración demoró cientos de años hasta miles de modo que, cuando se proponen habitar el páramo de Colombia y Venezuela luego avanzar a la Amazonia o la región andina, esta gente ya contaba con una larga experiencia sobre el continente y muy diferentes en sus formas de vida a los parientes anteriores del Asia Septentrional” (Lumbreras, 1990: 29).

La cordillera andina (Figura 20) funcionó como eje principal y referencial, al contar con un relieve distinto, que discurre a lo largo de la franja occidental del subcontinente americano, y en la que se ubican tres constantes, determinadas por un clima definido por el Océano Pacífico, una posición al occidente de una cordillera representada por una larga cadena montañosa y al oriente por la selva; estas áreas se articulan de diferente forma a lo largo del territorio, formando varias cadenas orográficas que se unen en nudos, siendo los más importantes el río Vilcanota y el río Pasco. Las diversas cadenas montañosas incluyen hoyas hidrográficas en los valles altos, que fueron y son en la actualidad zonas donde se sitúan hábitats humanos.

El territorio andino se divide en seis áreas, constituidas por el extremo norte, los Andes septentrionales, los Andes centrales, los Andes centro-sur, los Andes meridionales y el extremo sur (Figura 27), en las cuales la característica más destacada para definir los cambios culturales en el antiguo Perú residiría en la sucesiva aparición de reinos prehispánicos que lograban imponer su hegemonía sobre los demás por largo tiempo. Por tanto, los tres periodos andinos establecidos, el Periodo de la caza-pesca-recolección, el Periodo agrícola inicial definido por la recolección y construcción de aldeas sencillas y el desarrollo de la agricultura, y el Periodo de introducción de la cerámica y la vida urbana, pese a sus grandes diferencias temporales y evolución, presentan muchos rasgos comunes.

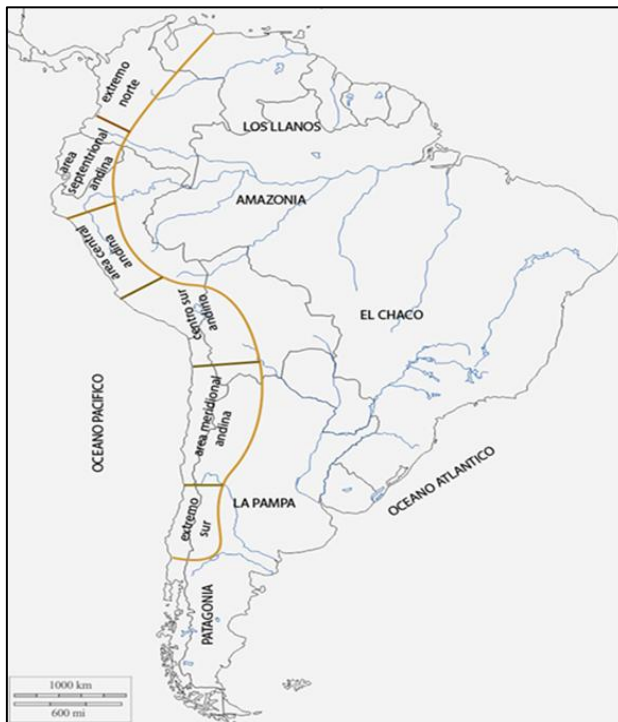


Figura 27. Mapa de Sudamérica mostrando las áreas de integración cultural del territorio. Dato y modelo tomados de Lumbreras (1981) (Elab. propia, con Adobe Photoshop).

Las sucesivas etapas culturales que se desarrollaron en Suramérica y en concreto en las diferentes áreas y regiones definidas en la cordillera de los Andes, se han denominado en base a los diversos tipos de costumbres, no solo en la forma de vida o por el lugar en el que se localizaron. Por tanto, las diversas tradiciones que se dieron y los periodos de ocupación constituyen la base que nos permitirá determinar la cronología del sur del Perú, ubicándola desde el Paleolítico superior (hasta *circa* 8.000 a.C.), pasando por el Neolítico que alcanza hasta el 200 a.C. y terminando en el Período Inca, el cual se desarrolló desde el 200 d.C. hasta el siglo XVI d.C. No obstante, dentro de ese territorio meridional también se produjeron otros desarrollos con rasgos culturales definidos por la existencia de influencias basadas en la interconexión entre los antiguos territorios, sin límites fronterizos.

En la diferenciación en distintas áreas en que se organiza la región andina puede apreciarse que no solo se encuentran similitudes en cuanto al desarrollo cultural, sino en que las tradiciones culturales se han establecido en base al nivel de desarrollo, integrándose los asentamientos dentro de las áreas geográficas de forma general. Las ‘fronteras’ de esas áreas en que se divide el territorio de los Andes se disuelven en las transiciones entre una y otra, presentando de norte a sur las siguientes características (Figura 27):

- a) El extremo norte tiene la condición particular de estar entre dos océanos, distanciándose del Pacífico y penetrando, en su extremo septentrional, en las aguas del Caribe. Nace como una prolongación de los Andes septentrionales, de los que se separa en el ‘nudo’ de Pasto, donde se forma un macizo montañoso del que se desprenden tres ramales, separados unos de otros por los cauces del río Magdalena en el oriente y del Cauca en el occidente. Los ramales occidental y central se disuelven en los llanos caribeños de Colombia, mientras que el oriental se bifurca en ramales, uno de los cuales sigue hacia la península de La Guajira, con la sierra oriental del golfo de Maracaibo en Venezuela.
- b) Los Andes septentrionales se ubican entre los 3° y 4° de latitud norte y los 3° y 4° de latitud sur, en plena banda equinoccial, con climas propiamente ecuatoriales que se asemejan a los del extremo norte andino. La cordillera establece un escalonamiento de varios pisos ecológicos, que van desde montañas permanentemente nevadas y páramos fríos hasta sabanas y valles (cuencas) de gran fertilidad, rodeados de bosques húmedos siempre verdes. Dispone de un área agrícola de gran importancia, que se complementa con fauna y flora apta para actividades de recolecta y caza. Cubre, fundamentalmente, Ecuador, el sur de Colombia y el extremo norte del Perú. En la costa esto supone el tránsito de los bosques muy húmedos a los desiertos de Piura. En la sierra se pasa de los páramos húmedos de Pasto e Imbabura a las progresivamente más secas serranías de Loja y Piura.
- c) Los Andes centrales constituyen el territorio en el que se dieron los procesos más complejos de desarrollo económico y social, donde se formó una sociedad urbana organizada en estados de distinto tamaño, con estructuras similares a las que se

reconocen como ‘civilizaciones prístinas’ en el Medio Oriente, en China o en Mesoamérica. Cruzada por una vasta red de caminos, esta región fue el centro de imperios y reinos, como el de los incas que hallaron los españoles cuando alcanzaron los Andes en el siglo XVI.

- d) Los Andes centro-sur, íntimamente ligados a los Andes centrales, incorporan el territorio más árido del espacio andino, teniendo como eje de articulación el lago Titicaca, ubicado a una altura de 3.800 msnm, y organizado a partir de una economía pastoril, acompañada de una agricultura cordillerana basada en tubérculos como la papa y granos como la quinoa; es el área donde se encuentran evidencias de metalurgia y donde se configuró un mecanismo de complementariedad en forma de ‘archipiélago’, que permitió la racional y eficiente explotación articulada de los recursos procedentes de los diversos pisos ecológicos, los cuales cubrían áreas muy extensas, con localidades discontinuas de producción, separadas generalmente por extensos territorios intermedios.
- e) Los Andes meridionales están muy vinculados con el área centro-sur e incluyen los territorios áridos del noroeste argentino y el norte-chico de Chile, caracterizados por una economía agrícola y pastoril asociada a un intenso tráfico de productos, organizado en caravanas habituadas a los extensos desiertos y punas que caracterizan este territorio, interrumpido por oasis y quebradas con aguas estacionales.
- f) El extremo sur es el territorio donde los Andes se disuelven en el archipiélago chileno y la Patagonia; alejado totalmente de los ambientes tropicales, es el área de los bosques templados de coníferas y de los climas contrastantes, en donde la latitud pesa más que la altitud en la configuración de los climas, con estaciones muy marcadas. Se trata de un territorio maderero que ahora es utilizado también para la actividad ganadera y algunas formas de agricultura que, en tiempos pre-coloniales, estaba habitado por cazadores-recolectores y pescadores.

En relación con la secuencia cultural y cronológica de los Andes, ésta ha sido dividida en períodos que se intercalan entre sí, de manera que un periodo correspondería al espacio temporal durante el cual se organizaron los reinos que mantuvieron entre si un equilibrio casi inestable, debido a sus tentativas de expansión que entraban en conflicto continuamente. Sin embargo, la problemática de ubicar una fecha concreta y una ruta de ingreso de los primeros humanos al Perú y demás países vecinos, constituye aún una cuestión en debate, aceptándose por lo general que pudo haber sido con anterioridad al 9.000 a.C., apoyándose en las fechas de radiocarbono (MacNeish, 1999) que señalan una ocupación humana del Valle de Ayacucho en la Sierra Central hacia el 20.000 BP, propuesta que no es aceptada unánimemente por todos los investigadores, señalándose que “[...] los antiguos peruanos descendían claramente de pequeños grupos de personas que habían colonizado el Nuevo Mundo después de cruzar por el estrecho de Bering desde Asia, en un momento en que existía todavía un puente terrestre entre Asia y América; al menos uno de estos grupos cruzó finalmente el istmo de Panamá y se convirtió así en antecesor de los pueblos andinos.” (MacNeish, 1999: 56); esas bandas

constituidas por los primeros colonos siguieron el modelo típico de los cazadores-recolectores. Para M. Moseley (1999) los yacimientos que corresponden al periodo cultural que se ha dado en llamar la ‘tradición Paiján’, extendida por el lado norte del valle del río Moche (Perú), donde la ocupación humana se produjo a partir del 8.000 a.C., sería un periodo para el que se han localizado asentamientos con canteras y talleres líticos en la Cumbre, región que desempeñaría un papel culturalmente destacado en la historia del antiguo Perú. Los asentamientos ubicados a mayor altura también parecen haber estado ocupados en esa época; este es el caso de la cueva de Pachamachay, situada en los Andes centrales, en la provincia de Junín (Perú) a una altitud de 4.300 msnm, y que fue ocupada por cazadores-recolectores que cazaban distintas especies de vertebrados, como los camélidos que abundaban en la región: “*Estos cazadores recolectores desarrollaron una evolución en vías al cultivo de plantas, tanto para la alimentación como para la manufactura de esteras y recipientes*” (Lumbreras, 2004: 77). Otro ejemplo lo constituye la Cueva de Guitarrero (Ancash) (Lynch, 1969), relativamente cercana a la costa, así como la Cueva de Tres Ventanas (Lima) (Engel, 1971), situada a 3.900 msnm. Esas evidencias ofrecen una antigüedad del 8.000 a.C., hallándose fragmentos de calabazas cultivadas de antigüedad similar en la región de Ayacucho. En la costa norte del Perú hay restos de pequeños poblados desde el 6.000 a.C. En cuanto a la auténtica arquitectura monumental, generalmente considerada como característica de una sociedad más compleja, no se data hasta el 2.900-700 a.C., evidenciándose en el yacimiento de Áspero (Tello, 1941), situado en la costa al norte de Lima y datado en el 3.000 a.C. (Davies, 1997: 45).

Lo que actualmente se conoce como el período Neolítico inicial se corresponde con las ocupaciones de los grandes yacimientos precerámicos iniciados en fechas anteriores, hacia el 8.000 a.C., que experimentaron un cambio cultural importante a partir del momento en el que la cerámica fue introducida por primera vez, alrededor del 1.800 a.C. El hallazgo de centros construidos en fechas mucho más antiguas a las que universalmente se incluirían en la denominada Edad de los Metales, dentro de la Edad del Cobre, muestran construcciones bastante sorprendentes. Se ha mantenido la idea de que los asentamientos habrían estado influidos de algún modo por la cultura Chavín, considerando entonces a Chavín como el más antiguo de todos los asentamientos de Perú y la inspiración cultural de todos los monumentos antiguos. Esa consideración de que Chavín constituía la primera civilización del Perú hizo que se comparara a sus habitantes con los sumerios de Mesopotamia o con los olmecas de México. Para J. Rowe (1962) el Paleolítico inicial en América se habría iniciado con la introducción de la influencia de Chavín. Sin embargo, basándose en estudios de otras civilizaciones antiguas, los arqueólogos se encontraron con la sorpresa que cuestionaba definitivamente sus hallazgos previos, al establecerse a partir de dataciones cronométricas que Chavín, lejos de ser la primera de las antiguas culturas peruanas, era la última, con una fecha aproximada del 800 a.C., o sea casi mil años posterior a la cerámica peruana más antigua.